



# Hacer el monte

Paisajes Corporales

Campeños en

Montes de María



# Hacer el monte

## Paisajes corporales campesinos en Montes de María

*Requisito parcial para optar al título de*

**Magíster en Estudios Culturales**

**Juan Guillermo Rojas Parra**

**Directora**

**Diana Ojeda Ojeda**

**Maestría en Estudios Culturales  
Facultad de Ciencias Sociales  
Pontificia Universidad Javeriana  
2015**

# Agradecimientos

Muchos cuerpos han brindado parte de su fuerza de trabajo para hacer posible este paisaje textual. En primer lugar, quisiera expresar mi gratitud a los campesinos y campesinas - parceleros, afrocolombianas, indígenas - dentro y fuera de OPDS en Montes de María: con ustedes pude, debatir, trabajar y aprender como se hace el monte. A la red de trabajo y los miembros de las organizaciones aliadas de OPDS (CDS, ILSA, MPDL, CINEP/PPP, Observatorio de Territorios Étnicos y Campesinos), su apertura a la crítica me permitió participar en espacios de formación y discusión con las organizaciones campesinas, vitales para entablar diálogos más allá de la condescendencia. A Wilmer Vanegas, Esinaldo Jetar, Carmelo Agamez, Manuel Pérez, Miguel Miranda, Nayibis Mercado, Eber Iglesias, Miguel Flórez Gabriel Urbano, entre tanto otros con quienes aprendí a **trabajar**. A Penélope Berlamas de MPDL y Edwin de Los Ríos de ILSA, les debo la posibilidad de vincularme a esta red de conexiones parciales.

En segundo lugar, al grupo de Imperativos Verdes y el Centro de Estudios en Ecología Política, espacios desde los que se engendró esta investigación. Las discusiones allí han sido muy nutritivas. Gracias a todos sus miembros pues he aprendido invaluable lecciones a través de los imperativos de cuidado, afecto y crítica en los procesos de análisis. Gracias a Diana Ojeda por aventurarse a dirigir este trabajo, y por su permanente motivación y dedicación para ordenar esta tormenta de propósitos. A Diana Bocarejo y Carlos del Cairo por el apoyo en la finalización de este proceso. A Zunil Lozano, Ana Catalina Rodríguez, Jenny Petzl, Catalina Quiroga y Pedro Rosas por los viajes, las largas charlas y la champeta.

Gracias a Miguel Juste por su hospitalidad, pues brindó inmejorables posibilidades logísticas para mis viajes entre Cartagena y Montes de María.

A María Fernanda Pereira por cuestionar mis prejuicios sobre la ciencias naturales y la economía, y por supuesto por ver potencial en mi enredo. A mi familia: mi padre, mi madre y mis hermanos por enseñarme la felicidad moderada en la incertidumbre.

A mis profesores y compañeros de la maestría. A Eduardo Restrepo por instarme a intervenir paisajes y cuerpos sin garantías. A Marta Cabrera por sus aportes en la concepción de este proyecto.

# Tabla de Contenidos

## INTRODUCCIÓN

<b>NATURALEZAS HECHAS POR CUERPOS Y PAISAJES .....</b>	<b>1</b>
Paisajes corporales: formaciones y articulaciones históricas y geográficas de la naturaleza..	2
Apuntes metodológicos: conocimientos situados.....	9
Conocimientos situados .....	10
Recorridos etnográficos.....	17
Croquis de este relato .....	19

## CAPÍTULO 1

<b>IMAGINAR EL MONTE: HISTORIAS Y CARTOGRAFÍAS CAMPESINAS .....</b>	<b>22</b>
1.1. Colonizar el monte.....	23
1.2.1. Articulaciones raciales/económicas del monte .....	25
1.2.2. De arrochelados en el monte a rozadores en la hacienda.....	32
1.3. Campesinos, peones y jornaleros en la despensa agrícola.....	36
1.2.3. Del tabaco al arroz: cuerpos y paisajes de bonanza y despensa.....	38

## CAPÍTULO 2

<b>ENMONTAR Y DESMONTAR EL MONTE .....</b>	<b>50</b>
2.1. La parcela en el monte y el monte en la parcela.....	51
2.2. Retornar y civilizar el monte .....	61
2.2.1. La rula civilizadora: ensamblaje cuerpo-herramienta-monte.....	70
2.3. El monte: un paisaje corporal masculino.....	76

## CAPÍTULO 3

<b>ENTRE PAISAJES AGROINDUSTRIALES Y TERRITORIOS CAMPESINOS .....</b>	<b>88</b>
3.1. Geografías de la imaginación y geografías de la gestión en Montes de María .....	89
3.1.1. Alianzas productivas: mercados ambientales y mercados de paz .....	102
3.2. Retornar al monte y hacer territorio.....	110
3.2.1. Entre el monte y el territorio .....	118

## CONCLUSIONES

<b>LOS PAISAJES CORPORALES CAMPESINOS .....</b>	<b>127</b>
<b>REFERENCIAS CITADAS.....</b>	<b>133</b>

## Índice de imágenes

Portada. Campesino y rula en la represa de Playón, Carmen de Bolívar.	Portada
Imagen 1. Panfleto de Urabeños.	1
Imagen 2. Grabado número 10 “Paso del canal del Dique” SXIX	25
Imagen 3 . Parcela lista para siembra en María la baja.	72
Imagen 4. “Didier” limpiando su parcela. Ensamblaje cuerpo-rula-monte.	74
Imagen 5. Ensamblaje machete-cuerpo-monte, en la red de producción del monte.	77
Imagen 6. Cultivo de palma cercando viviendas. María la Baja.	105
Imagen 7. Bosques de teca de Argos S.A. en Ovejas.	108
Imagen 8. Plantaciones de palma y humareda de la emisiones de la planta extractora en San José del Playón.	109
Imagen 9. Escombros de la casa de Gonzalo en una finca de María la Baja.	114
Imagen 10. Fricciones: paisajes corporales campesinos entre las grietas del desarrollo	131

## Índice de mapas

Mapa 1. Los Montes de María en El norte colombiano.	v
Mapa 2. Montes de María y áreas de trabajo de campo	13
Mapa 3. Detalle de “Mapa geográfico de la provincia de Cartagena”. SXVIII.	23
Mapa 4. Geografías raciales	31
Mapa 5. Geografías imaginadas del conflicto: El Magdalena Medio (Sur de Bolívar) y Los Montes de María (Norte de Bolívar y Sucre)	92
Mapa 6. Cultivos de Palma en las represas de Playón, La Piscina y Matuya. María la Baja.	106

## Índice de gráficas

Gráfica 1. Tenencia de la Tierra entre campesinos de Montes de María	110
--	-----

## Tabla Acrónimos

Agencia Española para la Cooperación y el Desarrollo	AECID
Alianzas Productivas Para la Paz	APPP
Corporación Desarrollo Solidario	CDS
Departamento Administrativo Nacional de Estadística	DANE
Departamento de la Prosperidad Social	DPS
Departamento Planeación Nacional	DPN
Fundación Red Desarrollo y Paz Montes de María	FRDP
Instituto Colombiano de Desarrollo Rural	INCODER
Instituto Colombiano de Reforma Agraria	INCORA
Instituto Latinoamericano para una Sociedad y Derecho y Alternativos	ILSA
Mesa de Interlocución y Concertación de los Montes de María	MIC
Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural	MADR
Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible	MADS
Movimiento Por la Paz	MPDL
Organización de Población Desplazada de Montes de María	OPDS
Parques Naturales Nacionales de Colombia	PNN
Programa de Desarrollo y Paz de lo Montes de María	PDPMMa
Programa de la Naciones Unidas para el Desarrollo	PNUD
Santuario de Flora y Fauna Los Colorados	SFF
Unión Europea	UE



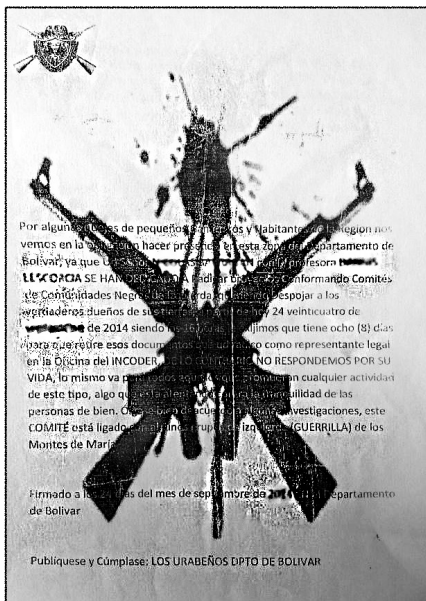
**Mapa 1. Los Montes de María en el Norte Colombiano**

Fuente: Elaboración propia con información cartográfica del IGAC (2014).

## INTRODUCCIÓN

# NATURALEZAS HECHAS POR CUERPOS Y PAISAJES

Mi interés por los cuerpos y paisajes en Los Montes de María es más que fortuito. La primera aproximación ocurrió durante un viaje al norte de Bolívar en diciembre de 2012. La excursión planeada por un grupo de amigos río abajo por el Magdalena, desde Barrancabermeja (Santander) hasta Mompós (Bolívar), para más tarde remontar hacia Cartagena por el Golfo de Morrosquillo, fue una buena excusa para acercarme a lo que sería el lugar de campo para mi tesis de maestría. Ya en los *Montes*, recorriendo el Golfo de



**Imagen 1: Panfleto de Urabeños**

Panfleto de los Urabeños, instando a cesar las actividades de organización para los Comités de Comunidades Negras, so pena de muerte en el Norte de Bolívar (Mahates, Calamar, el Guamo y San Juan). Septiembre de 2014.

Morrosquillo y la Serranía de San Jacinto, se hicieron palpables en los cuerpos, paisajes atestados de historias de violencia y supervivencia. Las miradas, los olores y los silencios circulaban de la mano con una extraña advertencia: “por aquí ya todo está bien, nada de balaceras ni muertos como antes, pero mejor no se metan por allá”<sup>1</sup>. Estar bien parecía sinónimo de la seguridad conformada por una serie de prohibiciones. Los cuerpos de campesinos fueron proscritos de prácticas cotidianas de subsistencia y movilidad como caminar por las mangas viejas, trabajar en las parcelas de ciertos sectores y a ciertas horas, atajar por entre las fincas de viejos vecinos, ahora plantaciones de palma y teca, y liderar organizaciones comunitarias. Ejércitos para-estatales disfrazados de “bandas criminales” ejecutaron una política de seguridad y regulaciones de los cuerpos y los paisajes en nombre del desarrollo

agroindustrial, la propiedad privada y la gente de bien (ver imagen 1).

<sup>1</sup> Conductor de campero, diario de campo: diciembre de 2012, San Onofre (Sucre).



Esta coyuntura me ha suscitado una fuerte preocupación por las posibilidades de existencia y subsistencia de los pequeños productores agropecuarios. Haciendo una lectura de la relaciones sociales implicadas en la transformación de la naturaleza para el bienestar del ser humano, en clave de cuerpo y paisaje, propongo un análisis descriptivo de las relaciones económicas y ecológicas que constituyen sentidos de lo campesino amarrados a la configuración de los Montes de María como región<sup>2</sup>. Partiendo del seguimiento de la historia agraria y ambiental, a partir de la perspectiva que me ofrecieron algunos pobladores afiliados a organizaciones de base, funcionarios de ongs, y, en cierta medida, a la literatura producida por sectores empresariales e instituciones estatales, me pregunto en este trabajo *¿de qué manera se han producido los cuerpos y paisajes en la configuración de lo campesino cómo práctica de trabajo en Montes de María?*

### **Paisajes corporales: formaciones y articulaciones históricas y geográficas de la naturaleza**

¿Cómo entender la producción de la naturaleza en una coyuntura particular? Me refiero a la pugna por el control y dominio de los espacios entre ciertos sectores campesinos y empresarios agroindustriales en Montes de María. Siguiendo una lectura gramsciana de Marx y considerando a la naturaleza como un problema histórico, podría esbozar que esta cobra sentido como entidad y espacio diferenciado de lo humano en las relaciones sociales de producción (Fontana, 2012: 128-129). De esta forma, considero a la naturaleza ensamblada políticamente con la cultura, es decir, desplegada en distintas formaciones sociales, en distintos campos semánticos y materiales. De acuerdo con esta perspectiva, la relacionalidad entre las ideas, materialidades y relaciones de producción de la naturaleza se sobredeterminan. En otras palabras, las distintas interacciones no son proporcionales, ni simétricas, o predeterminadas unas por las otras (Hall, 2005: 229).

Tratando de profundizar en esta idea de articulación política de la naturaleza, me resultó muy útil la propuesta de Anna Tsing (2005) de fricción, como un intento de

---

<sup>2</sup> En la literatura sobre Los Montes de María, estos aparecen conjurados con sub-región económica y ecológica (ej. Castillo, 2010; Daniels et al, 2011; De los Ríos, 2012)

comprender la multiplicidad de encuentros y conexiones globales en donde se co-producen las culturas. Este concepto me permitió un diálogo situado con el concepto de hegemonía de Gramsci. Las fricciones son torpes, desiguales, inestables y creativas interconexiones a través de la diferencia (Tsing, 2005: 4). Las relaciones de fricción pueden darse tanto de forma colaborativa como opositiva. Para Tsing muchas disparidades en las versiones sobre la naturaleza logran conjugarse en un amplio espacio de compatibilidad para producir generalidades sobre esas naturalezas: el juego entre múltiples y controvertidos universales puede ser entendido como un tipo de fricción (Tsing, 2005: 87). Los sentidos hegemónicos de naturaleza emergen de estas fricciones, como intentos de saturación y estabilización contingentes de una lógica predominante de entender y operar sobre esta naturaleza. Esto es interesante porque desde la fragilidad de las relaciones neoliberales de explotación de los cuerpos y paisajes, se logra crear consenso y legitimación para la perpetuación de estas lógicas del capital. Así podemos dilucidar cómo en la permanente fragilidad y agrietamiento del capitalismo, se conjugan imperativos ecológicos y económicos de las relaciones legítimas para el capital entre cuerpos y paisajes.

¿Cómo podrían los académicos asumir el reto de liberar la imaginación crítica de la amenaza de conquista neoliberal singular, universal y global? La atención a las fricciones de articulación contingente puede ayudar a describir la eficacia y la fragilidad, de formas capitalista- y globalistas- emergentes. En esta heterogeneidad vacilante yacen nuevas fuentes de esperanza, y, por supuesto, nuevas pesadillas. (Tsing, 2005: 90, traducción mía)

El concepto de geografías sedimentadas desarrollado por Diana Ojeda (2012) lo uso para explicar lo histórico del espacio. Entiendo este concepto como la acumulación de geografías simbólicas (la memoria) y materiales (paisajes) en la producción de espacios concretos. Para Ojeda, el mapa del turismo en Colombia obedece a geografías del control y acceso a recursos, y de categorización racial. Con las geografías sedimentadas se busca dar cuenta de cómo los procesos sociales, en sus diferentes temporalidades, son ineludiblemente espaciales (Ojeda, 2012: 8 - 29).

De este modo, las relaciones entre cuerpos y paisajes, han significado para mí la posibilidad de trabajar sobre una semántica material en la que estos dos espacios

constituyen sentidos relacionales contingentes, palpables y por tanto transformables, a través del concepto de paisajes corporales. Siguiendo el potencial cyborg, un paisaje corporal es un ensamblaje que opera como “[...] una imagen condensada de imaginación y realidad material, centros ambos que, unidos, estructuran cualquier posibilidad de transformación histórica” (Haraway, 1995: 254). La noción de ensamblaje, esta directamente relacionada con la de fricción, pues se trata de conexiones parciales, dentro de una red de producción, en este caso, de cuerpos y paisajes.

Retomo la idea de *bodyscape* utilizada por Paula Geller, para referirse a los prejuicios e imaginarios implícitos en la aproximación de la bioarqueología a restos humanos. Para Geller el *bodyscape*, se encuentra no sólo en un plano abstracto, sino que tiene impacto físico, pues evidencia la marcación de los cuerpos a partir de modelos ideales, desde esos prejuicios anacrónicos de los arqueólogos (Geller, 2009: 506). Propone como marco una adición del *bodyscape*: la idea de paisaje [*scape*] (étnico, mediático, político, financiero) de Appadurai (2001), entendido como los flujos de gente, maquinarias, objetos, medios, dinero e ideas a través de espacios diluidos rastreables etnográficamente (Appadurai, 2001: 63)<sup>3</sup>. De esta manera, un paisaje corporal me permite abordar procesos de transformación histórico-geográficos, en una red de los flujos de naturalezas (ideas y materialidades) que se sedimentan a través de los discursos y prácticas en cuerpos y paisajes.

Desde la articulación naturaleza/historia, en esta relación cuerpo-paisaje (por ahora manifiesta en la distinción humano/no-humano), “la posibilidad de transformación histórica” es tratable a través de la discusión trabajo - naturaleza. Esta discusión ha sido ampliamente abordada desde la teoría social (ej. Schmidt, 1977; O’Connor, 2001; Smith, 2008). Al respecto O’Connor explica que “[...]el trabajo, por decirlo así, media entre la cultura y la naturaleza: las reúne de maneras productivas y arroja como resultado los medios materiales de vida. Si lo vemos de esta forma, se desvanece el dualismo entre las

---

<sup>3</sup> Esta noción de paisaje corporal con ese componente metodológico de rastrear flujos semióticos etnográficamente es considerado por varios autores (ej. Ramaswamy, 2002; Santos-Granero, 2009; Urbistondo, 2012) que retoman el concepto para tratar temas como la construcción de geografías estatales en cuerpos (geobody), los flujos de temporalidades(modernidad-ancestralidad) en cuerpos etnizados y los flujos de ciudadanías entre cuerpos.

interpretaciones culturales y ambientales de la historia y el paisaje” (O’Connor, 2001: 114). Así, la naturaleza es labrada por las prácticas humanas de trabajo, pero además las prácticas humanas dentro de las formaciones sociales y culturales son realizadas para atender a las externalidades no-humanas. Es una producción simultánea y constantes entre unas y otras.

O’Connor plantea una interesante discusión sobre el trabajo para entender la intermediación del capital en las formas de interacción del ser humano con la naturaleza, a partir de dos contradicciones del capitalismo. La primera contradicción, se haya desde una perspectiva economicista que atiende a un problema de la sobrexplotación capitalista, derivado en crisis sociales que reducidas a lucha por la repartición desigual de las utilidades, es decir, como un análisis de los efectos de producción del valor del cambio (mercado). La segunda contradicción, desde donde propone la perspectiva ecosocialista, atendería a un problema de las condiciones de producción, tanto de las externalidades ambientales (clima, el suelo, los nutrientes, etc.), la fuerza de trabajo humana (los cuerpo biomecánicos y sus condiciones de vida, salud, afecto) y las relaciones legales y jurídicas de administración de estas condiciones (estado). En resumidas cuentas, se refiere a un problema más ecológico, no sólo en la lógica interna del mercado y de las relaciones de propiedad, sino también de las condiciones socioambientales mismas que el capitalismo ha contribuido a configurar (erosionando las relaciones de reproducción social, atentando contra el bienestar económico y biológico de los trabajadores, deteriorando los recursos ambientales que se apropia para mercantilizarlos). El trabajo entonces, lo entiendo como una práctica de transformación de la naturaleza en términos tanto de las materialidades, como de las ideas, en varios sentidos: primero, como práctica producción simbólica y material de las externalidades de los cuerpos y paisajes; segundo, como relación ecológica y económica entre cuerpo y paisajes, configurada y configuradora de los sentidos históricos del espacio; y por último, como práctica a través de la cual se ejecuta la explotación y expropiación de naturalezas (humanas y no humanas), mercantilizándoles.

Finalmente, el problema de estado-naturaleza, para entender marcos de regulación de la explotación de recursos y trabajo. Más allá de plantear la idea aparatos burocráticos concretos que median entre las condiciones de producción y el capital, podría ser útil si se

le disloca de un campo social específico. En ese sentido, para entender los regímenes de producción (control, dominio, regulación) de las relaciones cuerpo/paisaje, es necesario entender que la mediación entre las condiciones de producción y el capital se encuentra más allá de las certezas abstractas de un gobierno localizado en los centros de poder burocráticos. Sigo la idea de Trouillot (2011) de que el estado más que una materialidad “ahí afuera”, es una confluencia de procesos y prácticas en donde discurren relaciones de poder, virando más sobre los efectos de poder estatales que sobre una entidad estable. Esto quiere decir, que más allá de los aparatos de gobierno hay una cantidad de procesos sucediendo en los que el papel de regulador, disciplinador, administrador y por supuesto estabilizador, que tradicionalmente le asigna al estado, lo ejecutan y encarnan diferentes actores en distintas escalas:

“Estos efectos incluyen 1) un *efecto de aislamiento*, esto es, la producción de sujetos individualizados, atomizados, moldeados y modelados para su gobierno como parte de un “público” indiferenciado pero específico; 2) un *efecto de identificación*, esto es, un realineamiento de las subjetividades atomizadas a lo largo de líneas colectivas dentro de las cuales los individuos se reconocen a sí mismos como iguales a otros; 3) un *efecto de legibilidad*, es decir, la producción tanto de un lenguaje como de un saber para el gobierno y herramientas empíricas que clasifiquen y regulen colectividades; y 4) un *efecto de espacialización*, esto es, la producción de límites y jurisdicciones”. (Trouillot, 2001: 151)

A partir de allí, efectos de poder suceden en articulaciones entre aparatos de gobierno, élites económicas, sectores empresariales, organismos multilaterales, ONGs y actores armados. Para mí, no se trata de una borrada de la noción de estado, sino de que rastremos conexiones entre distintas configuraciones espaciales de poder que permiten ejecutar un proyecto neoliberal de gobierno naturaleza, de control y mercadeo de los cuerpos y paisajes. Así la eficiente mercantilización de los cuerpos y paisajes se produce en distintas escalas como el cuerpo y el paisaje a partir de la acción de distintos actores como ONGs, gobierno, las élites políticas y económicas y los empresarios agroindustriales.

Las nociones de geografía de la imaginación<sup>4</sup> y geografía de la gestión que Margarita Serje (2012) desarrolla para explicar el “mito de la ausencia del Estado”, me parecen provechosas para comprender los procesos que estoy atendiendo. Una coyuntura en donde un gobierno nacional, sectores ponderados económicos y políticos (empresarios, paramilitares, multinacionales) locales, regionales y transnacionales, entidades multilaterales internacionales, organizaciones locales de base y ongs transnacionales, conjugan esos efectos de estado que propone Trouillot (2011). Recapitulando la propuesta de Serje, la idea de un estado ausente se constituye para legitimar ciertas formas de injerencia sobre un territorio particular, o “[...]cierto tipo de orden social” (Serje, 2012: 98). El primer concepto, el de una geografía de la imaginación, sirve para explicar la instauración de la idea de “otra Colombia”, una incógnita, vacía, inaccesible y sobretodo violenta pero con un potencial económico escondido en lo salvaje que vale la pena domesticar. Desde allí operadores del estado, junto a las élites políticas y económicas legitiman la necesidad de intervención a través de lo que el segundo concepto, *geografía de la gestión*, explica: se despliega a través de tres conjuntos “[...]de prácticas e intervenciones: el primero de ellos se refiere a las formas de penetración y apropiación, el segundo a las formas de extracción y explotación y el tercero a las de normalización” (Serje, 2012: 105).

En consecuencia, siguiendo la idea de una naturaleza como un artefacto profundamente político ensamblado de materialidades ecológicas (clima, lo biomecánico de los cuerpos, la calidad de los suelos y el agua), con lógicas de representación (ideas de naturaleza, imágenes e imaginaciones), y relaciones económicas (lógicas de mercado), el argumento que quiero exponer a lo largo de este trabajo es que la naturaleza es encarnada en relaciones históricas entre cuerpos (humanos) y paisajes (no-humanos), particularmente en relaciones de trabajo atadas a lógicas de subsistencia/existencia y productividad agropecuaria. De este modo, así como las ideas de naturaleza tienen efectos materiales e históricos reales sobre cuerpos y paisajes, las dinámicas económicas y ecológicas de los cuerpos responden a tales materialidades.

---

<sup>4</sup> Serje retoma esa idea de Trouillot y su lectura de Edward Said (2002) sobre orientalismo como un “geografía imaginada”.

Distintos sectores sociales entre estos campesinos, las instituciones de gestión agraria del estado, grandes empresarios del agro y organizaciones de defensores de derechos humanos, vierten distintas representaciones y perspectivas sobre la naturaleza, intentando sedimentar sus horizontes políticos, a través del trabajo como una intervención efectiva de las prácticas de mediación entre los cuerpos y paisajes. La espacialización de esas representaciones e intervenciones sobre las prácticas deriva en el diseño de un sentido de región en esta caso dando forma a una geografía regional en Montes de María.

Una de mis preocupaciones radica en la tendencia a la singularización de esa multiplicidad de perspectivas y prácticas hacia un horizonte preponderante que enaltece el desarrollo económico y la seguridad militar para la región a toda costa. Estos horizontes se han materializado en la efectiva marginación de las poblaciones rurales en los Montes de María, obviando su acceso a las posibilidades de existencia: tanto en el acceso y disposición a los recursos ambientales y agrícolas (tierra, suelos y agua), como de las condiciones socioambientales para llevar a cabo las actividades agropecuarias de subsistencia.

Así, me he encontrado con un paisaje corporal de violencias y despojos cotidianos (Ojeda et al., 2014) en el que el uso de los recursos y el acceso laboral esta confinado a las posibilidades de rentabilidad y acumulación por parte de los grandes empresarios del agro. Estas condiciones de desventaja de los sectores campesinos en el acceso a recursos, plantea un escenario de pugnas entre distintos proyectos espaciales de dominación, emancipación y permanencia. Es justamente en esas tensiones históricas, en las distintas articulaciones políticas de los cuerpos y paisajes, en donde se fabrican los sentidos de naturaleza. Al mismo tiempo, estos sentidos de naturaleza determinan las condiciones de posibilidad de los cuerpos y paisajes. De este modo, parto de la premisa de la simultaneidad en la que no existen naturalezas prístinas previas a su producción social, pero tampoco discursos puramente ideales, o éteres narrativos que simplemente “construyan socialmente” a la naturaleza. Se trata más bien de una simultaneidad de producciones entre distintas dimensiones espaciales, y entre ideas/imágenes y materialidades.

## **Apuntes metodológicos: conocimientos situados**

Algunos meses antes de mi primer viaje a Montes de María, tres profesores de la facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Javeriana (Diana Ojeda, Carlos del Cairo y Jefferson Jaramillo) gestaron una interesante investigación llamada “Imperativos Verdes y subjetividades ambientales campesinas”. Con esta iniciativa buscaban analizar comparativamente la configuración de lo campesino en tres regiones de Colombia -el norte plano del Cauca, el noreste Amazónico, y los Montes de María-. Diana Ojeda decidió apostarle a mi interés y afinidades con este proyecto, invitándome a participar, además de aventurarse a dirigir esta tesis. De esta manera, planteé el proyecto de grado para la Maestría en Estudios Culturales de la Universidad Javeriana en el marco de la investigación de *Imperativos Verdes*.

A mediados del 2013, me contacté con Penelope Berlamaz, funcionaria de la ong española Movimiento por la Paz (MPDL) quien me ofreció trabajar por unos meses ayudándola a realizar y transcribir entrevistas para sus tesis en Bogotá. Para fortuna mía, MPDL, ha trabajado durante los últimos años en Montes de María, realizado acompañamientos en procesos de “[...]mejora y rehabilitación de alojamientos y centros comunitarios; seguridad alimentaria y nutrición; agua y saneamiento básico; generación de ingresos; atención psicosocial y organización comunitaria; y asistencia legal” (MPDL, 2013). Amablemente, y en retribución por mi labor, Penélope me contactó con su red de trabajo en esta región. Esta red está constituida por miembros del Instituto Latinoamericano para una Sociedad y Derecho y Alternativos (ILSA), La Corporación de Desarrollo Solidario (CDS), el Observatorio de Territorios étnicos y campesinos de la Universidad Javeriana (OTEC), La Organización de Población Desplazada de los Montes de María (OPDS) y El Centro de investigación en estudios populares y Programa por la paz (CINEP/PPP). Más tarde me enteraría que uno de los denominadores comunes de esta red –uno muy llamativo- es la financiación de proyectos en común por parte de la AECID, a través de un recurrente conjuro por parte de sus funcionarios, “el convenio” (Protección, restablecimiento y protección en los Montes de María, Convenio 10-C01-054)”, planteado en términos de una alianza cooperativa entre algunas de las organizaciones mencionadas.



Curiosamente estos valiosos acercamientos confluyeron en la red de contactos que Diana Ojeda había logrado tejer paralelamente en su gestión para nuestro trabajo con Imperativos Verdes.

### *Conocimientos situados*

Un importante ingrediente de los paisajes corporales, el cual se irá tejiendo sobre la marcha, es la posibilidad metodológica de narrar el paisaje desde una corporalidad particular, esto es hacerme cargo de las coyunturas mismas que permiten configurar mis perceptivas particulares: privilegios y limitaciones del accionar político del ego investigador. En mi caso esa coyuntura entreteje tres aspectos fundamentales: primero, las experiencias investigativas previas que dan cuenta de mi formación disciplinar como antropólogo. Segundo, las fricciones de esa formación disciplinar con los estudios culturales, un proyecto político-epistemológico que cuestiona los límites disciplinares y en el que inevitablemente me circunscribo. Fue a través de los estudios culturales que me contaminé de la ecología política, además de transitar estas reflexiones sobre la producción política de la naturaleza y la justicia ambiental. Desde un nivel empírico, los Estudios Culturales plantean un reto, pues la versatilidad y amplitud metodológica, suelen ser malinterpretadas como falta de rigurosidad. Desde mi experiencia, se hizo posible el uso y experimentación con herramientas de distintas disciplinas, como el trabajo de archivo y la cartografía y, por supuesto, la etnografía sin caer en las parcelas metodológicas de las disciplinas sociales. Finalmente, mi situación particular en los Montes de María con respecto a OPDS y CDS, pues adquirí algunos compromisos políticos y generé expectativas sobre mi trabajo.

A mediados de mayo de 2013 junto a Diana Ojeda, mis dos compañeras en la investigación, Ana Catalina Rodríguez y Jennifer Petzl, nos reunimos con tres miembros de OPDS. Estos líderes campesinos comunitarios de los Montes de María, estaban en Bogotá en un encuentro con líderes de otras regiones de Colombia. Los encuentros con ellos se realizaron gracias a la gestión de Edwin de los Ríos y Gabriel Urbano miembros de ILSA y CDS respectivamente. Tras algunas horas de intercambio de ideas, los líderes de OPDS

expresaron su interés en el tema de Imperativos Verdes, planteando la necesidad de atender uno de los problemas más urgentes en Montes de María para su organización: el imperioso avance de los monocultivos industriales, así como los nocivos efectos sociales y ambientales que se derramaban de allí en la vida y cotidianidades de los campesinos. Estos miembros de OPDS nos anunciaron que presentarían nuestra propuesta de trabajo a la organización, para que se realizara de la mano con ellos, siempre y cuando se acordara en términos colaborativos y cooperativos.

Finalizando mayo de 2013, volví como investigador al Norte de Bolívar. Con el tiempo, con la intermitencia de las certezas, las imaginaciones parecen alimentarse de argumentos para instalarse como un problema. Con la intención de mirar cotidianidades, transité por los paisajes encarnados en cuerpos que *a priori* había imaginado como campesinos. Las irrupciones de los continuos: comunidad, campesino, región, territorio y montes se fracturaron en los paisajes corporales trazados por las afirmaciones y prácticas contradictorias que definían cada uno de esos aparentes continuos. Una paradoja espacial que circunscribe y desborda cuerpos y paisajes se hizo evidente: los campesinos encarnaban en sus cuerpos a los Montes de María, las historias violentas de producción de esta región y, simultáneamente, excedían cualquier posibilidad de circunscribirlos a cuerpos campesinos dentro en este paisaje regional, pues sus vidas se encontraban atadas a fuerzas globales que se tensionaban en sus cuerpos.

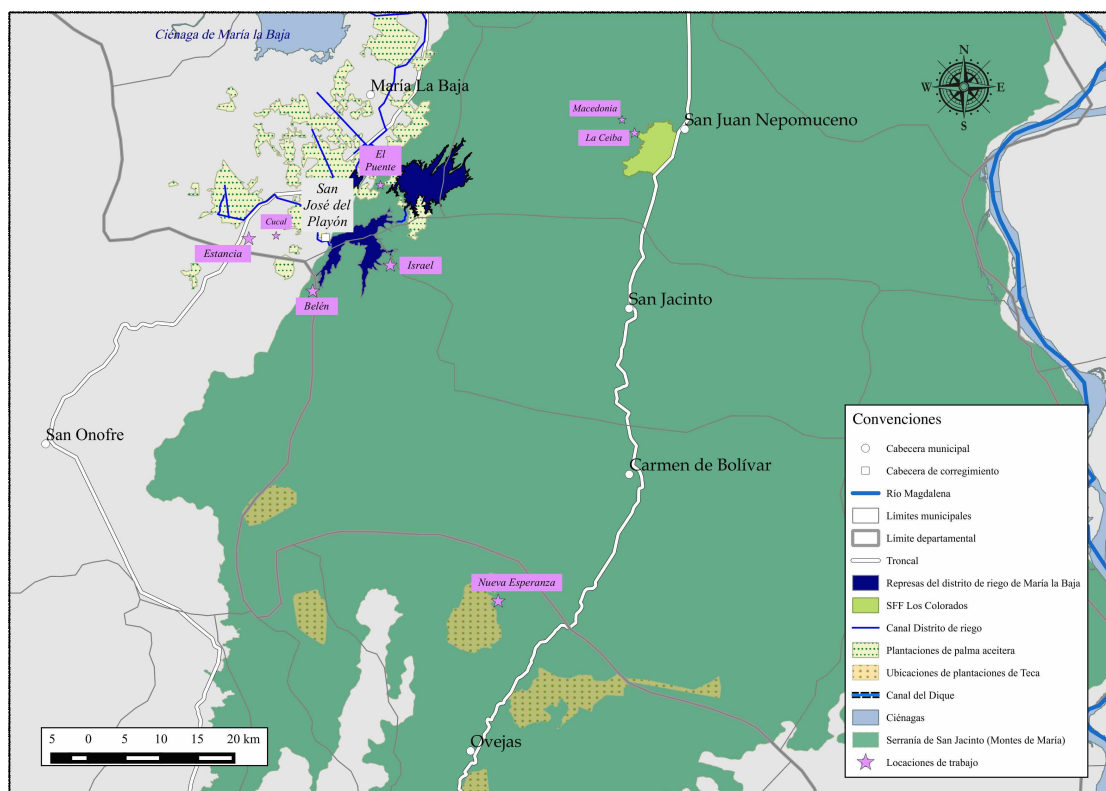
Frecuenté algunas poblaciones y personas en distintos municipios del norte del departamento de Bolívar. A veces se trataba de Montes de María como un todo, de San Juan, de María la Baja, de Mahates o sencillamente de un pueblo en la Costa Caribe colombiana. A veces era todo simultáneamente. Las primeras semanas hubo cierta convulsión e incomodidad, pues mi privilegio corporal, ese de una larga dieta estéril de metales pesados y microbios, se batía con el estar allí entre otras prioridades más allá de tales esterilidades. Lo potable del agua se convirtió en una variable más amarrada a ese privilegio. Me encontré re-ensamblado. Podría decir que se renovaron y nutrieron flujos de información, ideas y relaciones. Otras posibilidades de interacción entre mi circunstancias antrópicas, bióticas y físicas se presentaron, interacción transversalmente política, porque a

fin de cuentas se trata de negociaciones y luchas por el significado de distintas dimensiones de interacción en ese lugar, que muchas veces se amarran al artefacto de naturaleza. Así redefiní mi ecología, es decir, reinventé las lógicas interactivas ejecutadas desde el ver, entender y habitar un espacio, no sólo la ocupación del lugar por un cuerpo sino la interacción misma de fuerzas históricas que producen simultáneamente cuerpos y paisajes. Esas ecologías se transformaron, interpeladas por otras; y por supuesto esas otras ecologías interpeladas por las mías. De esto se trata la fricción.

Con este trabajo quise apuntar al ejercicio de una etnografía crítica, hacia una actitud investigativa y reflexiva que valora “[...]la introspección, el trabajo de memoria, la autobiografía, incluso los sueños como formas importantes de conocimiento” (Foley y Valenzuela, 2005: 218). Es así que privilegié una perspectiva de análisis intersubjetiva, poniendo en evidencia constantemente la relación de mi cuerpo y mis afectos con los entornos a los que me vinculaba. A través de la reflexión sobre relaciones que me permitieron algunos instrumentos etnográficos, cartográficos (la observación participante, entrevistas etnográficas, recorridos etnográficos y etnografía audiovisual, la cartografía social, y el trabajo de archivo) pretendo dar cuenta de las articulaciones entre múltiples dimensiones de unos espacios sociales particulares que he definido como cuerpos y paisajes. Prestando especial atención a prácticas y retóricas corporales del trabajo, examino tanto la transformación del paisaje hecha por los cuerpos, como el curtir de los cuerpos hecho por el paisaje. De este modo, la etnografía la ejecuté como un recorrer por los cuerpos y paisajes, tornándose en una suerte de cartografía etnográfica. No sólo se trata de una etnografía crítica, sino de recorridos etnográficos críticos, mapeos y desplazamientos por rutas entre distintas dimensiones sociales a través de movimientos geográficos e históricos.

Como ya he mencionado, gran parte del trabajo se realizó gracias a la confabulación de personas, organizaciones e instituciones que permitieron logísticamente nuestra presencia como grupo de investigación allí. OPDS es una plataforma de encuentro de varias organizaciones de base de población rural desplazada de varios municipios del Norte de Bolívar y Sucre. Es definida por sus miembros como un espacio y proceso que reúne a

varias organizaciones campesinas de base, consejos comunitarios afrodescendientes, juntas de acción comunal y un cabildo indígena. Allí, los miembros de Imperativos Verdes, fuimos generosamente acogidos, al plantearnos un horizonte político común. Nosotros, como un sector de la academia, ansiábamos articularnos a las luchas de esas organizaciones de base. Personalmente, me sentí conmovido por la fuerte afinidad política que se iba revelando en las perspectivas de algunos de sus miembros, enunciadas en las largas charlas e intervenciones en los encuentros de la organización. Sin desconocer las contradicciones entre las practicas corporales y los discursos, pude atestiguar un convencida postura autocrítica y reflexiva de muchos de sus miembros, postura que causó un gran impacto en mi. Es desde ese espacio que me he fabricado las perspectivas desde las que conjuro este trabajo. Hay yacen los límites y mediaciones (o intrusiones) de esta investigación. Soy consciente de lo arbitrario y privilegiado de esas intrusiones, pero considero inexorable adherirme al mundo de manera arbitraria, sesgada, privilegiada y sobretodo precaria.



**Mapa 2. Montes de María y áreas de trabajo de campo**

Fuente: Elaboración propia con información geográfica del IGAC y talleres de cartografía social, *Imperativos Verdes*. (Febrero de 2014)

De las organizaciones de OPDS, retomo mi aproximación a cuatro organizaciones en particular: Asoesperanza<sup>5</sup>, una asociación de campesino retornados en Ovejas (Sucre); Asobendición, una organización de campesinos desplazados asentados en El Puente (María la Baja) provenientes de varios lugares en las inmediaciones de la Represa de Matuya en María la Baja y San Jacinto. AsoBelén, organización de campesinos retornados laboralmente en sus parcelas cerca a San José del Playón en María la Baja y en San Onofre. Y AsoIsrael, una organización también asentada en San José del Playón, cuyas parcelas en encuentran entre María la Baja y Carmen de Bolívar (ver Mapa 2).

Por fuera de OPDS trabajé con la organización La Ceiba, Asociación de productores de la finca la Ceiba, en San Juan Nepomuceno y con algunas personas de la vereda Macedonia en ese mismo municipio, que confluían en pocas ocasiones, para cuestiones organizativas en la Junta de Acción Comunal. Esta dispersión de personas y lugares fue mi posibilidad de hablar de Montes de María como paisajes corporales en tanto confluyen historias, prácticas y discursos sobre la producción de naturaleza, o de espacios definidos como tal. En San Juan Nepomuceno también estable una relación de colaboración con el profesor Arnulfo Paz, un intelectual local quién me dio pistas para rastrear la historia agraria de los Montes de María. También allí pude intercambiar ideas de las historia y concepción de la región con dos funcionarios de Parques Naturales Nacionales (PNN) del Santuario de Flora y Fauna de Los Colorados (SFF): Fernando López y Sergio Castro. Finalmente la colaboración e intercambio con los miembros de las ongs CDS, ILSA y MPDL, así como de la Cooperación española (AECID), fue esencial para recorrer el monte. Vale la pena mencionar que este escenario organizativo y humanitario a posibilitado la existencia de centenares de organizaciones campesinas en las que se agrupan habitantes rurales desplazados. En menor o mayor medida muchos de los campesinos se articulan a estos procesos como una forma de subsistencia económica y legibilidad con el estado y los organismos multilaterales que pretenden distribuir paliativos en formas de políticas sociales.

---

<sup>5</sup> Los nombres de personas, organizaciones y lugares han sido reemplazados por pseudónimos y toponímicos ficticios en procura de la seguridad y anonimato, según los acuerdos de confidencialidad pactados con los participantes en esta investigación.

En ese sentido, desde la etnografía crítica, aspiro a trazar caminos que me lleven a superar la dependencia política a las ingenuidades e imposiciones esencialistas, estas que han servido como apelativo y traducción inocua desde lenguaje clasificatorio de la modernidad, o en últimas, como un juego en el tablero reduccionista que el estado provee, perpetuando la necesidad de políticas de las identidades y las naturalezas dominadas y explotables para una rentabilidad monetaria, además de reproducir las lógicas coloniales sobre estas.

Para sintonizarme con la etnografía crítica es necesario situar la pertinencia del trabajo desde varias dimensiones, las cuales se articulan al campo de estudios culturales, en lo político, lo ético y lo estético. Las dinámicas espaciales por las que indago pueden ser leídas como efectos de las relaciones de poder entre cuerpos y paisajes: coyunturas históricas en las que distintas formas de control y uso de los recursos ambientales configuran las relaciones entre paisajes y cuerpos. La fricción entre esas distintas formas de configurar los espacios posibilitan un proyecto neoliberal de desarrollo basado en esa acumulación y marginación de cuerpos y paisajes. En estas coyunturas creo necesario que los sectores críticos de la academia posen sus miradas y cuerpos. El problema de la producción y transformación de la naturaleza, en sus dimensiones materiales y simbólicas, están relacionadas con el sustento, el ser material y afectivo de las poblaciones tanto rurales como urbanas.

Me inscribo también en el campo de los estudios culturales con la intención de acudir al horizonte de lo transdisciplinar, para explorar relaciones sociales desde una perspectiva que complejice las múltiples relaciones entre lo político, económico y cultural. He echado mano de la antropología e historia ambiental, y la teoría social crítica. Esta perspectiva está en tono con las expectativas de los estudios culturales: una perspectiva interesada por la irrupción del relato cultura como un artefacto inocuo para situarlo como un efecto de las relaciones de poder. En ese sentido, las formas de habitar, utilizar y representar, las naturalezas (cuerpos y paisajes) darían cuenta de esa producción de la cultura, en las luchas por los significados y materialidades de la naturaleza. La idea amplia de mi trabajo,

es intentar dar cuenta del entramado de cultura/naturaleza-poder en un contexto de luchas por los recursos ambientales.

He querido partir desde un enfoque crítico antireduccionista, engendrado desde los conocimientos situados. Estas perspectivas intiman en la provocación de la reflexividad, la no linealidad obligatoria y la multiplicidad subjetiva. Los conocimientos situados, emerge como metodología cyborg, en la propuesta de Donna Haraway (1995): una práctica crítica que no sólo cuestiona lo verdadero de las versiones dominantes sobre el mundo, sino que traza también cierto horizonte político, en procura de la fabricación de “versiones [más] fidedignas de un mundo «real», que pueda ser parcialmente compartido y que sea favorable a los proyectos globales de libertad finita, de abundancia material adecuada, de modesto significado en el sufrimiento y de felicidad limitada” (Haraway 1995: 321). Haraway propone así la noción de *aparato de producción corporal* (retomando la idea de Katie King de aparato de producción literaria). Apela a esta categoría justificando la cercanía de la biología con la poesía, para tratar a los cuerpos como objetos activos de conocimiento, tanto en una dimensión material, como en una simbólica. Afirma desde allí el riesgo de fijar límites, ya que los objetos son proyectos de frontera (tanto en el registro animal/humanos como simbólico/material), insistiendo así en la apertura a las posibilidades híbridas (la conexión entre tecno ciencia, ciencia ficción y poesía: la figuración) (Haraway, 1995: 346).

Con ese ánimo reflexivo, también el monte y los campesinos no constituyen un mero objeto epistemológico pertinente en la coyuntura descrita. En realidad significan una fuerte fijación en mi trama personal. Esta fijación opera en dos dimensiones: primero, por una pregunta sobre mi propia historia, o mejor la historia de mis antepasados -de origen rural- y la proyección fantástica e ingenua de abandonar radicalmente la forma de vida que llevo como “urbanita” y acercarme a ciertas utopías anarcoprimitivistas que he estado tratando de incorporar inútil e ingenuamente en los últimos años.

Y entonces, ¿a quién está dirigido?, ¿por qué es desde la academia que me he permitido este ejercicio? y ¿qué es lo pertinente de los estudios culturales en mis pretensiones?

Trató de superar la observación modesta de un objeto de conocimiento, los paisajes y cuerpos, acercándonos al diálogo entre mis propias lógicas de interacción y las de los actores, en últimas, aparatos de producción corporal y del paisaje interpelándose entre las parcelas, las reuniones de organizaciones campesinas, en los talleres de formación política, en el “picó” entre baile y cerveza, en los buses intermunicipales, entre el monte y en cada recoveco que habité para producir este trabajo.

Intentando evitar las ingenuidades, creo que el texto que presento con suerte tendrá resonancia en un campo social muy limitado: colegas interesados en el tema, mis amigos y compañeros del grupo de investigación de Imperativos Verdes; algunos miembros de las ongs con las que tuve la posibilidad de construir algunas de las reflexiones que aquí presento; y tal vez, algunos líderes campesinos con quienes trabajé que acepten el reto de adentrarse en otros lenguajes y formas de reflexión que podrían nutrir su lucha y sus vidas cotidianas, aunque sea un poco. Soy consciente, que mi cuerpo ha aprendido a reflexionar a partir de este lenguaje académico, que limita las posibilidades de acceso, y que son en últimas un síntoma de la lejanía entre la producción académica y los horizontes de lo realizable. Sin embargo creo, que este texto es tan solo una de la tantas fibras que se entretejieron durante la realización de esta investigación, tal vez la menos importante en términos de las interacciones políticas posibles. Las acciones importantes ya fueron y serán cometidas en otros escenarios que posibiliten una verdadera interlocución desde lenguajes más prosaicos. Quiero decir con esto, que lejos de subestimar otras formas de comprender el mundo, la comprensión práctica y transformativa de la realidad resuena precisamente en esta prosaicas, en los sentido comunes en las prácticas de significación de los cuerpos y paisajes más allá de los intentos de elucubración académica que contienen este trabajo.

### *Recorridos etnográficos*

¿Cómo leer un espacio como los Montes de María más allá de las cartografías oficiales, llenas de fronteras, zonas, márgenes e invisibilidades que lo han conjurado como tal? Primero, creo que se trata no sólo de leer sino de escribir un espacio o lugar. Entiendo espacio y lugar constituidos como expresiones de sentido y horizontes de significado, así



inevitablemente apropiados, independientemente de lo inasequibles o prístinos que aparezcan en las cartografías oficiales, o en los relatos de las *geografías imaginadas*. Estoy convencido de que es irremediable trazar fronteras, rellenar zonas y pronunciar invisibilidades, incluso al tratar de hacer contra-cartografía, pues todo espacio es producido por las relaciones sociales y las fuerzas implícitas en la reproducción social (Lefebvre, 1974).

La reiteración de los viajes y recorridos son para mi una importante clave de escritura de los espacios. La coproducción misma que se ha realizado entre mi cuerpo y el paisaje-región de Montes de María, es esa narración en primera persona de la que he echado mano para trazar cartografías no sólo alternas sino cuestionadoras de las versiones oficiales y asentadas en los sentidos comunes. Esa así que mi trabajo ha sido leer y escribir desde la observación e interlocución principalmente del espacio y proceso de la OPDS, así como de las organizaciones de base participantes de este espacio. No se trató de un trabajo focalizado en una sola localidad, sino de incesante movilidad, tanto metafórica, en el sentido de los movimientos temporales a través de historias y relatos, como en un sentido más plástico materializados en la cantidad de kilómetros recorridos para llegar a varios lugares en Montes de María -así como de las esperas a los costados de las carreteras. Esa cotidianidad móvil es un gran insumo de este trabajo.

Durante dos meses, a mediados del 2013, realicé constantemente recorridos (muchas veces junto a mis compañeras) por el norte de Bolívar. Dos rutas marcaron mis trazos: la ruta 90, conocida como la Troncal del Caribe, que lleva de Cartagena a Sincelejo, vía María la Baja - San Onofre a un costado del Golfo de Morrosquillo; y la ruta 25, o Troncal de Occidente, que bordea el río Magdalena desde Barranquilla, también conectando a Cartagena con Sincelejo, vía San Juan Nepomuceno y Carmen de Bolívar. Generalmente iniciaba mis jornadas desde la Terminal terrestre de Cartagena, en el extremo oriente de la ciudad, con rumbo a María la Baja (Bolívar) - en ese caso tomaba la ruta 90-, o a San Juan Nepomuceno si lo hacía por la ruta 25. O desde Pava, (Mahates), en la sede rural de CDS, Cedecampo, a media hora de la cabecera de María la Baja, lugar de encuentro de varias organizaciones campesinas, así como de los profesionales de campo de CDS, agrónomos y

trabajadores sociales que hacían recurrentes visitas a distintas las poblaciones en Montes de María

Así, recorría durante horas cuerpos y paisajes, de pasajeros, vendedores y ayudantes de bus, de intermitentes parches de bosque tropical seco y de manchas de naturaleza disciplinada de palma aceitera y teca recorrí por los de cuerpos que trazaron interminables cercas vivas de matarratón. Viagé a través de paisajes esporádicos de cuerpos remontando caminos vertientes de estas rutas, a veces a pie y a veces en mula, a veces en campero. También los mapeos a pie fueron constantes, y otra herramienta importantísima. Remontando colinas por las mangas o caminos de herradura hasta llegar a parajes cobijados por el monte, que según nuestros acompañantes y amigos encarnaban las historias de despojo y abandono que algunos años atrás vivieron. Estas caminatas también sirvieron para aproximarme en cierta medida a las dinámicas de movilidad laboral cotidiana de cuerpos campesinos y para entender también las transformaciones que implicó la guerra territorial en las formas en las que vivía y se movía la gente.

Además del trabajo de cartografía a través de recorridos etnográficos, realicé un trabajo de archivo indagando por las políticas de desarrollo rural en Montes de María y una revisión de fuentes secundarias de historiografía social y económica de la región, para entender como se ha construido ese espacio, es decir como ha devenido el proceso de sedimentación de geografías y vertimiento de ecologías en cuerpos y paisajes allí.

### **Croquis de este relato**

En el primer capítulo, desde algunos de los antecedentes históricos, planteo una historia regional del monte a través de las prácticas de imaginar históricamente una región. Propongo que actores estatales y élites económicas han llevado a cabo una intervención económica y ecológica desde el siglo XVIII en los cuerpo y paisajes, intervención legitimada por las imágenes del monte como lugar inhóspito. A través de algunos relatos historiográficos sobre Montes de María y el Norte de Bolívar, intento reconstruir el lazo entre distintos episodios que confluyen como hitos históricos para varias de las personas

con las que intercambie y aprendí sobre la historia de estos lugares. Simultáneamente durante el mismo periodo, pretendo mostrar cómo se ha configurado históricamente lo campesino, desde imaginarios raciales y económicos en el siglo XVIII. A partir de allí, establezco que la vinculación económica en relaciones de trabajo y propiedad de las poblaciones rurales han moldeado los cuerpos y los paisajes, en una estabilización parcial del paisaje regional. También muestro algunas articulaciones históricas de lo campesino al desarrollo, sobretodo en la segunda mitad del siglo XX con la Revolución Verde, que no sólo trajo consigo problemas de deterioro económico y ecológico sino posibilidades de organización y movilización para los campesinos en busca de horizontes de bienestar. En ese sentido, esta región no es una delimitación geográfica de mi trabajo, sino el toponímico de los entrecruzamientos de historias de lo campesino.

En el segundo capítulo, planteo trazar una historia más localizada del monte, en las narraciones y práctica campesinas de transformación (trabajo agropecuario) y representación de la naturaleza. En primera instancia, defino la categoría monte como un espacio de trabajo en el que transforma una naturaleza incivilizada en una naturaleza habitable y provechosa para el bienestar de las poblaciones rurales. Esta transformación sucede no sólo con práctica de trabajo agropecuaria, sino también en las posibilidades organizativas articuladas a la andamiaje humanitario. Más adelante, muestro los ensamblajes necesarios que posibilitan esa transformación de la naturaleza. Profundizo en particular en las prácticas corporales con la rula (soco y machete), una herramienta fundamental en el trabajo campesino. Esta herramienta además permite el despliegue de corporalidades campesinas y masculinas. Finalmente, planteo como se ha llevado a cabo la configuración del monte como un lugar de hombres a partir de ideas que asocian las prácticas agropecuarias al trabajo masculino, invisibilizando parcialmente la participación de los cuerpos de mujeres como trabajadoras rurales y sujetos activos de las movilizaciones políticas. Así, el monte se engendra entre las contradicciones como un lugar heterogéneo en el que se intentan estabilizar ideas de lo campesino, y donde son posibles las condiciones materiales y morales de bienestar para estas poblaciones.

En el tercer capítulo apunto a describir la relación de fricción entre las lógicas campesino del monte y las dinámicas de un espacio destinado a la explotación agroindustrial. Presento la emergencia y articulación al lenguaje territorial desde las organizaciones para hacer frente a los monocultivos. Por último, a manera de conclusión, retomaré los aspectos fundamentales de este relato sobre cómo se coproducen los paisajes y cuerpos en las relaciones de fricción entre las encarnaciones de efectos de estado, y los campesinos (cuerpos de los rigores, diatribas y oclusiones de las políticas de desarrollo en los Montes de María).

## CAPÍTULO 1

# IMAGINAR EL MONTE: HISTORIAS Y CARTOGRAFÍAS CAMPELINAS

En este capítulo me interesa entender cómo desde el siglo XVIII los gobiernos, junto a las elites económicas y pobladores campesinos, han imaginado el monte como proyecto de naturaleza para su bienestar y renta. En la primera parte, desde la historiografía agraria de la región, intento trazar como se imagina un paisaje inhóspito, habitado por cuerpos que escapaban de los órdenes raciales y económicos coloniales. En este mismo siglo, como síntoma de la ausencia del estado, la presencia de cimarrones y arrojados “libres de todas las razas” legitimaron las campañas de colonización de esta región. Luego, a partir de la vinculación económica de los Montes de María a la provincia de Cartagena, las poblaciones que habitaban el monte, se articularon como fuerza de trabajo a las estancias ganaderas y plantaciones de caña. Esta articulación permitió la concentración de la propiedad de la tierra y explotación laboral campesina para el ensanchamiento de los latifundios.

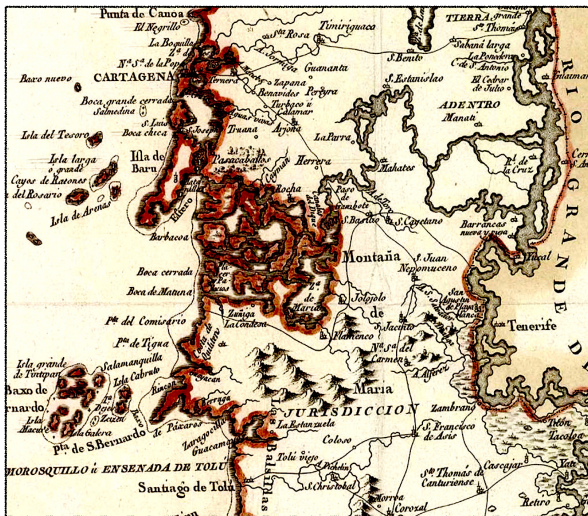
En la segunda parte, sedimentos de esos imaginarios, desde finales del siglo XVIII, posibilitaron el desarrollo de una “economía campesina” ensamblada a los monocultivos de tabaco y arroz. A partir de allí, en el siglo XX, entre campesinos, académicos locales y organizaciones no gubernamentales ha sido posible estabilizar la idea de esta región como “despensa agrícola del Caribe”. De este modo, lo campesino emerge atado a una historia agraria, en la que el monte como naturaleza inhóspita, legitima la transformación productiva.

Finalmente, quiero señalar que por imaginar me refiero a las prácticas narrativas que localizan imágenes surgidas entre las ficciones, acomodaciones y materialidades dando sentido a configuraciones de poder (Said, 2002: 25). Al virar sobre lo imaginativo de un paisaje, o una geografía, no desconozco los efectos reales de la producción de los espacios. Por el contrario, entiendo que lo imaginativo constituye realidades orgánicas y materiales que trazan la vida de las sociedades humanas, en este caso campesinas. Además, en esta

dimensión, es en dónde se disputan acuerdos sociales como regímenes de explotación y propiedad; también sentidos comunes sobre la naturaleza; y horizontes políticos y morales de bienestar.

### 1.1. Colonizar el monte

Las imágenes de una naturaleza prístina, abundante y fértil han sido entretejidas a las ideas de lo salvaje y peligroso en las geografías europeas sobre las fronteras y los lugares más allá de la obra del ser humano (Gudynas, 2011: 267). En Los Montes de María, los administradores estatales, las élites económicas y los sectores de trabajadores rurales y campesinos, desde la colonia hasta la actualidad, se han valido de tales imágenes para diseñar y ejecutar proyectos de dominación, usurpación y emancipación espacial. El monte,



**Mapa 3. Detalle de “Mapa geográfico de la provincia de Cartagena” SXVIII**

Don Juan López señala la ubicación de los poblados nuevos congregados por Antonio de la Torre, las rochelas aún existentes, así como la ubicación de recursos maderables, praderas y ciénagas para el desarrollo económico de Cartagena.

Don Juan López Pensionista 1787. Mapa Geográfico de la Provincia de Cartagena. Cartografía colonial, s XVIII, 1 mapa : grab., col. ; 67 x 43,2 cm. RAH20101000440. Real Academia de la Historia, Madrid.

encarna estas imágenes en las versiones de campesinos, dirigentes y académicos que lo conjugan para diferenciar un espacio domesticado asociado a lo civilizado (blanco, virtuoso, racional, ordenado y productivo) de uno silvestre y natural (negro o indígena, desordenado, enviado e improductivo). De este modo, las imágenes de esta naturaleza no civilizada han servido como instrumento cartográfico, pues constituyen poderosas geografías imaginadas a través de las cuales se justifican intervenciones y transformaciones de estos espacios.

La perspectiva historiográfica del Profesor Paz, un intelectual sanjuanero, evidentemente influenciado por

académicos costeños como Alfonso Múnera, Orlado Fals-Borda, Jose Polo Acuña, Amaranto Daniels y Gustavo Bell, fue mi entrada a imaginar Montes de María como región. Desde un cuerpo invisible que narra la historia del paisaje que lo circunda, fuimos hilando la larga trayectoria de la región: un hombre blanco, con formación académica, miembro de una élite intelectual local, angustiado por el destino económico y político de este lugar.

[...]recopilar toda esa cantidad de datos, y ordenar nos permite entender lo que ha pasado en este lugar [...] El problema con esta región es ese, que las anteriores generaciones, en su mayoría clases campesinas, no fueron educadas, por el abandono del estado y por el desinterés [...] no se acuerdan de la historia de la región y siguen votando por los mismos ladrones corruptos de siempre [...] por eso dejan que se meta toda esa industria y le venden barato a los grandes ganaderos. Con toda esa riqueza en esta región y sigue habiendo mucha pobreza.<sup>6</sup>

Para El Profesor “[...] esta zona montañosa [conocida Montes de María], que comprende la gran sabana de Bolívar y estos picos de aquí, tiene una historia interesante [...]”, que le permite explicar las condiciones actuales del campesinado, pues “el abandono de Estado” ha sido una constante desde la colonia, situación que no ha permitido el “correcto desarrollo” de la región.

Esta perspectiva del Profesor sobre el abandono, tiene tintes de anhelo por una idea total de estado, un aparato capaz de intervenir como unidad mediadora absoluta entre los cuerpo y paisajes. Algunos intelectuales que han fabricado la historia agraria regional del Norte de Bolívar Montes de María parecen tener la misma pregunta del Profesor Paz: las dinámicas de población al margen de las instituciones coloniales como síntoma de la imposibilidad de gobierno en ultramar del Imperio español (Zambrano, 2000) ; “el fracaso de la nación”, trazado por la imposibilidad del estado republicano de hacer efectivos los mitos de la unidad racial, interregional, y del destino manifiesto de sociedad nacional (Múnera, 1998); y finalmente, el colapso del estado, por la imposibilidad de escapar del relato de la violencia y las guerras (Daniels Puello, 2007). Para mi, la permanencia de una

---

<sup>6</sup> Entrevista al Profesor Arnulfo Paz, 8 de Junio de 2013. San Juan Nepomuceno.

idea de necesidad de un aparato de gobierno que civilice, congregate, ordene, unifique y pacifique, es la materia misma de la eficiencia de la presencia de un estado.

### *1.2.1. Articulaciones raciales/económicas del monte*

Desde el siglo XVIII, las reformas Borbónicas que buscaban centralizar el control estatal a través de la fundación de poblados y parroquias y de la implementación de una suerte de reforma agraria (Fals-Borda, 2002: 53b; Zambrano, 2000: 47-50; Polo y Gutiérrez, 2011: 15) constituyeron los sentidos regionales de la región de Provincia de Cartagena. *El mapa Geográfico de la Provincia de Cartagena* elaborado en 1787 por Don Juan López Pensionista (ver Mapa 4), a través de los Relatos de Antonio de la Torre Miranda, evidencia los fuertes intereses económicos del virreinato en la Región.



**Imagen 2. Grabado no 10 “Paso en el Canal del Dique” SXIX**

Grabado n°. 10, Geografía Pintoresca de Colombia, Litografía ARCO, 1984.



[...]examiné con toda prolijidad desde el año de 74 los terrenos más cómodos de los que se podía esperar muchas utilidades tomando todas las precauciones que me parecieron convenientes á superar los infinitos obstáculos que preveía por las oposiciones que se habían de hacer al tiempo de verificar el reunir á vecindarios los muchos [habitantes] que arrochelados y esparcidos por los montes y ciénagas[...] (De la Torre [Fals-Borda], 1987: 75)

En efecto, el ejercicio cartográfico sobre esta región permitió desde la segunda mitad del siglo XVIII la configuración de este espacio como un lugar de recursos naturales “habitado por gentes hostiles fuera de la ley”<sup>7</sup>. El relato de un espacio de rochelas y de gentes “libres de todas la razas” posibilitó intervenciones estatales para administrar los recursos en términos económicos y morales, en parte por el gobierno colonial y más adelante por parte del gobierno republicano. Las administraciones coloniales y republicanas han estado íntimamente relacionadas y constituidas las élites económicas encarnadas en los terratenientes y hacendados.

Finalizando el siglo XVIII, el gobernador de Cartagena Juan de Torrezar Días designó al capitán Antonio de la Torre y Miranda para reducir las poblaciones de arrochelados, cimarrones e indígenas, ocupantes de los montes de la provincia de Cartagena y propiciar el establecimiento de estancias ganaderas y en menor medida plantaciones de caña (Fals-Borda, 2002: 53b). Esta campaña fue justificada a partir de las imágenes de un paisaje desaprovechado económicamente habitado por cuerpos que excedían las lógicas de habitación y trabajo coloniales:

[...]los muchos [habitantes] que arrochelados y esparcidos por los montes y ciénagas, faltos de policía, y aun de religión, permanecían encenagados en vicios con [grandísimo] abandono del cuidado de sus almas, perjudicialísimos, y de ninguna utilidad al Estado para que por lo opuesto (á emulación) reconociendo el verdadero [vasallaje] á S.M. contribuyesen á los Reales impuestos, y derechos que antes no hacían evitando al mismo tiempo los perjudiciales abusos que con frecuencia practicaban los que omito referir por lo dilatada que sería su narración y también la de las excesivas ventajas que se experimentan con mucho aumento en las manufacturas de varias producciones, y en particular en la del Algodón, como también en el cultivo de los campos, y crías de ganados [...] así por razón de las cuarenta, y tres

---

<sup>7</sup> Entrevista al Profesor Arnulfo Paz, 8 de Junio de 2013. San Juan Nepomuceno.

poblaciones que establecí como por los muchos y nuevos caminos que hice abrir para la comunicación de unas á otras, y á las Provincias inmediatas, facilitando por ellos la pronta condición de abundantes víveres á la Plaza de Cartagena en todos tiempos, y en particular en el de Guerra como se acaba de experimentar (De la Torre [Fals- Borda], 1987: 75).

La distribución geográfica de estos habitantes esparcidos por los montes y ciénagas, es uno de los elementos más sobresalientes de las historiografía trazada al rededor de los relatos del Capitán de la Torre. Esta forma de distribución, asignaba ciertos atributos raciales según lugares geográficos. Según el Profesor Paz describe, la “cultura campesina mestiza actual” tiene fuertes antecedentes en las lógicas de distribución racial de la siguiente manera:

[...]por San Jacinto y la parte allá del Guamo y Zambrano también; había otras tribus por Turbaco y supongo que hacia la zona de María la Baja, pero eso se pobló de gente de color, puro palanquero que desarrollaron su cultura en esa zona baja[...] esta parte de acá [San Juan y San Jacinto] fueron poblaciones más de indios y luego de blancos, de San Cayetano hacia esa parte del Dique y de las ciénagas estaban lo negros [...]Todos esos elementos culturales constituían las rochelas, que eran unos asentamientos en donde la gente se agrupaba, se asentaba y tenían su propia manera de organizarse, como se dice popularmente *sin dios ni ley*. Los negros se quedaron más hacia la parte baja, el canal del dique, Mahates y María la Baja, y por acá que era un clima menos brusco se ubicaron asentamientos y poblados de blancos, de gente que trajeron de Corozal para fundar esas poblaciones y empezar a tener un control por parte de los españoles de todo este territorio [...] por eso se dio el mestizaje tanto por acá, por esa confluencia de distintas razas y todos sus elementos culturales.<sup>8</sup>

Tal geografía racial contiene varios elementos significativos para elaborar una justificación historiográfica de la colonización del monte. Un paisaje inhóspito habitado por cuerpos al margen de las disposiciones raciales coloniales. En el relato del Profesor, las rochelas, situadas en el monte, posibilitaron la conjunción racial en toda la región. Esta conjunción es concebida como un “valor cultural” que pervive en los cuerpos de Montes de María. Para El Profesor, hay un aporte virtuoso de cada raza a una síntesis cultural actual, que deviene en ciertas ventajas culturales que brinda conjugación racial. Es ese sentido, la

---

<sup>8</sup> Entrevista al Profesor Arnulfo Paz, 8 de Junio de 2013. San Juan Nepomuceno.

música, el conocimiento de las labores agrícolas y la gastronomía contienen elementos diferenciados que manifiestan tales cualidades culturales: “las gaitas son indígenas, los tambores son negros y las letras son en castellano que era la lengua de los blancos”<sup>9</sup>. En este relato, la conjunción racial es vista como positiva en términos de una marcación de forma diferenciada para explicar los elementos de una “cultura en Montes de María”. Simultáneamente lo negro e indígena es relacionado a las rochelas y palenques en tanto síntoma del abandono del estado y como sinónimo de “territorio salvaje”. De este modo, no sin ser contradictorio, es posible explicar para El Profesor una realidad geográfica y racial actual, en la que hay una mezcla cultural, que permite diferenciar distintas razas, en torno a marcadores biológicos y culturales. En este relato, de paisajes salvajes habitados por cuerpos cimarrones y arrochelados (negros, mestizos y blancos), se hace evidente la historia de producción de lo racial atado a lo geográfico en los Montes de María. Para Julio Arias y Eduardo Restrepo la racialización es “el proceso de marcación-constitución de diferencias en jerarquía de poblaciones (en el sentido foucaultiano) a partir de diacríticos biologizados” (Arias y Restrepo, 2010: 58). En las lógicas que intento mostrar, este proceso de diferenciación racial se han sedimentado en paisajes corporales complejos, espacialidades amplias de relación de estas dos escalas: cuerpos/paisajes. Estas formas perviven en el tiempo sedimentas en los imaginarios geográficos que localizan cuerpos dentro de un paisaje contenedor de elementos naturales y morales (entre estos cuerpos) que deben ser administrados, en este caso por el estado colonial.

En este paisaje racial diferenciado suelen imaginar, situados en las zonas altas, con climas más frescos y amables, cuerpos blancos, fundadores de poblados y capillas dentro del orden colonial. Por su parte, los negros y cimarrones son situados en las zonas bajas asociadas a climas cenagosos y difíciles (ver Mapa 5).

Como los enhiestos cimarrones de quienes descendían, las negras se opusieron resueltamente a la mudanza. No les importaba sufrir con los suyos las molestias de mosquitos, jejenes, rodadores, niguas, coyas y otras plagas en que abundaban los mogotes sobre los cuales se habían fijado, espacio estrecho porque no podían pararse en otra tierra que la que

---

<sup>9</sup> Entrevista al Profesor Arnulfo Paz, 8 de Junio de 2013. San Juan Nepomuceno.

quedaba entre los cuatro hornos de la casa, ni en otro piso que en el de las canoas donde dormían y hacían el amor. Los negros de Rocha tenían sus razones: en esas ciénagas y por esos tremedales se encontraba la mejor pesca de toda la región, suficiente para satisfacer la demanda propia y la de toda la plaza de Cartagena (Fals-Borda, 2002: 55 - 56A).

Aquí hay una fuerte referencia a una naturaleza que brinda las posibilidades de supervivencia a estos cuerpos fuera del orden colonial, gracias a condiciones corporales particulares. Entre estas condiciones, Paz menciona: “esa raza [negra] esta hecha para sobrevivir a esas condiciones, son personas con fuerza para trabajo en condiciones duras y para aguantar las inclemencias de ese territorio”. Del mismo modo, para José María Rivas, líder campesino y presidente de Asosantos en María la Baja: “[...] las personas de color estamos hacia esta parte de María la Baja, acá estamos los negros, allá por el Carmen [de Bolívar], si usted se da cuenta, los compañeros son más descoloridos, el aguante del negro es pa’ estos trotes de aquí abajo”<sup>10</sup>.

Aquí emergen también valores encontrados, pues al negro se le atribuyen condiciones corporales positivas para habitar y trabajar en ciertos climas, al tiempo que se le condena por su supuesta naturaleza salvaje, relacionada, entre otros aspectos, a una “sexualidad brutal”:

Además, la gente gozaba de una libertad tan plena de tolerancia y sexo que llegaban a "mezclarse brutalmente con hijas, hermanas y cuñadas, formándose unos parentescos tan enlazados que al teólogo más consumado le costaría trabajo aclararlos (Fals-Borda: 2002: 56a)

Las ideas de una geografía racial que separa los potenciales económicos de las deficiencias morales siguen circulando en entre distintos sectores sociales: algunos intelectuales, funcionarios y campesinos con quienes conversé sobre el tema, suelen distribuir cuerpos racializados en paisajes determinados de esa geografía. Los cuerpos cimarrones representan una renta ideal para explotar territorios difíciles de capitalizar por sus condiciones climáticas, sin embargo siguen representando una amenaza moral por su “brutal” naturaleza sexual. En el capítulo 3, exploraré como estos imaginarios raciales se

---

<sup>10</sup> Charla con José María Rivas, 22 de junio de 2013. San Andrés de Sotavento.

vierten en las estrategias territoriales para el control del paisaje. Por ahora, es pertinente señalar la conexión de estas geografías raciales con formas de control económico y ecológico, vinculadas a lo campesino.

Los Montes de María, aunque hacían parte del corredor control colonial, fueron asociados a los arrochelados quienes escapaban de la disciplina y el orden que intenta imponer la administración colonial. “ Centralizar, controlar, y racionalizar [...] esta era la opinión de los gobernantes que empezaban a imponerse en la formación social colonial” (Capquediqui en Fals-Borda, 2002: 54b). Estas poblaciones se ubicaban en zonas inaccesibles, requeridas por las lógicas de movilidad colonial: El transito de los viajeros y funcionarios coloniales significaba largas jornadas por Canal del Dique y el río Magdalena, desde Cartagena hasta Mompóx, a través de territorios selváticos en “inclementes condiciones” climáticas y sorteando la peligrosa fauna (Múnera, 1998: 44; Serje, 2005: 108; Polo y Gutiérrez, 2011: 35).

Para el profesor Paz, la posibilidad de la constitución de las rochelas y los palenques era posible por esa inaccesibilidad a este espacio, que definió como monte: “un lugar escarpado y muy tupido en donde se podían refugiar sin que se notaran mucho, o desde el que se podían defender en caso de alguna avanzada militar por parte de gobierno de la Provincia de Cartagena”<sup>11</sup>. El monte, constituye una poderosa categoría de los sentidos comunes, utilizada tanto en los relatos historiográficos expertos, como en las versiones prosaicas para referirse a estos lugares que supuestamente se escapan del orden social, ligados a la geografía racial que he esbozado (Ver Serje, 2013). Así, las rochelas como una suerte de monte racializado se configuraron en una categoría moral útil (en términos económicos y políticos) para intentar ejercer el dominio de la naturaleza por parte de las élites políticas y económicas en el siglo XVIII.

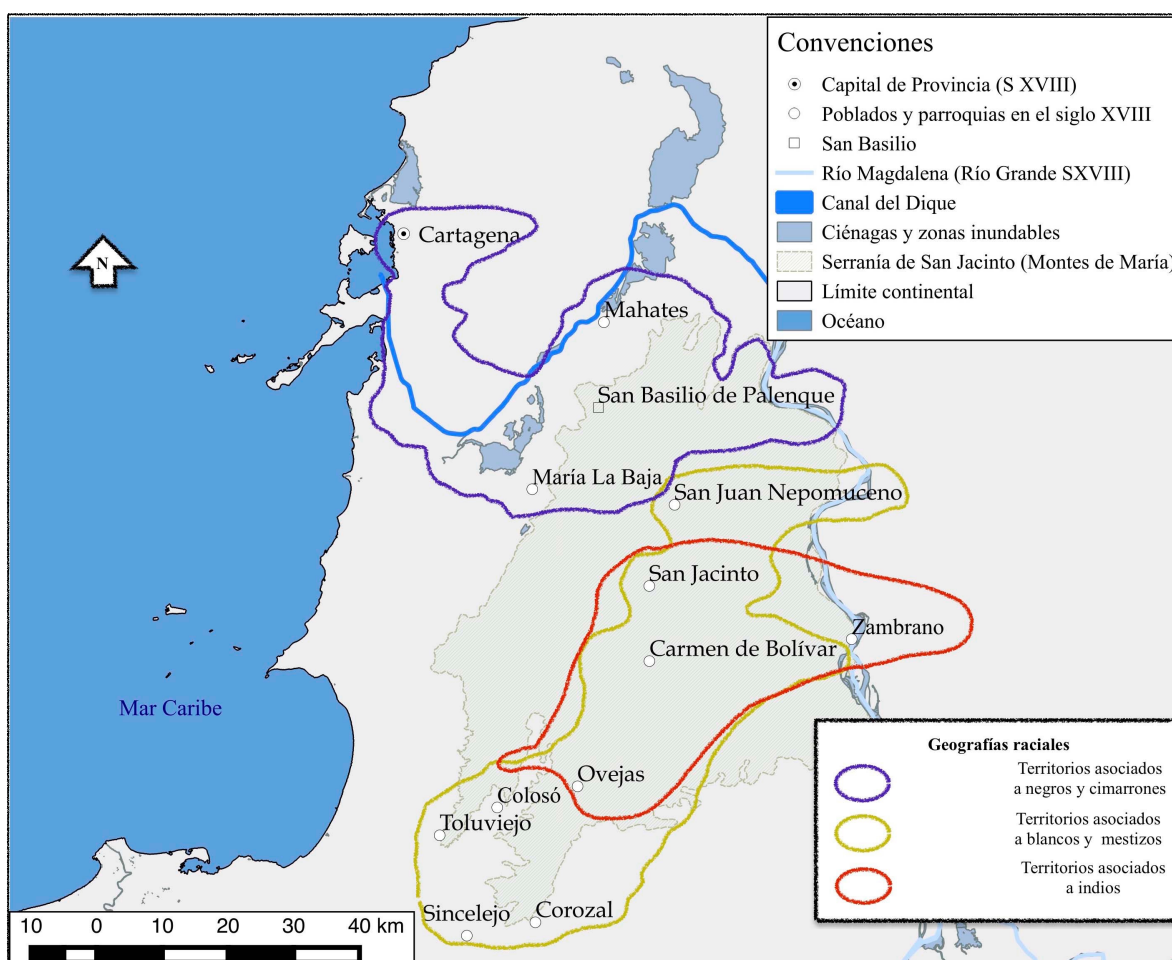
Estas formas de determinismo geográfico, tanto la forma que separa cuerpos racialmente aptos para trabajar y vivir en zonas bajas y altas, como la que sitúa cuerpos aislados y viciosos en las rochelas, tienen una importante conexión con los imaginarios de

---

<sup>11</sup> Entrevista al Profesor Arnulfo Paz, 16 de Junio de 2013. San Juan Nepomuceno.

territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie. Así, el relato de la configuración geográfica de lugares como los Montes de María, ordena poblaciones racialmente diferenciadas con parámetros morales obvios para localizar estos cuerpos en paisajes inhóspitos

Las rochelas, lugares por fuera del control colonial, son configuradas tras la intervención de la Torre como poblados y ejidos. Parece así que la “ausencia del estado” colonial sirvió para justificar la intervención y ordenamiento de los espacios salvajes e inhóspitos engendrando condiciones de posibilidad de un paisaje de “utilidad” para el estado. A pesar de que se han documentado las prácticas de cimarrones y arrojados tanto en el sistema incipiente de la estancia ganadera colonial, como de agricultura de



**Mapa 5. Geografías raciales**

Los efectos de la imaginación geográfica racial en el siglo XVIII, perduran en algunas explicaciones históricas sobre la situación campesina de Montes de María.  
Fuente: Elaboración propia con información geográfica del IGAC.

subsistencia (Múnera, 1998; Fals-Borda, 2002), la idea de un aislamiento de estos cuerpos y paisajes fue recurrente desde el siglo XVIII para sostener los argumentos de una intervención estatal efectiva, que se derivó en un expropiación tanto de la fuerza de trabajo humana, es decir, de los cuerpos de trabajadores, como de los paisajes que habitaban y transformado las rochelas en haciendas rentables.

### *1.2.2. De arrochelados en el monte a rozadores en la hacienda*

Los relatos historiográficos sobre la Provincia de Cartagena por los que he transitado, consideran el siglo XVIII como un momento de expansión y consolidación colonial. Durante este momento la ocupación de tierras consideradas inútiles por la administración colonial, fue una estrategia económica generalizada. La ganadería, el trapiche y la caballerizas, instauradas incipientemente en los siglos precedentes, se desarrollaron con mayor intensidad (Múnera, 1994 y Fals-Borda, 2002; Viloría de la Hoz, 2007; De Polo, 2007). De este modo, bajo la tutela de la administración colonial, la fundación de asentamientos conectó económicamente a la Provincia de Cartagena con los Montes de María.

Desde el siglo XVI, la mano de obra indígena había sido reemplazada por la de esclavos en la plantaciones de azúcar y tabaco de todo la Costa Caribe colombiana (Viloría de la Hoz, 2007: 61), pero después de las incursiones de Antonio de la Torre y la articulación de las poblaciones en estos sitios alejados, re-configuró las dinámicas económicas, desplazando el uso de mano de obra esclava por la de libres, cimarrones y arrochelados quienes aparentemente concertaban su trabajo con los hacendados. (Viloría de la Hoz, 2007 :62).

[...]de la Torre sentó las bases de una transformación económica y social regional, con una especie de reforma agraria popular inducida por una sustancial redistribución de la tierra accesible. Ello se aprecia en particular por la disposición de los caminos y ejidos que entregó en cada pueblo, y por los arreglos, trueques y ajustes tenenciales que promovió para trasladar las fincas y explotaciones sin afectar la producción agrícola y pecuaria de sus respectivos propietarios (Fals-Borda, 2002: 65B).

Siguiendo este relato historiográfico y las conjeturas del Profesor Paz, el surgimiento de la propiedad privada y una formación social desde un modo de producción campesino en Montes de María está relacionada a la renta y abastecimiento agrícola que brindaron estos primeros poblados a la región. Si bien, para Fals-Borda (2002), la misión de Antonio de la Torre artículo un sistema económico diferenciado del señorial, en el que las castas raciales no tuvieron los mismos efectos, el acceso a la propiedad sostuvo ciertas preferencias raciales implícitas bajo la ley de Merced de tierras y composición. Esta disposición consistía en la asignación de extensiones de tierras por servicios a la corona o por un oficio de petición para la explotación con fines de sostenimiento y alimentación personal y familiar. En caso de que los colonos hubiesen tomado posesión de tierras sin autorización de la Corona, se pagaba una suerte multa llamada “composición” para legalizar su situación de propiedad (Mayorga, 2002). Como ha sido documentado ampliamente la normalización de la propiedad privada, funcionó como estrategia de colonización de estos lugares de la frontera y sirvió para la consolidación de la estancia ganadera en la Costa Caribe (ej. Fals-Borda, 2002; Mayorga, 2002; Sánchez Mejía, 2012).

“La gente que vivía en los pueblos ya fundados, era gente sobretodo blanca y mestiza, que vinieron a colonizar todas esas zonas que habían sido recuperadas por de la Torre[...] había gente con dinero y también trabajadores, sobretodo que habían venido de Pileta [Corozal]. Otros trabajadores eran los cimarrones que venían de los palenques de la parte de San Cayetano”.<sup>12</sup>

Debido a la entrañable relación entre las formas de ordenamiento espacial y las lógicas de jerarquización racial, en esta forma de producción, el cimarrón, el libre, el indio y el arrochelado fueron más explotados como mano de obra agropecuaria que beneficiados con tierra, pues bajo la promesa de la propiedad se vinculaban a la expansión del potrero como terrajeros (Fals-Borda, 2012). Esta mano de obra, que los palenqueros asumieron bajo el apelativo de rozadores (Polo y Gutiérrez, 2011: 25) consistía en abrir las zonas boscosas para establecer casas y parcelas de trabajo. La técnica de la tumba y quema era la predilecta para este fin. Consistía en despejar el bosque y quemar más tarde el rastrojo

---

<sup>12</sup> Entrevista al Profesor Arnulfo Paz, 8 de Junio de 2013. San Juan Nepomuceno.



resultante de la tumba, en el que “el campesino o colono sembraba maíz, yuca y ñame para él y por debajo pasto para el hacendado, en lo que se conoce como monte por potrero o pasto”<sup>13</sup>. Los terrenos despejados terminaban por lo general en manos de los grandes propietarios quienes negociaban ventajosamente con los rozadores, pues muchos no tenían derecho ni dinero para reclamar tierras bajo las figuras de composición y merced de tierras.

En efecto, quienes impulsaron la fundación o refundación de poblados, como en el caso de Mier y Guerra, vieron premiados sus esfuerzos con el control de muy extensos latifundios, que les permitieron conformar mayorazgos de tierras vinculadas y la oportunidad de comprar sus títulos [de nobleza] (Zambrano, 2000: 48).

Según el Profesor, se llevaba a cabo también una práctica aún recurrente por parte de los hacendados “[...]de extender la cercas y modificar abusivamente las escrituras, puesto que muchos tenían influencias personales para cambiar las escrituras públicas de los baldíos”<sup>14</sup>. De esta manera se engendro el latifundio, no sólo como una forma de propiedad, sino también como un modelo de explotación de cuerpos y expropiación del paisaje: “Así se cumplió la “ley de los tres pasos” que lleva a enriquecer al propietario a costa del sudor del trabajador agrícola directo” (Fals-Borda, 2002: 114A).

Aunque el sistema señorial de propiedad entró en decadencia, aparentemente desdibujando todo la estructura de poderes, el desarrollo de la propiedad privada y latifundio, como muestra Zambrano (2000), mantuvo actualizadas las jerarquías socio-económicas y raciales, pues implícitamente los recursos y capitales necesarios para acceder a la propiedad permanecieron en manos de blancos que buscaban aún títulos nobiliarios.

Hasta aquí he intentado trazar que la producción del monte, como una práctica conjunta de imaginar/colonizar, posibilitó múltiples articulaciones económicas que permitieron intervenciones morales y físicas tanto del estado colonial, como de las élites económicas. La necesidad de transformar cuerpos y paisajes no productivos en utilidades para la corona, subyace a las incursiones de reducción de rochelas y fundación de poblados.

---

<sup>13</sup> Entrevista al Profesor Arnulfo Paz, 8 de Junio de 2013. San Juan Nepomuceno.

<sup>14</sup> Entrevista al Profesor Arnulfo Paz, 8 de Junio de 2013. San Juan Nepomuceno.

Estas incursiones fueron efectivas a través del control económico, tributario y de distribución de la tierra que favoreció la explotación de la mano de obra de cimarrones, libres, indios y arrojados por parte las élites blancas que incrementaron su dominio de tierras. A partir del relato de cuerpos de intelectuales invisibles sobre producción de geografías raciales y cartografías económicas, son una explicación viable de las rentas aún presentes en “paisajes inhóspitos”.

Si bien se trata de una mirada vertical de la historia que obvia el relato de los efectos cotidianos de estas incursiones estatales por el control de la naturaleza, logran colarse los indicios de algunas implicaciones más terrenales. El rastro de lo laboral, en tanto práctica intervenida por los efectos estatales, se empieza a contornear como forma de acceso y control del paisaje, dejando las imágenes de las rentas (cuantificable) que los cuerpos arrojados y cimarrones significaban para la hacienda y, en menor medida, la plantación colonial. Como todos los elementos dentro de un territorio soberano, están sujetos de tasación moral y económica. Desde una perspectiva foucaultiana, podría perfilar que hay un incansable intento de capitalización (Foucault, 2006: 40) de los cuerpos y paisajes, no sólo como elementos contenidos dentro de unos límites geográficos, sino que también, susceptibles de reconfiguraciones morales y físicas a través de la circulación de mercancías, ideas y naturalezas.

Considero que estas reconfiguraciones morales y físicas de los cuerpos “encenagados en vicios” y de los paisajes explotables, suceden en varios aspectos. La articulación de estas poblaciones al sistema económico colonial, posicionó a los blancos y mestizos como propietarios legítimos de la tierra, mientras que a los antiguos arrojados y cimarrones como mano de obra para las estancias ganaderas. En ese sentido, los efectos de estado y el ejercicio de autoridad son desplazados hacia esas élites económicas que tenían el control parcial sobre las actividades agropecuarias. Las jerarquías raciales y económicas señoriales, aunque aparentemente inocuas en los territorios arrojados y cimarrones, han circulado efectivamente hasta hoy configurando geografías imaginarias. Estas son re-articuladas a partir del siglo XVIII, a través del sistema de producción hacendil, en los parámetros implícitos de las prácticas legales de acceso a la propiedad de la tierra. En este momento, la

formación económica y social colonial posibilitó una suerte de división racial del trabajo, ya no en el sistema esclavista, sino a través de otras transacciones laborales, como el trabajo pago en las plantaciones, o el monte por potrero. Esta formación se constituyó en gran parte por la expropiación de cuerpos y paisajes en términos de lo laboral. A través de la explotación de la mano de obra de los rozadores para la expansión de la estancia ganadera y la compra ventajosa de tierras por parte de los hacendados sucedieron las reconfiguraciones morales y físicas, que en lo económico sentaron posibilidades para formaciones sociales agrarias y campesinas. La eficacia de los imaginarios coloniales que posibilitaron la transformación de las relaciones entre cuerpos y paisajes es evidente tanto en la durabilidad de las geografías raciales entre los distintos sectores sociales que aún la conjuran, como en la persistencia de lo campesino ligado a una forma de explotación articulada a la gran propiedad hasta finales del siglo XX y comienzos del XXI.

### **1.3. Campesinos, peones y jornaleros en la despensa agrícola**

“La vocación de economía campesina en Montes de María” es uno de los argumentos más recurrentes entre varios líderes de OPDS, para explicar la necesidad de permanencia de la población en actividades distintas a las relacionadas a la ganadería extensiva y los monocultivos industriales.

Nuestras prácticas sociales y económicas se han caracterizado históricamente por la agricultura familiar (incluida la pesca) y la producción diversificada de alimentos, lo que también ha contribuido a la construcción de nuestra identidad, cultura, habilidades y conocimientos (MIC y CDS, 2014: 14)

Este argumento, constituido desde la historia organizativa de la región, particularmente vinculada al movimiento campesino y la ANUC, se ha labrado a través de la idea de Montes de María como una despensa agrícola regional (CINEP/PPP, 2012), idea compartida tanto por los líderes campesinos, como por intelectuales y economistas que han imaginado la historia de la región. De nuevo la imagen exuberante y fértil aparece contorneando la región: “[...]nos encontramos que la combinación de su particular posición geográfica, y de su abundante y variada gama de recursos alimenticios que ofrece el medio

ambiente, ha contribuido significativamente a su desarrollo histórico, incluso desde tiempos remotos” (Blanco Romero, 2011: 5). A partir de estas ideas, el propósito de esta sección, es mostrar las distintas articulaciones económicas y ecológicas históricamente implicadas en el desarrollo de esta “economía campesina” en Montes de María.

Durante el siglo XIX, el dominio inminente y la posesión por ocupación, dos leyes coloniales aún vigentes durante la república, parecen ocupar el uso de la merced de tierras y composición. En todo caso, la motivación de normalizar la propiedad, colonizando el monte, posibilitó el crecimiento del latifundio y la ampliación de la frontera agropecuaria. En ese sentido, las familias de las élites económica y políticas regionales, utilizaron ventajosamente estas dos disposiciones: el dominio inminente, que consistía en la disposición total de las tierras de la nación (ejidos y baldíos) por parte del Estado, fue utilizado por los funcionarios y administradores criollos, miembros de familias terratenientes, para titularse predios de la nación. Por su parte, la posesión por ocupación permitió a estos hacendados el acceso a mano de obra de bajo costo. Las familias de campesinos motivadas a ocupar tierra en puntos más remotos intentando acceder a la propiedad, fueron mano de obra barata en un sistema de titulación viciado por el gobierno criollo, pues los acuerdos de potrero por monte entre estas familias y los hacendados permitían que tras dos años de usufructo del colono campesino la tierra pasara al terrateniente (Yepes, 2001: 144 - 145). A pesar del dominio de la tierra por parte de las élites, el acceso parcial a la pequeña propiedad fue posible, siempre bajo el amparo de los grandes terratenientes.

Trabajaron bien sus granjas y organizaron pequeños intercambios y trueques con el fin de favorecerse con los caminos construidos por de la Torre. Para ello estimularon la vida colectiva y democrática con cabildos abiertos, y crearon fuertes lazos de ayuda mutua y parentesco que todavía existen (Fals-Borda, 2002: 77).

Este paisaje económico, de la pequeña propiedad y explotación de subsistencia articulada a las grandes haciendas, ha sido una de las condiciones de posibilidad de la “economía campesina”, de alguna manera supeditada a las formas de explotación a gran escala, como las plantaciones de monocultivos y la ganadería extensiva. Las bonanzas

económicas de esta articulación campesino/latifundista han posibilitado la imagen de despensa que se ha configurado en los imaginarios económicos regionales.

### *1.2.3. Del tabaco al arroz: cuerpos y paisajes de bonanza y despensa.*

A mediados del siglo XIX los grandes propietarios de la región y las élites políticas posaron su atención sobre el tabaco, como uno de los productos de mayor comercialización en Europa y Estados Unidos para integrarse al mercado agrícola internacional. En su relato algunos autores (ej. Melo y Ocampo citados por Blanco Romero: 2011: 26 - 30) afirman que el crecimiento económico del país sucede a partir del paso del modo de explotación de la hacienda colonial, que abastecía los mercados locales internos, a la modernización capitalista que propendió las exportaciones de productos agrícolas valiosos en el mercado internacional. En este contexto el tabaco constituyó uno de los principales productos de exportación de la región y el país, tras la liberación de los impuestos estatales del tabaco (el estanco) de este producto que lo gravaba desde la colonia (Blanco, 2011: 33).

A pesar que el relato sobre el desarrollo económico en el siglo XIX considera que hay una ruptura entre la explotación hacendil y el capitalismo exportador, las viejas formas de propiedad y explotación campesina se articularon al proyecto capitalista-liberal exportador, pues la gran propiedad ganadera funcionó simultáneamente con los emporios tabacaleros (Fals-Borda, 2002: 78-80). La versión, “liberal”, que considero encarna el relato del Profesor Paz, propone que las medianas y pequeñas fincas lograron articularse al sistema de producción del tabaco en las haciendas, permitiendo el desarrollo de la producción en parcelas de cultivos variados junto al tabaco, paralelamente a las prácticas trabajo y jornaleo en los monocultivos en las haciendas que permitió un pasado económico idílico.

La industria del cultivo de esa hoja, que entre de 1850 y 1870 era considerada como de las principales del país, llegó a acrecentar diez veces el valor de la tierra en los Montes de María. Introdujo el consumo de carne en la clase jornalera y creó una fuente de riqueza y prosperidad en donde se derrochaban grandes fortunas en fiestas y parrandas, dándole cabida a las corralejas, los fandango y las papayeras.<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> Entrevista al profesor Arnulfo Paz, 16 de junio de 2013. San Juan Nepomuceno.

Por su parte la versión de una historia mas crítica de la bonanza tabacalera, como la de Fals-Borda (2002), examina la relación entre la consolidación de las élites económicas regionales y la historia del tabaco como una actualización de las formas de control económico sobre el campesino.

Fue Pizarro quien trajo de Cuba las mejores variedades del tabaco negro que prosperó en la zona, así como las modalidades del "avance" y del "corredor" o intermediario para montar el negocio con los trabajadores directos. El "avance" en dinero le permitió asegurar el producto para exportarlo y subordinar al productor convirtiéndolo en un peón por deuda a quien además cobraba terraje (dos quintales por siembra en las tierras de las haciendas) y trabajo (10 a 20 jornales por época de trabajos) (Fals-Borda, 2002: 81).

La historia de los Pizarro en la bonanza tabacalera es uno de los relatos históricos que encontré desde una perspectiva más local. Entablamos largas charlas con tres profesionales de campo, miembros de CDS (Corporación Desarrollo Solidario) Cesar Dueñas y Mariano Casas y Jair Roa. Ellos llevan a cabo la implementación y acompañamiento de los denominados proyectos productivos comunitarios, así como procesos de formación y organización de base en varias poblaciones de Montes de María en el Norte del departamento de Bolívar. Los tres hombres insisten sin dudar que son hijos y nietos de campesinos, y que se criaron haciendo labores de campo, en Los Montes de María y en Córdoba, y que el acceso a la educación superior les permitió desempeñarse en el campo desde una "perspectiva más técnica", dice Mariano Casas.

Jair y Mariano cuentan que mucha de la gente, incluyendo familiares suyos, estuvieron vinculados a los circuitos de producción del tabaco, como jornaleros y como pequeños productores, debido a que este monocultivo permitía la producción variada. Estos dos técnicos afirman que se realizaban dos cosechas de esta hoja al año, una sembrada en marzo y recolectada en septiembre, que era la cosecha principal, y una entre cosecha o cosecha secundaria que es sembrada después de mitad de año y recogida durante los meses de lluvia entre marzo y mayo. Tras la recolección se llevaban las hojas al caney para secarlas durante casi un mes; dependiendo de la época, si era muy húmeda o seca tardaba

más o menos de ese tiempo. Posteriormente dejaban fermentar la hoja por un trimestre, y en seguida las mujeres seleccionaban las hojas y las empacaban.

Según cuenta Jair, a diferencia de otras regiones tabacaleras, en Montes de María el pequeño y mediano productor siempre tuvo buenas chances de introducir su producto al mercado incluso para la exportación debido a que los grandes productores solían complementar su producción con la de los campesinos, que podían mantener su economía de subsistencia a través de la producción variada en pequeñas parcelas. Sin embargo, reconocen que esta transacción entre pequeños productores sucedía al tiempo que las lógicas de peonazgo y terraje operaban, pues muchos trabajadores no tenían tierra y terminaban accediendo trabajar como terrajeros (o conocidos también como aparceros) y perteneciéndoles su fuerza de trabajo al terrateniente por endeude, o como acuerdo de ocupación de un predio.

Hacia finales del siglo XIX, con la disminución de la demanda del tabaco negro en el mercado internacional generó una crisis agropecuaria (Blanco, 2010). Según relata Jair, “una familia hacendada y tabacalera del Tolima, los Pizarro [quienes habían traído la mejores variedades de tabaco negro de Cuba] que tenían tierras en Ovejas, introdujeron la semilla de tabaco rubio”, generando una cierta estabilidad en el cultivo del tabaco que perduraría hasta mediados del siglo XX. Cesar Dueñas afirma que los viejos recuerdan la época del tabaco como un momento de prosperidad, “como si todo hubiera sido un paraíso tabacalero, porque cuando cogían tabaco había platica, y en los meses de nada, pues se dedicaban a cosechar del resto, del pan coger y ahí tenían pa’ todo el año”<sup>16</sup>. Algunos líderes campesinos a los que interrogué sobre el tabaco afirmaron haber escuchado las historias de sus abuelos, pero estaban muy pequeños o no habían nacido cuando el tabaco todavía era un producto valioso. José María, un líder campesino, María la Baja, dice que uno de sus abuelos llegó del Tolima o de Antioquia, no recuerda bien, en los años 30 para emplearse como trabajador para una hacienda tabacalera. La historia del abuelo de José, según Jair, es el relato de muchos campesinos de otras regiones que emigraron durante

---

<sup>16</sup> Charla con Dueñas, 10 de junio de 2013. Mahates.

finales del siglo XIX y comienzos del XX a Montes de María buscando emplearse como jornaleros y peones en las haciendas tabacaleras, azucareras y ganaderas; algunos con suerte y lograban hacerse a una parcela cedida por el hacendado después de años de servicios y explotación.

Para Jair y César, la concentración de población venida de otros lugares para trabajar como jornaleros en los latifundios, fue uno de los detonadores de las crisis agrarias por acceso a la tierra:

“había gente que había estado trabajando durante años una parcela, o trabajando para un patrón y cuando decidían salir del campesino, quedaba sin nada, y a buscar otra finca para trabajar. Los patrones podían hacer lo que quisieran con el trabajador porque era como si les pertenecieran su cuerpos, su almas y su trabajo”<sup>17</sup>

Sin precisar cuando, Jair, dice que hubo un momento en el que las leyes empezaron a favorecer más al campesino que al patrón, incluso antes de la incipiente reforma agraria en los años 60. Tal vez este supuesto favorecimiento al campesino esté relacionado con las políticas de proletarización y acceso al trabajo asalariado que se dieron durante las llamadas repúblicas liberales de los años 30. Estas políticas pretendían transformar la relación de hacendado-peón a una de patrón-trabajador, en una suerte de modernización del campo. Bajo la consigna de *La revolución en Marcha* el Gobierno de López Pumarejo [1934-1938], puntualmente con la formula la Ley 200 de 1936, conocida como “la ley de tierras”, buscaba la estimulación de la productividad, así como el desmonte del modelo latifundista y la regulación de las utilidades por la explotación de la tierra.

En esta ley, la justificación del título de propiedad fue la función social para el uso económico, y también se reconocieron los derechos de los trabajadores rurales al dominio de las tierras. Según Balcázar (2001), esta ley contribuyó a legalizar tierras sobre las cuales no era clara la propiedad, al tiempo que facilitó la adquisición de parcelas por parte de los arrendatarios y la legalización de la posesión de los colonos (Franco y De los Ríos, 2011: 102)

---

<sup>17</sup> Charlas con Roa, Casas y Dueñas, junio - julio de 2013. Mahates.



Esta política puede haber obedecido a la crisis económica mundial en 1929 que afectó fuertemente a la industria manufacturera, sector que proveía de salarios a los obreros y trabajadores en la ciudades. Muchos de estos trabajadores se volcaron de nuevo al campo, a colonizar los baldíos de la nación, así como ocupar pedazos subutilizados o abandonados de grande latifundios. Estas prácticas de acceso a la propiedad rural, fueron auspiciadas por el gobierno nacional que veía en la colonización un solución a la crisis económica (Albán, 2011). A pesar de las ley de tierras, en la práctica, la distribución de tierras cuando mucho escasa (Kalmanovitz, 1994: 13).

En el caso particular de Montes de María, en donde la colonización había sucedido desde el siglo XVIII, la posibilidad de ocupar baldíos estuvo supeditada a la práctica de terraje vinculando su mano de obra a las haciendas tabacaleras y ganaderas. Según Jair, algunos campesinos se emplearon como cortadores de caña en un ingenio azucarero en Malagana (Mahates, Bolívar), propiedad de la familia Vélez Sanín. Este ingenio decayó en los años 60 y sus tierras fueron objeto de la política de reforma agraria, repartidas entre campesinos afiliados a la ANUC (Asociación Nacional de Usuarios Campesinos) quienes habían solicitado la asignación de estos predios al INCORA (Instituto Colombiano de Reforma Agraria), con una compensación para los herederos de Vélez Sanín de 100 hectáreas de las tierras del ingenio. A este proceso de adjudicación de tierras por parte del estado se le llamo incoración, y hasta el día de hoy los campesinos se refieren a “tierras incoradas” cuando hablan de las parcelas y fincas otorgadas bajo los criterios de la ley 135 de 1961, conocida como “ley de reforma agraria”.

Esta ley se formuló, durante el periodo de gobierno de Lleras Camargo (1958 - 1962), y se puso en marcha durante el gobierno de Lleras Restrepo (1966 - 1970). Como parte, de esta política de estado “[s]e creó el Instituto Colombiano de Reforma Agraria [1967], organismo público encargado del asunto de tierras y de gestionar el Consejo Nacional Agrario (CNA), el Fondo Nacional Agrario (FNA) y la figura de procuradores agrarios. Sus tres lineamientos fundamentales eran: dotación de tierras a campesinos carentes de ellas, adecuación de tierras para incorporarlas a la producción y dotación de servicios sociales básicos” (De los Ríos, 2011:103). En este periodo también se creó la ANUC (Asociación

Nacional de Usuarios Campesinos), como forma de interlocución institucionalizada entre los campesinos y el Estado.

Jair afirma que el gobierno de Lleras [Restrepo] trajo una misión holandesa a San Pablo, corregimiento de María la Baja, en donde habían unas instalaciones del INCORA, desde donde ejecutaron el proyecto del distrito de riego. Construyeron las dos grandes represas de esa región, Matuya y Playón, desde donde se distribuía el agua por gravedad a todos los canales de riego, irrigando cerca de 20.000 hectáreas de las zonas bajas de María la Baja. Aunque las represas tienen injerencia en algunas poblaciones de la zona occidental de San Juan, San Jacinto, Carmen de Bolívar y el Norte de San Onofre, haciendo uso de éstas para la pesca y para la recolección de agua para consumo, regadíos y animales, la actividad agropecuaria más fuerte relacionada con el distrito de riego se ubica en la zona baja y plana de María la Baja. El objetivo de este ambicioso proyecto era tecnificar la producción extensiva del arroz, como parte del fenómeno conocido como Revolución Verde, que permitió la introducción de variedades de alto rendimiento de cereales (trigo y arroz), promesa tecnocrática para erradicar el hambre a nivel global (Raza, 2000: 158).

La Revolución Verde es entendida de forma paradójica por Jair: por un lado, le permitió “pensar en una seguridad alimentaria al campesino, pues el arroz abasteció no sólo a los mercados de Cartagena, Barranquilla, Sincelejo, incluso Bogotá, sino que quedaba mucho de eso para el consumo propio del pequeño productor y el jornalero”. Por otro lado, Jair argumenta que las semillas mejoradas trajeron consigo la exclusión para el campesino, pues se vio forzado a comprar semillas y agroquímicos especializados, atentando con la “autonomía alimentaria” y prácticas de cuidado e intercambio de semillas, parte de la tradición y de la cultura campesina en Montes de María. Esta situación paradójica de la Revolución Verde ha sido tratada por Yapa (1993), explicando como el desarrollo económico, encarnado en las semillas mejoradas, aparece en el discurso liberal, como la solución al problema de la pobreza y el hambre, soslayando como los procesos dentro de tal desarrollo económico han inducido las situaciones de pobreza y hambre en el llamado “tercer mundo”. Por ejemplo, en Montes de María, las prácticas tecnológicas de la Revolución Verde, desconocieron las formas de intercambio y producción locales, lo que

Jair llama “autonomía alimentaria”, que permitía al campesino formas de producción menos tecnificadas, pero más estables, diversificadas y versátiles, en pos de una supuesta “seguridad alimentaria” encarnada en la sobreproducción de arroz. Jair, afirma que hubo un momento, al comienzo de las políticas de reforma agraria, cuando el gobierno le dio al campesino ciertas herramientas tecnológicas como el Distrito de Riego de María la Baja, acceso a créditos y tierras para intentar producir “su maíz, ñame, yuca, plátano, caña, en algunas partes tabaco, hortalizas, combinando la pequeña ganadería”<sup>18</sup>, articulado incluso al monocultivo del arroz; “con la entrada del paquete tecnológico, es decir las semillas mejoradas, todo eso bueno que intentaba el gobierno se volvió contra el campesino que se vio obligado a trabajar solo en el arroz”.

En el relato de Jair, el Distrito de Riego pretendía abastecer a la región de la Costa y de comida, particularmente de arroz, y en menor medida de caña, maíz y pequeña ganadería, explicando que el distrito de riego como materialización de la reforma agraria estaba destinada al bienestar y tecnificación de los pequeños productores de la región. El problema del distrito de riego para Jair radicó en la relación con la Revolución Verde, pues se “rompió el control natural de los ecosistemas con los grandes monocultivos de arroz, en vez de permitir la economía campesina de pequeña producción que no afectara tanto”. La gran promesa de “más cosechas en menor tiempo” sedujo a los grandes propietarios de tierras en la zona del distrito de riego y, también así, a los pequeños propietarios que empezaron a sembrar arroz con las semillas mejoradas proporcionadas también como parte de la política de reforma agraria. Tras esa promesa de eficiencia se sembraron cerca de 60.000 hectáreas de arroz entre 1960 y 1990, según afirman Jair, Mariano y Cesar.

Durante esta época también se desarrollaron varias formas de organización comunitaria en la región: sindicatos campesinos, consejos campesinos miembros de la ANUC, y asociaciones de pequeños productores en el Norte de Bolívar. Varias de estas organizaciones, entre las que estaba El sindicato Campesino de Arjona, La asociación de usuarios del Distrito de Riego de María la Baja y algunas organizaciones veredales

---

<sup>18</sup> Charlas con Roa, Casas y Dueñas, junio - julio de 2013. Mahates.

vinculadas a la ANUC de Arjona, Mahates y María la Baja. Una gran parte de estas organizaciones estuvieron ligadas a la Cooperativa de Pequeños Productores de Arroz de Mahates y María la Baja. Esta cooperativa era dirigida a finales de los años 1980 por un activista político y agrónomo nariñense llamado Pedro Nel Luna, quien años más tarde fundó La Corporación Desarrollo Solidario (CDS). Luna les proporcionaba acompañamiento en temas técnicos a los pequeños productores, además de empezar a desarrollar procesos de formación en derecho laboral y agrario a los campesinos (actividad que continuó en CDS desde los años 1990). Según narran Jair y Mariano, los campesinos, pequeños productores de arroz, estaban siendo maltratados por los grandes productores y por los intermediarios en los centros de acopio quienes especulaban con los precios de las cosechas de arroz, los precios de las semillas y acaparaban algunas de las tierras más rentables cerca del distrito de riego.

A partir de la década del 70, se realizaron varias tomas de tierra por parte de los afiliados a la ANUC en veredas de María la Baja, El Carmen y Ovejas entre otros lugares, con el objetivo de incorporarlas, como expliqué antes, una forma de recuperación o adquisición de tierras en la que se pretendía la expropiación, ejecutada por el INCORA, de grandes latifundios a sus dueños por presunta subutilización o por la tenencia de predios dentro de la hacienda por parte de sus trabajadores por más de 10 años. Las tierras recuperadas por los campesinos afiliados a la ANUC se destinaban a la pequeña producción, muchas veces de arroz, lo que generó un vínculo con la cooperativa de Luna.

La bonanza del arroz languideció a comienzos de los años 90. “La apertura económica”, una de las máscaras de la neoliberalización en Colombia que buscó la inserción más abierta a mercados internacionales para beneficiar a las élites exportadoras, incrementó los costos de producción y las asimetrías en la competencia frente a las importaciones del producto que se volvieron insostenibles para los pequeños productores. Mariano afirma que muchos campesinos perdieron sus tierras tras endeudarse con préstamos bancarios tratando de soportar lo que decía el gobierno era una crisis transitoria del arroz, teniendo que vender sus parcelas a muy bajos precios a grandes propietarios ganaderos como sucedió con la crisis del tabaco a mediados del siglo XX.

En 1992 Pedro Nel Luna fundó CDS, con la intención de llevar a cabo acompañamiento técnico en la implementación de proyectos agrícolas para pequeños productores, además de la posibilidad de procesos de formación política y organizativa para sostener la actividad de las colectividades campesinas constituidas durante la bonanza arrocera, con quienes había entablado una relación a finales de los ochenta. Reunió un grupo de profesionales en agronomía dispuestos a realizar trabajo de campo con las asociaciones campesinas. Uriel Peñuela un directivo de CDS, cuenta que además de apuntar al fortalecimiento de las organizaciones se buscó la participación de familias campesinas que se encontraban sumidas en el debacle del arroz y que nunca habían hecho parte de las organizaciones ya constituidas.

Si bien los agrónomos de CDS reconocen que la crisis fue un efecto directo de la Revolución Verde y de la implementación del monocultivo del arroz, para los campesinos mismos, algunos de los líderes y afiliados a organizaciones de base, la época del arroz significó un momento de bienestar y prosperidad, como había sucedido a sus padres y abuelos con el tabaco 50 años antes. La Revolución Verde significó en un nivel económico una sobreproducción que instó a los pequeños productores a virar de la producción de subsistencia articulada parcialmente a mercados locales a una producción que generara utilidades de la misma forma que lo hacía el arroz. Simultáneamente, como Jair explica, la intensidad del uso del suelo, así como las plagas inherentes a los monocultivos por la baja variabilidad biológica a en grandes extensiones de tierras generaron sobrecostos en la producción y la gran dificultad de volver a cultivar para subsistencia, por lo menos en las zonas más bajas.

Desde una escala más local, Gonzalo Vargas, presidente de la Organización campesina de la Estancia, AsoEstancia, cuenta que el arroz permitió que una gran parte de la población campesina tuviera acceso al trabajo y la comida “fortaleciendo la economía campesina”. De igual manera, Para Valerio Mosquera, presidente de la asociación campesina Asobelén en Playón, la renta que les brindó el arroz marca una fuerte pauta de las prácticas relacionadas con este monocultivo como actividades campesinas debido al bienestar que emanaban.

[...]podíamos recoger varias veces al año, uno tenía todo el año para alimentar a la familia y le sobraba hasta para vender[...] después de la soca [primera cosecha de arroz] la resoca [segunda cosecha] no la recogía el dueño, entonces eso lo llamaban a uno para ir y salía uno con varios bultos para la casa y pa' vender. Cuando no había trabajo en el cultivo, uno se venía acá a la parcela y trabajaba lo de uno, pero con varios bultos de arroz en la casa que le daban la tranquilidad, pues que si pasaba algo con la roza [la parcela], pues había de todos modos algo que comer [...] en esa época del arroz había como más cosas y, por ejemplo, si uno sembraba su arroz, la avioneta que fumigaba de paso le ayudaba a uno, así hubiera sido contratada por los que tenían más arroz, esa aparato salía de ahí de la pista, ahí en San Pablo y cogía por esos arrozales.<sup>19</sup>

José María, el presidente de la asociación campesina AsoSantos, recuerda que durante la bonanza arrocera había tanto arroz que los capataces de las plantaciones “regalaban bultos a las familias de las comunidades que quedaban cerca, mandaban a llamar por la gente del pueblo para recoger todo lo que no podían sacar con la máquina y quedaba pa' la gente”. Aris Mosquera, lideresa de Asobelén, recuerda igual que José María, la generosidad de los capataces y los dueños de las grandes plantaciones, pero además señala que este momento significó bienestar por la cantidad de trabajo que había, “uno cogía en cosecha tres y cuatro jornales a la semana y eso que habían personas que se iban más tiempo y se hacían lo del mes en una semana”<sup>20</sup> recuerda con entusiasmo, comparando la precaria situación de acceso a bienes, servicios y trabajo que vive la región en este momento.

Gonzalo Vargas es uno de los líderes que insiste en el llamado de la vocación campesina del territorio, como una forma de entender la formas agrícola de uso del suelo. Él insiste que varios estudios técnicos han demostrado que la tierra de Montes de María “está hecha para cultivar productos campesinos como el maíz, la yuca y el ñame”, en disonancia con la propuesta agraria de los monocultivos de palma aceitera y teca. Esta condición se articula a una perspectiva de lo campesino ligado a un proyecto político sobre las prácticas económicas y ecológicas moralmente viables que a las prácticas históricas mismas que han definido lo campesino, la cuales son heterogéneas y contradictorias. Como

---

<sup>19</sup> Entrevista a Valerio Mosquera, 4 de julio de 2013. María la Baja.

<sup>20</sup> Entrevista a Aris Mosquera, 4 de julio de 2013. María la Baja.

aparece en este fractal de relatos, esta heterogeneidad histórica de lo campesino transita entre la economía de subsistencia familiar y la articulación a sistemas productivos como el de las plantaciones y la ganadería en las haciendas y mas tarde al de los monocultivos tecnificados introducidos por la Revolución Verde.

La bonanza arrocera, como la del tabaco representan hitos de la historia agraria de la región que han permitido constituir la ideas de una “despensa agropecuaria” y las explicaciones sobre la vocación de la economía campesina. El caso del arroz durante las décadas de 1960, 1970 y 1980, fue uno de los antecedentes memorativos en muchas de las narraciones de campesinos y profesionales de CDS, de hecho la historia de origen de esta organización está íntimamente ligada a la bonanza y crisis arrocera en María la Baja. La articulación del modo de explotación de la hacienda/parcela con la de la plantación/ industrial, posibilitó formas de organización campesinas por los derechos laborales de propiedad. Esta contingencia es la que aparece como un pasado de economía campesina idealizada, pues fue un momento en el que el gobierno pareció brindarles garantías en el acceso a la propiedad y al trabajo.

...

La pregunta inicial de este capítulo sobre los efectos de las imaginaciones geográficas en la gestión de la naturaleza, tienen una incógnita por el papel del estado y la imagen de ausencia de este en esos efectos desde el siglo XVIII hasta finales del siglo XX. Lo que he encontrado, siguiendo a Trouillot (2011), es una configuración efectiva del espacio en términos económicos y raciales. Los imaginarios raciales geográficos, las ideas de una naturaleza abundante pero no productiva y los relatos de un lugar salvaje han legitimado acciones de gobierno a partir de la idea de ausencia de este. Hasta aquí he intentado trazar la historia del imaginar para controlar los cuerpos y paisajes a través de la intervención de algunas formas de trabajo agropecuarias. Las imágenes coloniales de un paisaje inhóspito y una naturaleza salvaje legitimaron la transformación de Montes de María de un paisaje de rochelas y cuerpos “sin dios ni ley” en uno lugar de provecho económico y cuerpos campesinos. Sin embargo, los imaginarios coloniales raciales y económicos no son

necesariamente superados, sino que coexisten y se despliegan hoy en día en la forma de explicar histórica y geográficamente a la región para distintos sectores sociales. De este modo considero se constituyen sentidos comunes sobre la naturaleza encarnada en paisajes y cuerpos.

Los entretejidos de imágenes de lo inhóspito con lo productivo, son una de las condiciones de posibilidad para que las organizaciones con las que trabajé, entre otros sectores, afirmen la existencia de una “economía campesina” en un paisaje de despensa agropecuaria. Planteo cierta continuidad entre la formación social ligada al latifundio ganadero y las bonanzas agrícolas del tabaco y arroz, como uno de los sustratos de la historia campesina de la región. Una de las conclusiones que quiero resaltar es la simultaneidad entre procesos de explotación laboral campesina y concentración de la tierra con la explotación a pequeña escala en la parcela. De este modo, la “economía campesina” de subsistencia se articuló a las plantaciones de tabaco en el y arroz. En esta articulación de asimetrías, explotaciones y supervivencias surgieron formas de organización campesina que buscaban la redistribución de la tierra y el bienestar laboral para estas poblaciones. En este capítulo exploro las formas de organización que emergieron atadas a las políticas agrarias desde la década de los 60 y la Revolución Verde. Este momento es recordado por los campesinos de forma idílica, tanto por la imagen de la bonanza económica del arroz, como por las historias de tomas de tierras y trabajo colectivo, algo que interpreto como el potencial del paisaje para generar bienestar a través del acceso a la propiedad, y posibilidades de trabajo agropecuario a pequeña escala. Los campesinos recuerdan no solo más comida y más trabajo, como utilidades de las dinámicas de mercado del arroz, sino mejores condiciones de vida, relaciones comunitarias y autonomía por la articulación y coexistencia con la explotación agropecuaria de subsistencia.



## CAPÍTULO 2

# ENMONTAR Y DESMONTAR EL MONTE

En este capítulo propongo otro del relato del monte, transitando desde lo regional (capítulo 1) hasta lo local. Si bien el monte podría ser concebido como una categoría local para definir, en términos formales, el bioma del bosque seco tropical, veremos que no solo hace referencia a unas características biofísicas, sino a todo un entramado de sentido, en donde las dimensiones locales de lo ecológico y lo geográfico son constitutivas del espacio como despliegues o sedimentaciones históricas. La pertinencia de abordar las prácticas de producción del monte radica en la fuerte vinculación de esta entidad con las formas de sustento campesinas y el uso de recursos concebidos como naturaleza en Montes de María, vinculación que me permite comprender el entramado espacial entre paisajes y cuerpos.

He querido rastrear algunas de las dimensiones que he encontrado de los paisajes corporales campesinos, particularmente las vinculadas a formas de trabajo y transformación de la naturaleza en la cotidianidad de algunas organizaciones de base campesinas. Cada una de las secciones pretende mostrar la heterogeneidad de las prácticas y discursos detrás de las lógicas de interacción con la naturaleza, lógicas parcialmente sedimentadas en los cuerpos y paisajes campesinos.

En primer lugar, trazo ciertas dimensiones del ser campesino en Montes de María, sobre todo bajo la lógica del trabajo, la producción y la transformación de las naturalezas encarnadas en el *monte*. Estas lógicas de producción de la naturaleza están íntimamente ligadas a las dinámicas organizativas y humanitarias, de modo tal que todo el aparato de asistencia social y humanitario es otro de los elementos que, no solo hacen parte del paisaje, sino que configuran paisajes corporales en Montes de María: el de campesinos cuyo quehacer son los proyectos productivos que negocian con las ongs y entidades estatales de atención a la población rural desplazada.

En segundo lugar, me dirijo a describir cómo la construcción de una espacialidad ligada a la naturaleza, una formación espacial que los campesinos han denominado *monte*, se contornea desde las cotidianidades de trabajo de la gente. Aparece inicialmente como

una categoría obvia que empieza a matizarse y a mostrar complejidades y multiplicidades. Las versiones del *monte* en dos lugares distintos de Montes de María, La Ceiba e Israel, tienen ciertas similitudes que me permiten comprender cómo funciona el intento de estabilización de ciertas lógicas de la naturaleza, articulando muchos procesos que se sedimentan en las ideas y argumentos elaborados localmente. Por ejemplo, la idea de civilizar el monte contiene elementos de las geografías imaginadas que se materializan en una transformación del monte salvaje en el monte civilizado, sobre todo en términos productivos.

Finalmente, intento mostrar como las configuraciones del monte tensionan la perspectiva de un lugar masculino, con las practicas de subsistencia y organización en las que participan las mujeres. Estas tensiones me permiten situar la heterogeneidad y juegos de poder dentro de las mismas lógicas campesinas sobre lo campesino. Las personas con las que he construido este relato son personas que se circunscriben dentro de la categoría campesino, categoría que se llena de sentido desde los roles de líderes y lideresas comunitarias, pequeños productores agropecuarios, parceleros y desplazados. Esta lista de atributos que bien podrían describir cierto perfil, me permiten poner sobre la mesa la heterogeneidad de conjunciones que intentan estabilizar distintos sectores sociales (la élites económicas, los empresarios, las organizaciones campesinas, los organismos multilaterales) bajo esa categoría de campesino. Yo he dibujado un contorno, la ilusión de esos perfiles, para dar cuenta de qué campesino pudimos imaginar, materializar y comprender con estos habitantes rurales. En ese sentido son pertinente las disyuntivas que se generan entre las representaciones masculinas de este espacio y las prácticas de mujeres que exigen un reconocimiento político como cuerpos activos en los quehaceres del monte, dibujando las asimetrías en la producción campesina de la naturaleza.

## **2.1. La parcela en el monte y el monte en la parcela**

He querido enfocar mi atención en las lógicas de sustento vinculadas al trabajo agropecuario a través de las prácticas y discursos productores del paisaje corporal: un

ensamblaje de las corporalidades campesinas con el paisaje monte. Este ensamblaje está atado no solo a una dimensión productiva agrícola campesina, sino también a las lógicas y dinámicas que las ongs e instituciones estatales han logrado articular a las formas de organización campesinas.

Tras el recrudecimiento del conflicto armado, las masacres paramilitares y los asesinatos de líderes campesinos en esta zona a comienzos de la década del 2000, centenares de funcionarios de ongs e instituciones oficiales iniciaron una fuerte operación de asistencia humanitaria para atender a los miles de desplazados, en su gran mayoría de sectores rurales. Este evento que he denominado la bonanza humanitaria, coincide con la presencia de las fuerzas armadas que aparentemente produjeron calma y estabilización del orden público. Contraria a esta causalidad la Consolidación Territorial está vinculada a formas de violencia y expropiación del trabajo (como profundizaré en el siguiente capítulo).

Dentro de esta operación el marco de acción de la cooperación internacional, las ongs y los operadores humanitarios del estado, desplegaron un lenguaje útil alrededor del cual viejas asociaciones campesinas se reunieron y otras nuevas nacieron. Las iniciativas organizativas campesinas de base posibilitaron la interlocución con las ongs y las instituciones estatales de atención a víctimas. Este es el caso de AsoCeiba en San Juan Nepomuceno y su predecesora AsoAgro. De igual manera, sucedió con las decenas de organizaciones que confluyeron en OPDS (Organización de Población Desplazada de los Montes de María). En estas agrupaciones tuve la oportunidad de aprender sobre el monte. Aquí es importante señalar cómo el lenguaje de las ongs y la cooperación internacional tuvo una función de gobierno y ordenamiento de las colectividades, como efecto de legibilidad estatal. (Trouillot, 2011). Sin embargo, la articulación de las organizaciones campesinas con la bonanza humanitaria es más compleja, porque hay cierto rango de maniobra y decisión que los campesinos tienen frente a ese lenguaje, permitiendo posibilidades de autonomía en las formas de subsistencia.

Raúl García es el presidente de AsoCeiba, una de las organizaciones campesinas de la vereda Macedonia. Los miembros de esta organización son propietarios de la finca La Ceiba en el municipio de San Juan Nepomuceno (Bolívar). AsoCeiba se conformó en el 2008 con 15 familias como “[...]una manera de organizarse para hacerle frente a todo lo malo que pasaba [...] para poder recibir ayudas y aplicar a proyectos de entrega de tierras”, según Raúl relata. Años antes, los miembros de AsoCeiba hicieron parte de AsoAgro, organización nacida en el marco del Programa de Desarrollo y Paz de los Montes de María<sup>21</sup> (PDP) a través de la Fundación Red Desarrollo y Paz (FRDP)<sup>22</sup>. AsoAgro se conformó con el objetivo de conseguir recursos de la cooperación internacional y facilitar su acceso por parte de la población desplazada. Esta asociación estaba conformada por 180 familias de víctimas y desplazados de San Juan y San Jacinto (Bolívar).

Siendo parte de AsoAgro, cuenta Raúl, que él y otros compañeros presentaron un proyecto de adjudicación de tierras para familias desplazadas al INCODER (Instituto Colombiano de Desarrollo Rural), motivados por un funcionario municipal de la Umata (Unidad municipal de asistencia técnica agropecuaria) quien consiguió una finca en venta con las condiciones óptimas para realizar la transacción por medio del proyecto. En el 2006, dieciséis familias fueron adjudicatarias de esta tierra en la finca La Ceiba. Se les titularon 180 hectáreas individualmente de manera que cada familia tomó 10 hectáreas. Además de la parcelación, se vieron obligados por los términos del proyecto a establecer un segmento para conservación, de poco más de 10 hectáreas de bosque, situación que Raúl consiente pues “es bueno que el INCODER nos obligue a cuidar un pedazo de monte para no acabar con todos los recursos, así nos rinde más en los proyectos productivos”.

---

<sup>21</sup> Es un programa de intervención humanitaria financiado por la Unión Europea, que busca mitigar los impactos económico y sociales del conflicto (Redprodepaz; Castillo, 2010). El apoyo del gobierno surge en el marco de Laboratorio de Paz: “Este programa surge en 2004 como un apoyo del Gobierno colombiano a los Programas Regionales de Desarrollo y Paz, los cuales son iniciativas de la sociedad civil organizada que exploran caminos para el logro del desarrollo y la paz en regiones afectadas por la pobreza y la violencia. El documento CONPES 3278 de 2004241 aprobó el programa Paz y Desarrollo con el propósito de articular la Política de atención y prevención del desplazamiento forzado con la estrategia de apoyo a los Programas Regionales de Desarrollo y Paz y los Laboratorios de Paz” (Bocchi, 2011: 92).

<sup>22</sup> Es el operador regional en Montes de María del PDP, y quienes canalizan los dineros de la Unión Europea para implementar dicho programa (Charlas con Roa, Casas y Dueñas, junio - julio de 2013. Mahates). (Ver Bocchi, 2011)

Nueve de las dieciséis familias miembros de la organización fueron desplazados en el 2004 del Corregimiento del Toro en San Cayetano, un sector en el norte de San Juan Nepomuceno. Las otras siete familias son de diferentes corregimientos de San Juan (El Bajo y Corralito, entre otras veredas). En el 2008, tras haber conseguido los predios de La Ceiba, las 16 familias se reorganizaron para presentar un proyecto de acceso a insumos agrícolas, incluyendo recursos financieros, herramientas y agroquímicos. Según estima Raúl, este proyecto se financiaba con dinero de la cooperación europea y estadounidense a través de la ong Acción Contra el Hambre (otro aliado del PDP en Montes de María). AsoCeiba logró la consecución de diez cabezas de ganado con las que iniciaron un *proyecto productivo*, como ellos mismos llaman a sus quehaceres diarios relacionados con el trabajo agropecuario, un interesante amarre de sus actividades laborales con las lógicas de las organizaciones humanitarias.

El trabajo con los miembros de AsoCeiba, como resalté en la introducción, me permitió participar desde una perspectiva distinta a la que me permitió el trabajo con las organizaciones miembros de OPDS (Organización de Población Desplazada). Con las organizaciones afiliadas a OPDS, el trabajo estuvo mediado por una visita guiada a las parcelas y la misma atención que recibían funcionarios del estado y de las ongs. Creo que esta situación forzó las cotidianidades locales, como si estuvieran absolutamente dispuestas a esas dinámicas, que podría llamar onegeras. En este contexto las prácticas humanitarias son significativas y constitutivas del día a día de estas poblaciones pero no son absolutas en sus vidas. Esto desembocó en una imagen de mi grupo de investigación en campo muy cercana a la de los profesionales (técnicos y funcionarios) de la ong CDS (Corporación Desarrollo Solidario).

En La Ceiba, por otro lado, sentí que pude eludir la expectativa que se desprende de ser aliado de una ong como CDS, no obstante mis marcadores corporales, los de un “niñito blanco de Bogotá” performando a El Antropólogo, me pusieron en otro lugar y generaron otras expectativas, por lo menos desde lo que entendí que la gente de La Ceiba se imaginaba de mí: otro tipo de intruso no muy lejano a los miembros de ongs foráneas, el de un estudiante que trabaja con Parques Naturales Nacionales (PNN). A decir verdad, mi

contacto con AsoCeiba se dio a través de los funcionarios de Parques Fernando López y Sergio Castro, y no me pareció extraño que la cercanía de La Ceiba con el Santuario de Flora y Fauna de los Colorados y mi relación con los guardaparques resultara en esa imaginación sobre mí, a pesar de que intenté explicarles en varias ocasiones la naturaleza académica de mi relación con estos dos funcionarios y los motivos de mi investigación desvinculada a las misión de PNN.

Los miembros de AsoCeiba destinan gran parte del tiempo y recursos a la ganadería doble propósito (pastoreo de ganado vacuno para leche y carne) y como ahorro (cuidado de ganado para engorde y venta posterior). También, no en menor importancia, desarrollan actividades agrícolas, especialmente cultivando maíz, yuca, ñame y caña (esta última utilizada principalmente como forraje para el ganado).

El conteo de los miembros de la organización suele hacerse por familia, y en los parámetros estatutarios de la organización todos los miembros de estas familias deben participar en el trabajo productivo de la parcela. Es usual ver a los hombres trabajar en labores agropecuarias durante el día y la tarde, mientras que algunas mujeres que acompañan ocasionalmente las jornadas de trabajo agropecuario se dedican a preparar alimentos y bebidas para los trabajadores que permanecen hasta las cuatro o cinco de la tarde en *el monte*. Según Raúl, los estatutos de la organización estipulan que los miembros deben dedicar por lo menos tres jornales quincenales de trabajo para cuestiones comunales (cercas comunes, arreglo de carretables y caminos, ordeño y pastoreo del ganado común), que se pueden pagar en especie o como una suerte de multa en dinero, en caso de atrasarse mensualmente con el trabajo comunitario. El resto del tiempo cada familia se dedica a su propia parcela.

Como muchos trabajadores rurales en San Juan Nepomuceno, jornaleros y pequeños productores, Raúl García y su compañero parcelero José, suben a la finca entre cuatro y seis veces a la semana. Su jornada empieza alrededor de las tres de la mañana, faltando varias horas para que aclare el día.

La Ceiba está ubicada a unos cuarenta minutos en carro de la cabecera de San Juan y para llegar allí la forma predilecta por los trabajadores, quienes no tienen vehículo propio, es tomar un campero. Estos vehículos, parqueados desde las 3:30 de la mañana en el Parque Rebolledo, transportan desde el casco urbano de San Juan hasta las parcelas en las veredas más alejadas a trabajadores, jornaleros, campesinos y rara vez a funcionarios y estudiantes que trabajaban con el SFF (Santuario de Flora y Fauna) de los Colorados (Jurisdicción de PNN en San Juan). En caso de querer ir en un horario diferente al de los camperos (entre 3:30 am y 4:30), los campesinos y trabajadores puede tomar un mototaxi o esperar a que algún campero tenga que subir en otro horario, a recoger carga (usualmente de maderables, plátano, maíz y yuca). En varias ocasiones Raúl me invitó, junto a sus compañeros a asistir a estas jornadas de trabajo.

La dinámica de movilidad para acceder al lugar de trabajo es uno de los puntos de partida para entender el monte, por lo menos desde las versiones de Raúl y José. La primera vez que le pregunte a Raúl qué significaba *monte*, me explicó que lo entendía como “[...]un lugar sin gente, sin cultivos, sin pueblos, pero lleno de árboles y quebradas”. Esta respuesta pareció causarle incomodidad a José, quien más adelante profundizó en la respuesta de Raúl afirmando que “[...] se le dice *monte* a la naturaleza o a los lugares por fuera de la civilización, como en la finca [...] [la gente aquí dice monte para decir] campo y o la selva, todo el mundo sabe qué es el monte así”. La pregunta provocó sonrisas y miradas entre los pasajeros del campero en el que viajábamos. Parecían desconcertados por mi inquietud hacia una cuestión aparentemente obvia para todos.

La comprensión de monte como “por fuera de la civilización” parecía sentenciar una lógica acabada para José, cuestión evidente en términos de la distancia que teníamos que recorrer desde la cabecera municipal de San Juan para llegar a la finca La Ceiba. Además de la lejanía, la baja densidad de habitantes y las dificultades para acceder a servicios públicos, como sucedería en los centros poblados de los corregimientos o en la cabecera municipal, añadían ingredientes a esa definición de monte, agregando argumento al monte como vacío de la intervención humana.

Estos atributos que ordenan una suerte de gradiente entre lo salvaje y lo civilizado, además de ser la evidencia que permitió a estos campesinos explicarme qué es el monte, me ayudaron a comprender las transformaciones en las lógicas espaciales rurales en Montes de María tras el momento más intenso de desplazamientos forzados masivos que tuvieron lugar entre 1997 y el 2005. Para Raúl y José, por ejemplo, antes del 2004, viviendo en San Cayetano muy cerca de su parcela en el sector rural, decir que estaban en el monte no era acertado, pues tenían fácil acceso a su lugar de trabajo, y se desarrollaban localizadas allí dinámicas económicas y de reproducción social (como intercambios comerciales locales y torneos de fútbol comunitarios), además de acceso a algunos servicios públicos con los que no cuentan hoy día en La Ceiba (luz eléctrica permanente y acueducto veredal).

La lejanía o proximidad para José es visible en la distancia que recorrimos desde la cabecera municipal. Esta no solo se refiere al recorrido entre un punto y otro, sino que está íntimamente vinculada al acceso y posibilidad de ejecutar mejoras agrarias, tales como el desmonte o roza (preparación de la parcela para cultivo), sistemas o adaptaciones para riego, y carretables -caminos de acceso para entrar insumos y sacar productos. En ese sentido, las mejoras agrarias significan la posibilidad de estos campesinos de transformar el monte en algo más civilizado, *civilizar la naturaleza*, comentó más adelante Pedro, el padre de Raúl.

Estas mejoras agrarias, son otro componente importante para intentar comprender el monte, pues las lógicas organizativas en el escenario humanitario montado en la década de los 2000 articularon formas consuetudinarias de gestión y trabajo con las que conseguían en antaño tales mejoras. Raúl cuenta cómo en San Cayetano se organizaban y cada familia aportaba mano de obra y materiales para la construcción de una cancha de fútbol, o para un carretable que favorecería a todos los habitantes de una vereda. En los últimos años el aporte en materiales para estas mejoras es gestionado a través de las ongs como Fundación Desarrollo y Paz de Montes de María.

En la parte alta de La Ceiba, permanece una antigua construcción que según Raúl había sido la vivienda de los antiguos dueños. Esta edificación es habitada por Milton, otro



miembro de AsoCeiba, sin embargo gran parte de ese espacio está destinado a almacenar herramientas y bultos de cosecha. En la parte baja, cerca de la entrada de la finca, los padres de Raúl habitan una vivienda levantada a partir de seis horcones y una viga transversal que sostienen algunas tejas metálicas. Las paredes de la vivienda son de lona y plásticos de construcción. La vivienda está dividida en dos espacios, uno destinado para la habitación de los padres de Raúl y otro como cocina/comedor en donde a veces guindan hamacas algunos compañeros de trabajo de AsoCeiba, quienes suelen pasar la noche en la finca. Pedro, el padre de Raúl, me explicó que no podía vivir en San Juan porque le preocupaba mucho la seguridad y no le gustaba dejar sola la parcela, y su esposa Dolores, la madre de Raúl, era obvio para él, no podía dejarlo solo.

Al indagar por este espacio y su relación con el monte, José estimó que se trataba en efecto de un lugar en el monte, pues se encuentra más alejado de la civilización. A partir de allí, Raúl y José intentaron explicarme esta gradiente entre el monte y lo civilizado, apelando a una lógica progresiva en la que La Ceiba era más civilizada que otros lugares en el monte, o en la misma finca, pero que con certeza estaba dentro del monte. Para esto José me expuso cierta forma de monte, un monte más civilizado, que denominó *campo*. En ese sentido, la vivienda de los padres de Raúl era un indicio de ese grado de civilización, pues no estaba construida en material (ladrillos o concreto), pero permitía desarrollar actividades en ese *monte*, caracterizado como *campo*. Por su parte, Raúl entendía que la situación de la vivienda de sus padres obedecía más a la precariedad y falta de recursos de su familia que a un grado de civilización y para él estar en el monte significaba “[...] estar rodeado de la naturaleza, no importa si es la parcela o es el *propio monte*”. Al final José y Raúl parecieron llegar a un acuerdo para explicarme que...

[...]por lo lejos, mi papá, [Pedro], no deja la parcela, por seguridad [para que no se metan a la finca o se roben ganado] y porque estar viajando gasta mucho tiempo y plata y no rinde todo lo que hay que hacer acá, [...] están más solos acá [los padres de Raúl], más con la naturaleza porque también están enseñados a eso, al campesino le gusta el monte, le gusta su campo, le gusta vivir más sencillo.

Algunos días después, hablando con Pedro, el padre de Raúl, me comentó que había sido criado en el *campo* y que no se “amañaba” en San Juan, pues la tranquilidad en la parcela no era comparable con el ajetreo en un centro urbano. A pesar de que tuvo que vivir el desplazamiento en San Cayetano, prefería sentir de noche cierta zozobra ante la posibilidad de una nueva incursión paramilitar, “[...] que estar en San Juan porque que hace mucho calor y no se puede dormir, aquí en la parcela es fresquito”.

Le pedí a Pedro que me explicara qué era el monte y si había alguna diferencia con la parcela. Él contestó: “pues el monte es la naturaleza y es donde el campesino se siente bien, por eso nos dolió tanto tener que desplazarnos, porque nos sacaron de donde estábamos tranquilos”. En ese momento se acercó Alejo, su nieto, hijo de una de las hermanas de Raúl. Pedro tomó al niño por los hombros y continuó “[...] vea este pelado, cada vez que acaba clases, se viene, le gusta su monte, le gusta ayudar en las cosas del campo”. Para Pedro, los jóvenes no quieren trabajar más el campo, porque no conocen y no han sentido la tranquilidad que él siente allí y porque para conseguir cosas (acceder a bienes y servicios) hay que trabajar. Le insistí a Pedro que me explicara más en detalle la diferencia entre monte, campo y parcela. Él respondió:

“[...]eso es lo mismo, la parcela está en el *monte* y uno trabaja haciendo en el *monte*. Se limpia el *monte* de la parcela, y vuelve y crece y uno va y limpia, ahí en la lucha, es el trabajo de uno como campesino. Se trabaja en el monte para que la parcela le dé, y pues ese es el mismo *campo* [...] el campo es del campesino y ahí está la parcela. El monte es también un campo, pero más enmontado[...] no se puede pasar porque no se ha limpiado [...] [es] más complicado de entrar, porque hay monte, hay culebras y hay que estar atento”.

En esta misma conversación, José intervino para aclarar que el monte y el campo “[...] quedan en el mismo lugar, pero uno es más civilizado [que el otro]. [En el campo], ahí están las casas y la parcela, y el monte tiene más culebra, árboles y hasta tigre, (comentaría después que su padre le contaba sobre este animal)”. Finalmente, resolvieron el asunto del monte estando de acuerdo con Dolores, la madre de Raúl, quien afirmó que “el campo es el monte, cuando [el campo] está enmontado, [y está enmontado cuando] se deja de limpiar, porque el monte se crece y la naturaleza se pone más brava”.

De acuerdo con las charlas que sostuve con la gente de la Ceiba sobre el monte, encontré dos formas de comprensión retórica del *monte*: como sustantivo y como adjetivo. Como sustantivo, se refieren tanto a un conjunto de elementos (bosques, quebradas, animales, etc.) como a la extensión espacial que comprende esos elementos. El *monte* como sustantivo explica una contraposición dicotómica entre la naturaleza y la civilización, distinguiendo los elementos no-humanos de los humanos. Es interesante que de estos elementos humanos, la posibilidad de acceso a servicios públicos y a mejoras agrarias son consideradas como indicadores de civilización.

El *monte* como sustantivo espacial suele ser considerado *campo*, en la medida que permite categorizar un lugar de trabajo con la naturaleza. Sin embargo el *campo* se puede diferenciar del *monte* cuando se requiere contrastar un lugar más particular que ha sido ya trabajado, o ha sido objeto de mejoras agropecuarias, como por ejemplo la parcela, la roza o la finca (indistintamente en las explicaciones de la gente de AsoCeiba). En el caso de esta distinción entre *el monte* y el *campo*, el monte corresponde al lugar que no ha sido trabajado o en el que se ha dejado de trabajar y por tanto “la naturaleza se pone más brava”. Así mismo, la parcela es *monte* cuando se trata de un lugar alejado, en el que el acceso a bienes y servicios es más difícil que en un lugar denotado como civilizado (por ejemplo, para la gente de La Ceiba, la referencia de civilizado es la cabecera municipal de San Juan).

Es importante señalar cómo los atributos del sustantivo *monte* no son estabilizados como generalidad, sino que se asocian heterogéneamente a los aspectos anteriormente expuestos. Por ejemplo, el *monte* es tranquilo cuando es el lugar del campesino. Para Pedro este lugar está asociado a una naturaleza más edénica, de acceso fácil e ilimitado a recursos como la tierra y el agua. En este atributo en particular, se equipara al *monte* como *campo*, y es “donde el campesino se siente bien”. Por otro lado, el *monte* es bravo cuando es asociado más a atributos de naturaleza prístina y salvaje, cuando no ha habido intervención laboral por parte del campesino y se vuelve contenedor de seres peligrosos como la culebra y el tigre. Este monte bravo, si bien es explicado como un lugar peligroso por ser “naturaleza brava”, simultáneamente se entiende como un lugar de acceso a recursos ambientales como

la caza, el agua y los árboles. Pedro en varias ocasiones señalaba la importancia de estar en el monte para acceder fácilmente a este tipo de recursos.

Sobre el monte como atributo, podemos explicarlo desde la gradiente que presentaba José entre la civilización y el monte (sustantivo). En ese sentido hay lugares más monte que otros, y se ubican en relación con la lejanía o cercanía en una escala progresiva entre el puro monte y la civilización. Esta gradiente también está afectada por la densidad poblacional de un lugar, el acceso a bienes y servicios y la cantidad de mejoras agrarias realizadas.

## **2.2. Retornar y civilizar el monte**

A pocos kilómetros de Macedonia y La Ceiba, pero a un par horas de viaje por carretera hacia el occidente, se encuentra Israel. Se trata de una vereda del municipio del Carmen de Bolívar y simultáneamente un barrio en el centro poblado del corregimiento de San José del Playón, en María la Baja. Tanto la vereda como el barrio se encuentran junto a la represa de Playón pero están distanciados por más de 6 kilómetros de agua y ubicados en los bordes opuestos de la represa. La vereda está ubicada administrativamente en el municipio del Carmen de Bolívar y es el lugar de las parcelas comunitarias y algunas individuales de los habitantes del barrio, muchos de ellos miembros de la organización campesina AsoIsrael (Asociación de campesinos desplazados de Israel). A pesar de que la vereda se encuentra ubicada en el Carmen de Bolívar, las dinámicas económicas y políticas de estas personas suceden en el municipio de María la Baja, particularmente en San José de Playón, por la cercanía tanto de la parcela como del barrio.

A finales de la década de los sesenta, según han escuchado de boca de los mayores algunos de los miembros de AsoIsrael, una empresa de ingenieros holandeses empezó la construcción de la represas de Playón, Matuya y La Piscina. Esta obra hacía parte de la consecución del distrito de riego de María la Baja, en el marco de las políticas de reforma agraria y adecuación de tierras, operadas por el INCORA entre 1963 y 1976 (Burbano y Forero, 1999: 34-35). Este proyecto entusiasmó a muchos campesinos de la región por la

promesa de un distrito de riego para todos; sin embargo, la gente que vivía en el antiguo Israel, uno de los sectores inundados para el proyecto, recuerdan no solo los beneficios del distrito de riego, sino el desplazamiento que tuvieron que vivir, un desplazamiento en nombre del desarrollo. Algunos de los miembros de AsoIsrael afirman que la gente del INCORA nunca buscó un arreglo o consenso con sus padres y abuelos, sino que sencillamente fueron notificados de que sus tierras serían utilizadas para la represa. Algunos pocos, a quienes les habían prometido la compra de los predios, nunca recibieron el dinero que se les había prometido por la tierra. A pesar de la negligencia para negociar por parte del INCORA, muchos de ellos lograron recuperar tierra en la parte alta de Israel, rozando y abriendo monte. En esta tierra habitaron y trabajaron hasta los años 90.

A finales de esas misma década, la asonada paramilitar, las masacres y asesinatos selectivos de líderes comunitarios, resultó en un nuevo desplazamiento de la gente de Israel en el 2001. Esta vez no hubo un destino tolerable, pues la zozobra no permitió que buscaran otras tierras cerca. 35 familias buscaron refugio en San José del Playón: “nos desplazamos para conservar la vida, porque mandaban a avisar que ya bajaban [los paramilitares] y no dejaban a nadie [con vida]” cuenta Didier Mosquera, uno de los líderes de AsoIsrael.

En el 2007, muchos de los pobladores de las veredas circunvecinas de las represas del Playón, Matuya y La Piscina y del sector sur de María la Baja, iniciaron un proceso de “retorno laboral”, motivados en parte por la desmovilización del bloque Héroes de los Montes de María y la promesa estabilización regional que hacía el entonces gobierno de Álvaro Uribe. Muchos de los líderes de OPDS, incluyendo a los miembros de AsoIsrael, hablan de “retorno laboral” para referirse al retorno parcial que realizaron en ese momento, pues empezaron a realizar jornadas de trabajo en las que se movilizaban en grupo a las parcelas abandonadas para recuperarlas del monte, sin embargo no pudieron volver a habitar las zonas en las que vivían a finales de los 90. En este contexto, a partir de las viejas formas de organización colectivas (Juntas de Acción Comunal y Consejos Campesinos Veredales de la ANUC), mermadas por la amenaza paramilitar de asesinar a sus líderes y miembros de las asociaciones, surgieron nuevas organizaciones campesinas que actuaron más subterráneamente, según cuenta Gonzalo Vargas uno de los líderes de OPDS.

Al igual que AsoCeiba en San Juan, AsoIsrael es una de las decenas de organizaciones que conocí que nacen en este contexto. Estas nuevas organizaciones contaron además con el apoyo de varias ongs, algunas de estas operaban desde hace un tiempo en la región, como La Corporación de Desarrollo Solidario (CDS), y otras aterrizaron justo en ese momento en el que de la Consolidación Territorial, o la estabilidad militar que proporcionó el gobierno. Muchas de estas organizaciones iniciaron su funcionamiento financiadas por la cooperación internacional, financiaciones articuladas en una gran medida al PDP y la Fundación Red Desarrollo y Paz Montes de María (FRDPMM) quienes captaron recursos del Banco Mundial la AECID (Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo) y la USAID (Agencia Estadounidense para el Desarrollo Internacional). Hoy en día han habido rupturas entre varios de los líderes y la Fundación, principalmente por la perspectiva de intervención de esta última, que pretendía captar y canalizar el 100% de los recursos que ingresaban de la cooperación internacional, siendo ineficientes en su operación según acierta Gonzalo Vargas, líder de OPDS y AsoEstancia. Por esta razón, desde el 2010, los lazos entre FRDPMM y muchas organizaciones dentro y fuera OPDS se han ido diluyendo y se han fortalecido con otras ongs como CDS, ILSA, MPDL y el CINEP. En el caso particular de ODPS, la ejecución multimillonaria para la realización del Plan de Desarrollo Sostenible para las dos Zonas de Reserva Campesina en Montes de María, y la inconformidad de muchos líderes con el resultado y sobrecostos del proyecto han ahondado la brecha con FRDPMM (Ver Graaf, 2012). Las Zonas de Reserva Campesina (ZRC)<sup>23</sup> fueron iniciativas gubernamentales que terminaron por ensamblarse en las expectativas políticas de muchas organizaciones desde el 2011. Según las organizaciones campesinas, desde la perspectiva del estado, estas iniciativas buscan el establecimiento de áreas de tierra poco productiva para el desarrollo de la economía campesina. Por otro lado, la exigencia de estas organizaciones es de

---

<sup>23</sup> Las ZRC es una figura de ordenamiento territorial que busca, por parte del gobierno dotar a conglomerados de población campesina baldíos, protegidos bajo el imperativo de un uso agropecuarios de estos campesinos y la no concentración de la propiedad de la tierra. (Ley 160 de 1994). En el 2010, el gobierno de Juan Manuel Santos insinuó la posibilidad de la creación de más ZRC, en lugares como Montes de María, como estrategia de compensación y mitigación de la concentración de la tierra (MIC, 2014).

extensiones de tierra productivas para desarrollar sus formas tradicionales de explotación, organización y comercialización (MIC, 2014).

Sobre estas “formas tradicionales” indague con Didier Mosquera, un hombre de Israel que no supera los 30 años quien se define a sí mismo como líder comunitario y campesino. Cuando conocí a Didier, tomó la vocería de muchos de sus compañeros para contarnos la historia de la organización y explicarnos sus formas de trabajo, a pesar de reconocer que hay gente con más conocimiento que él, por lo menos con lo referente a la movilización política y a la historia de la asociación.

Igual que para Pedro en La Ceiba, Didier considera que lo campesino esta atado al monte, una categoría que no requiere de muchas explicaciones y que no es difícil entenderlo, pues es “todo lo que está *ahí*, es la naturaleza salvaje”. Esta relación fue explicada por Didier a través de la historia de la tierra conseguida a través de la gestión de la organización y del trabajo para transformar un lugar que estaba abandonado y por tanto se había vuelto monte.

Como varias de las asociaciones campesinas afiliadas a la Organización de Población Desplazada de Montes de María (OPDS), a través de la gestión de la ong Corporación Desarrollo Solidario (CDS), AsoIsrael obtuvo algunos predios para conformar la parcela comunitaria de esta asociación que cuenta con cerca de 18 hectáreas. Esta parcela se encuentra ubicada en el mismo sector en donde muchos de los afiliados, familiares y de los miembros de AsoIsrael tienen o tuvieron tierras en algún momento, y en donde desde hace 50 años han trabajado la mayoría de personas vinculadas a la organización. Este espacio que llaman “parcela comunitaria” está titulada de forma colectiva y los miembros de AsoIsrael tienen “[...] el compromiso de subir a hacer trabajo comunitario, cada uno tiene que hacer un jornal semanal para la parcela”, dice Didier. En este espacio, la CDS ha puesto en marcha algunos proyectos productivos agropecuarios con los afiliados de esta organización que les permiten de vez en cuando una pequeña entrada. La idea de este tipo de iniciativas, según cuentan algunos profesionales de CDS, se fundamentó en la “defensa del territorio tradicional de las comunidades que habían perdido todo con el conflicto”. Si

bien de las centenares de hectáreas que llegaron a pertenecer a la gente de Israel hoy queda poco, estas 15 hectáreas son para las gente AsoIsrael, “un punto de partida para recuperar lo que alguna vez hubo” afirma Didier.

Para Didier y sus compañeros, la situación de la parcela es la muestra del tesón del campesino. Si bien, ellos habían sufrido los rigores de la guerra y fueron insistente en narrar los episodios de miedo y zozobra, el espacio del que hablaban, contemplándolo y señalando todas las zonas cultivadas, era más la muestra de la valiosa capacidad laboral del campesino.

Hay que estar muy pendiente de la parcela porque si se deja así una semana, así por decir, el monte ya se crece. Lo que hacemos es que nos turnamos para venir y trabajar. Por ejemplo, el otro día tumbamos y quemamos esa parte de allá y hoy suave porque están ustedes, entonces limpiamos alrededor de la casa y quemamos un poco de monte [...]limpiamos el monte, para tener a raya la naturaleza.

La explicación de Didier trazó contornos muy parecidos a los que encontré en La Ceiba. Después de preguntarle qué significaba el monte y naturaleza salvaje, él me señaló un cultivo y aclaró, “acá también esto es naturaleza, pero es naturaleza civilizada, la otra es naturaleza incivilizada, naturaleza salvaje”. Para Didier, la diferencia entre lo civilizado y lo incivilizado, como sucedía con el ser/monte en la Ceiba, tenía que ver con el estado concreto de naturaleza de un espacio. Le pregunté qué era la naturaleza para él y cuál era la diferencia entre una civilizada y otra incivilizada o salvaje. Didier me explicó que naturaleza salvaje es “[...]todo lo que no es del hombre, lo que nos dejó Dios. En el culto dicen que es como la obra que nos toca cuidar, que nos prestó el Señor [...] de ahí tenemos que sacar la comida, el techo y el abrigo”. Como muchos miembros de la organización, Didier hace parte de una congregación cristiana. La perspectiva de una naturaleza salvaje que debe ordenarse como mandato divino, parece aludir a las ideas judeocristianas del hombre como amo de la naturaleza, resaltando la noción de iglesia y comunidad en el papel transformativo de esa naturaleza.

La versión teológica de Didier sobre naturaleza salvaje y naturaleza civilizada era mejor ejemplarizada, a través de lo que los cultivos de maíz y yuca representaban para él.



Estos cultivos significaban una naturaleza transformada para el beneficio del *hombre*, que equivale a una naturaleza civilizada, mientras que una naturaleza de potencialidades (o recursos) es una naturaleza incivilizada, más parecida a la versión de monte como lugar de recursos que relataban Pedro en la Ceiba.

Los atributos del monte, antes de ser transformado por el trabajo, son descritos desde categorías como incivilizado y salvaje, que representan cierta pristinidad, “lo que nos prestó El Señor”, una versión de la naturaleza que no solo representa al espacio en particular sino atributos descriptivo de la ausencia de trabajo en tal espacio. En primera instancia, parecería provenir de una lógica que separa naturaleza de trabajo, sin embargo, al profundizar sobre esa lógica, Dionisio Mosquera, un campesino afiliado AsoIsrael y compañero de Didier, me explicó que...

[...]el monte es el trabajo del campesino [...] sin el monte nosotros no estaríamos aquí y no pasaríamos el trabajo que pasamos[...] El monte es trabajo, es comida es la yuca y el ñame [...]sí, hay peligros, pero el monte es lo más valioso para el campesino, ¿qué más sabe hacer uno? trabajar [...] lo malo del monte no es el monte, sino que no nos dejen trabajar, que nos desplacen[...] *El monte sin el campesino no es monte, ni el campesino sin monte es campesino*. Si nos quieren sacar del monte eso es lo malo.

“El monte es el que nos permite llevar comida a la casa, es la vida de nosotros, así nos ganamos el pan para llevarle a la mujer y a la familia”- insistía Didier, señalando una olla de sancocho y adhiriendo a la apreciación de Dionisio. Esta afirmación sobre el enlace entre el campesino y el monte me permitió empezar observar un ensamblaje entre dos niveles espaciales aparentemente distintos, el del cuerpo del campesino como espacio de ejecución de la fuerza laboral, y el del monte como proyecto perspectiva espacial en donde se le da contornos de sentido (material y simbólicamente) a lo que es naturaleza. La explicación de Dionisio sobre el monte me condujo a indagar por la naturaleza producida por el trabajo, en este caso encarnada en el monte. Según las explicaciones de Didier y Dionisio el monte ha sido producido por el campesino, tanto por la ausencia y el no trabajarlo (como práctica de omisión), como por la práctica laboral agropecuaria.

Esta relación no tiene una lógica lineal, pues el cuerpo campesino, el que transforma el monte a través de la fuerza de trabajo, también ha sido dotado de sentido por este

espacio, pues “sin el monte no estaríamos aquí[...]”. La forma de entender cómo se coproducen uno a otro es entender el significado de las prácticas de producción de la naturaleza, en este caso el trabajo en el campo, pues vierte de sentido a ambos espacios en términos de lo campesino. Enunciar al monte, reiteradamente en estas narraciones, es hablar de un espacio susceptible y necesitado de transformación agraria, en sus propios términos “donde se puede producir con agricultura o ganado”. Como ya he relatado desde la perspectiva de la gente de La Ceiba, en esta versión de naturaleza parcela y monte están enlazados como una entidad producida por el trabajo.

El trabajo como mediador entre el cuerpo y el paisaje, aquí se hace evidente en las transformaciones físicas, y morales sobre el monte que los cuerpos campesinos ejecutan. En ese sentido, la construcción de este espacio no solo sucede desde los proyectos espaciales hegemónicos del gobierno, la empresas y la élites económicas, sino que estos cuerpos campesinos, -muchas veces objeto del control de estos sectores sociales predominantes- tienen posibilidades políticas de acceso y transformación de la naturaleza. En últimas, el trabajo efectivo de transformación esta en manos campesinos. El monte constituye un espacio de maniobra en el que las perspectivas morales y éticas de estas poblaciones se despliegan, más allá de los parámetros de rentabilidad, pues es valioso como espacio de reproducción social y de despliegue ético y moral de lo campesino.

Creo que en las versiones de Didier en Israel y de Raúl, Pedro y José en La Ceiba, emerge la posibilidad de desestabilización del monopolio semántico moderno de la naturaleza contrapuesta a la cultura, pa parten de esa ruptura para explicar qué es el monte. La multiplicidad de significados que se le atribuyen al monte juegan dinámicamente para emerger o hacer visible alguno de sus sedimentos en momentos particulares del discurso sobre lo campesino, para legitimar conductas que aparecen como contradictorias, dentro de las mismas lógicas éticas con respecto a la naturaleza. Civilizar el monte puede significar a veces tumbar y quemar, o limpiar (rozar) esa naturaleza incivilizada. Otras veces, como con el propósito de reivindicar la capacidad de cuidado del naturaleza, sobre todo los líderes, apelan a las supuesta lógica de “cuidado de los árboles y los animales”. Para Didier, por ejemplo, la lógica ética del campesino se trataba de un asunto simultáneo, de limpiar monte

y el dejar crecerlo como parte de su responsabilidad como campesino: “uno cuida la naturaleza al mismo tiempo que la trabaja, se trata de no tumbar todo [señalando el bosque], pero sí de arreglarlo para que pueda producir”.

Si bien he partido de las explicaciones, o prácticas discursivas, de estos campesinos para imaginar e intentar comprender lo que podría significar monte en tanto naturaleza, me interesa el trabajo como práctica social que co-produce los cuerpos y los paisajes campesino: “vivimos de la naturaleza, de trabajar la tierra” acertaba José en La Ceiba, “dependemos de la naturaleza para poder comer porque el monte es lo más importante para el campesino” parece replicar en mi cabeza, al otro lado de la montaña, en Israel, Didier. El punto de visibilizar estas prácticas es dar cuenta de como se posicionan en la cotidianidad de estas poblaciones como imperativos éticos campesinos, a veces articuladas diatribas rentabilistas del gobierno, la élites políticas y económicas y el sector empresarial y a veces en oposición manifiesta a estas.

Es innegable la efectividad de la imagen del un estado paternalista, como un ser omnipresente que debe velar por el bienestar de los cuerpos dentro de sus jurisdicción, sigue ejerciendo tremendo poder sobre las expectativas de bienestar de estas poblaciones. Incluso en las practicas cotidianas de estas poblaciones la intervención de las ongs han posibilitado la articulación de las prácticas de trabajo a las lógicas del mercado. Sin embargo, los productos del trabajo en las parcelas (bultos de ñame, yuca y maíz), no sólo terminan circulando en los mercados agropecuarios regionales, sino que gran parte de estos, a pesar de la falta de diversidad, siguen siendo utilizados para el autoconsumo y como productos de intercambio y ayuda en redes de solidaridad locales.

Aun cuando las organizaciones campesinas siguen reclamando una presencia estatal efectiva, **hacer monte**, ha significado una gestión de la naturaleza desde sus propios cuerpos, con cierta autonomía con respecto a los estándares de productividad y rentabilidad neoliberales del gobierno, las élites económicas y las empresas en los proyectos agroindustriales.

El punto que trato de abordar, siguiendo el problema entre una perspectiva económica y una ecológica del trabajo (O'Connor, 2001) es que la visión de desarrollo neoliberal implica una cuantificación tanto de las condiciones de producción -en este caso los cuerpos y paisajes- como del trabajo en tanto práctica mediadora entre estas dos dimensiones espaciales. Esta perspectiva económica, es el marco de interlocución que propone el gobierno junto a los empresarios agroindustriales, para negociar con los campesinos. En este marco, argumentos como la rentabilidad operan en detrimento del bienestar del campesino, ubicando las utilidades cuantificables como indicadores del desarrollo y del bienestar (cuántos puestos laborales, cuántas escuelas inauguradas, cuántos caminos pavimentados, cuántas, cuántas...). En ese sentido las condiciones estructurales económicas sobrepasan la posibilidad de agencia campesina, pues desde esta perspectiva economicista, las relaciones de mercado y propiedad condicionarían el acceso a la externalidad material. Por otro lado, una perspectiva que considere la sobredeterminación entre distintos niveles de existencia campesina (lo económico, lo ecológico, y “lo cultural”) podría ser un marco de negociación más apropiado desde las posibilidades campesinas, pues los valores asignados a la naturaleza en tanto cuerpos y paisajes estarían determinados no sólo por las utilidades, sino por los beneficios y calidades incontables, de la autonomía efectiva en las formas de vida, asociación y trabajo. Esto quiere decir que *el monte* representa no sólo una naturaleza potencialmente rentable como mercancía ficticia, sino que un espacio de despliegue de modo de vida deseada y deseable por algunos campesinos porque les proporciona, contingentemente, soluciones morales y materiales más allá de lo económico, como “la tranquilidad”, “la frescura”, “la comida”, “el poder poner una yuca sobre la mesa”, “cuidar la naturaleza”, “mejorarla” cuando haga falta.

La tierra es como el cuerpo, si no descansa, no trabaja, se enferma. Eso es lo que se les olvida a los que se meten en la palma con ese Murgas, que no entiende como funciona el campo, porque creen que con toda esa úrea y pesticidas se van a tapar, y lo que tapan es la salud de la naturaleza y las comunidades que dependemos de la tierra<sup>24</sup>.

---

<sup>24</sup> Campesino de Asobelén. 27 de junio de 2013.

Aunque lo económico es una angustia diaria para los campesinos, inevitablemente atados a lógicas del mercado como fuerza de trabajo explotada, productores y consumidores, cuanto produce el monte parece ser un problema secundario para ellos, porque el monte parece no sólo proveer materias mercantilizables, sino el lugar mismo de las posibilidades de existencia del campesino.

### *2.2.1. La rula civilizadora: ensamblaje cuerpo-herramienta-monte*

*Con sus rodillas un poco flexionadas, José abanicaba una y otra vez su brazo. La diferencia entre la mano y su rula se desvanecía en cada golpe, pues era todo su cuerpo el que golpeaba la caña. Golpes secos, regulados en altura e inclinación devastan primero las partes más altas de monte, para después agregar golpes más precisos a las partes más bajas. Durante varias horas, José y sus compañeros y yo estuvimos limpiando monte.<sup>25</sup>*

El monte es un ensamblaje de lógicas semánticas y de materialidades que conjugan los cuerpos con los paisajes a través del trabajo para producir naturalezas campesinas en los Montes de María. En ese sentido, las prácticas laborales son también prácticas de ensamblaje entre objetos, seres y espacios. El trabajo como práctica política, no sólo implica la transformación del paisaje en tanto externalidad material, sino la transformación moral y material del cuerpo que trabaja el paisaje.

Siguiendo la ideas de empirismo feminista, (Haraway, 1995) entiendo ensamblaje como la conexión parcial, tanto material como simbólica entre organismo, herramienta y paisaje. Un ensamblaje hace parte de una red más amplia de posibilidad, por ejemplo, en el caso del monte en Montes de de María (ver Imagen 4), está conectado con las herramientas y cuerpos de trabajo localizado, pero también con las redes de trabajo político de algunas ongs, la financiación de la cooperación internacional, la industria de agroinsumos, etc. Lo interesante del ensamblaje es que permite comprender la coproducción semántica y física entre los elementos ensamblados. En ese sentido la práctica de la roza y quema, a través de este ensamblaje, significó el retorno laboral después del desplazamiento, para volver a hacer monte.

---

<sup>25</sup> Diario de campo, mayo - agosto de 2013.

Quiero detenerme en particular en el ensamblaje machete-cuerpo-monte. Este ensamblaje fue la práctica más evidente durante mis las visitas a las parcelas de las organizaciones campesinas. Al machete se le denomina comúnmente como rula, cuando aún no ha cedido su tamaño ante el desgaste por las afiladas, y soco, cuando sus contornos han cedido a estas afiladas, reduciéndolo.

Al indagar con la gente de Israel por la herramienta más importante para ellos como campesinos, Didier sin titubear respondió “¡la rula!”. Por su parte, Dionisio corrigió la sentencia de Didier afirmando que lo más importante era su propio cuerpo, el cuerpo del trabajador, o del campesino “[...]porque si la rula está sin filo, uno la afila, o le cuesta más trabajo hacer, pero en todo anda. Pero si el cuerpo está sin fuerzas, no hay rula que trabaje”. Didier estuvo de acuerdo con Dionisio pero aclaró que “la herramienta, [a parte del cuerpo], más importante para el campesino sí es la rula, si uno sale sin rula al monte, mejor devuélvase porque uno no es nada sin la rula, pero sin cuerpo es menos [que sin la rula]”.

Durante nuestra visita a la parcela de Israel, fuimos acompañados por Mario Vélez, miembro del Consejo Comunitario de Puerto Arjona y coinvestigador de OPDS en este proyecto. Una de las situaciones más llamativas desprendida de la presencia de Mario fue su constante fricción con Didier, tratando de vindicar tanto su campesinidad, como su masculinidad a través del ensamblaje de la rula-cuerpo-monte. Discutieron durante todo el camino entre el playón de la represa y la parcela de AsoIsrael sobre su valía en tanto hombres campesinos, apelando a su capacidad para manejar la rula y su habilidad para limpiar el monte. Didier descalificaba en tono condescendiente a Mario porque le habían salido ampollas en las manos por coger la rula. Mario se defendía afirmando su capacidad como cazador y su aguante para las actividades campesinas en general. Entre bromas, pero con la seriedad necesaria para defender sus cuerpos de hombres campesinos, continuaron su discusión ahora no solo con las palabras, sino demostrándonos, a los espectadores circunstanciales -mis compañeras Jenny, Ana Catalina junto a los miembros de la organización de Didier - cómo se limpiaba el monte. Mario cuestionaba a Didier debido a que “su parcela estaba sucia, con monte”, mientras se agachaba y rozaba el suelo con el soco que el mismo Didier le había pasado. Al instante, Didier se apresuró a hacer lo mismo,

escudriñó un ramal del que saco una horquilla con la que se ayudaba a retirar la hierba desbastada del suelo, mientras todos sonreían por la competencia de desmonte. En esta ocasión comprendí que el ensamblaje rula-cuerpo-monte no solo producía al monte, sino que la corporalidad misma, en este caso una corporalidad campesina y masculina se ponía en juego en este ensamblaje, pues era este ensamblaje el que permite dignificar la calidad del campesino a través de la práctica laboral que se encarnaba. La relación que intento evidenciar aquí es la producción de la masculinidad y la campesinidad a través de una práctica de trabajo como el limpiar monte. El limpiar monte media la configuración de los



*Imagen 3. Parcela lista para siembra en María la baja.*

Después de la roza y quema, las familia campesina a cargo de esta parcela estaba a la espera de algo de lluvia para sembrar maíz.

cuerpos en una dimensión moral y física. Por un lado, es una práctica ligada a un sistema de valores de lo masculino y lo campesino en tanto la capacidad de trabajo y por tanto de subsistencia y, por otro, ligado a unas condiciones materiales

corporales que evidencien, por ejemplo que no salgan ampollas o que el cuerpo esté en condiciones físicas de trabajar en la parcela permiten ser hombre y campesinos.

Otra de las prácticas agrícolas más comunes que pude observar en Montes de María, en la que sucede el ensamblaje con la rula, fue la roza y quema (o tumba y quema). Esta práctica es una fase fundamental para la adecuación del terreno que va a ser cultivado. Durante los meses que pasé en Montes de María, tuve la oportunidad de asistir en algunas oportunidades a jornadas en las que se llevó a cabo tal práctica, incluso llegando a participar en la roza.

Para la roza y quema, después de decidir el área del cultivo entre Raúl, José y Pedro, en La Ceiba, llamaron a varios compañeros para empezar a cortar monte con machetes hasta dejar puro rastrojo. Yo me ofrecí de voluntario entusiasta, pidiendo una rula para mí. Aunque con dudas, José me entregó la herramienta, no del todo desconocida, y me advirtió que tuviera cuidado con el filo y con las culebras. A pesar de que en la primera hora de trabajo cortando palos y matorrales me sentí cómodo, no tardaron en empezar a arderme las manos que se ampollaban cada vez más, sucumbiendo a cada golpe de la rula. Evitando expresar el dolor que sentía, cambiaba de mano, preocupado de alguna forma por convencer a José y Milton que yo no era completamente inútil para trabajar como campesino. Tomaba pequeños descansos y proponiéndome pequeños objetivos, “despejo un metro cuadrado más” intentaba continuar en la labor por un rato más. Después de hora y media de trabajo, acepté mi falta de destreza con la rula y deserté de la roza, dándome cuenta que había retrasado el trabajo del grupo, aunque más tarde condescendentemente, supongo, José y Milton me dijeron que no lo había hecho mal.

Un rato después, doña Dolores nos ofreció un vaso de agua de panela con limón fría. Aproveché ese momento para quejarme un poco de las ampollas y adular a mis compañeros de trabajo, reconociendo su evidente habilidad. José insistió en que mi trabajo no había sido malo, sobre todo en relación con mi contextura, demasiado delgado y pequeño como para ser imaginado apto para estas labores (más adelante en el apartado “Cuerpo del Monte” ahondaré un poco en el asunto cuerpos habitando y trabajando paisajes). La rula para José, igual que para Didier, era un artefacto fundamental en el quehacer campesino. En efecto, noté que debido a mi entusiasmo negué la posibilidad a Yilmar de participar desde un comienzo en tal actividad, pues él era el dueño de la rula que utilicé. Pedro sonriendo me dijo que me fuera a vivir allí por una temporada, pues vivir entre ellos garantizaría no solo una suerte de entrenamiento con la rula, sino que mi compostura y talla cambiarían para estar más acorde al monte. Yilmar intervino para decirme que tenía que usar la rula todos los días para no olvidar, porque a las manos se les olvidaba, incluso destacó que mucha gente del campo que empieza a hacer otras actividades pierde destreza con el machete.



Tanto en La Ceiba como en Israel, después de limpiar el terreno destinado para el cultivo o para despejar un pedazo de camino, se amontona el rastrojo obtenido después de la roza en varios montones por todo el terreno. Los cuerpos ensamblados de machete y raras veces de azadón, trazan una zanja o guardarraya para delimitar el terreno y evitar que el fuego se propague más allá del terreno que se desea adecuar. Tras prender el fuego a los montones de rastrojo los campesinos dejan que se queme esperando que la guardarraya no deje pasar el fuego. Si el fuego amenaza con “agarrar fuerza ahí toca apurarse a echarle arena, pero eso no pasa muy seguido porque la zanja no lo deja pasar. Luego el terreno está listo para ser cultivado, pues la cenizas permiten un mejor cultivo, “y no hay que



*Imagen 4. “Didier” limpiando su parcela.  
Ensamblaje cuerpo-rula-monte*

comprar tanta úrea”, y otros agroinsumos, me explica Dionisio, porque la ceniza funciona como abono. El fuego además, afirma Didier, ahuyenta a los mosquitos, quema las culebras y a toda clase bichos emparentados con el monte salvaje y otro indicador ocasional del estado de naturaleza de un lugar. Según él, “si hay mosquitos es porque no está limpio y hay mucho monte, donde esta así bajito y arreglado ahí no hay nada porque no encuentran en donde esconderse”.

A la práctica de tumbar también le llaman desmotar o limpiar, no porque el monte, en su versión de ser monte salvaje, fuera necesariamente sucio, como me explicaría Raúl, sino porque se está “mejorando el terreno para poder cultivarlo; se está poniendo bonito”. Por su parte, José me expondría que limpiar hacía que fuera más civilizado ese monte. Pregunté

casi afirmando que si limpiar y civilizar podrían ser lo mismo, a los que José y Milton estuvieron de acuerdo, porque para ellos limpiar era una labor de mejoramiento, “es como cuando uno se baña, ¿no?, se limpia para estar mejor, para poder conquistar una hembra, es como uno, la tierra hay que limpiarla para poder sembrar. Cuando alguien se civiliza, aprende las cosas en el colegio, pues se vuelve mejor, más inteligente, hace las cosas mejor” aseveró José.

La acción de limpiar o desmontar (quitar el monte) es entonces una práctica de producción de naturalezas tanto civilizadas como salvajes. Cuando un cuerpo campesino, interviene un espacio particular, lo hace vertiendo ambos sentidos de naturaleza: **hacer monte lo hace desmontando, porque el monte crece donde no se ha trabajado**. Esta producción espacial en la que se divide estos dos tipos de naturaleza es llevada a cabo a través de ese ensamblaje de rula-cuerpo-monte. La práctica de hacer o deshacer monte solo es posible con la rula y el cuerpo, como destaca Didier: “uno no es nada sin la rula, pero sin cuerpo es menos”. Finalmente, el objetivo moral de intervención es la transformación, entendida como mejoramiento. Para José en La Ceiba, Didier en Israel y muchos de sus compañeros parceleros, cuerpos situados en dos lugares distintos de los Montes de María, la limpia y el desmonte son concebidos como una práctica civilizadora que produce una forma particular de naturaleza, la naturaleza civilizada.

A pesar de que el ensamblaje de la rula parece hacer sentir más seguros a los campesinos en cualquier práctica de monte, algunos hombres de la parcela de AsoBelén afirmarían que la rula y la culebra “son los peores enemigos del campesino, la culebra porque lo mata a uno y la rula porque si no tiene cuidado le taja las piernas”, aclaraba uno de estos hombres mientras me mostraba una cicatriz que se había hecho con la rula en la rodilla. Esta situación era más común de lo que me imaginaba pues empecé a notar varias heridas en las piernas de varios hombres y mujeres que me confirmaron que “el soco los había mordido”. Para Didier, por ejemplo, la rula significaba una gran contradicción porque “[...]puede matar a alguien, pero también es el que le da la comida [...] no sabe uno si

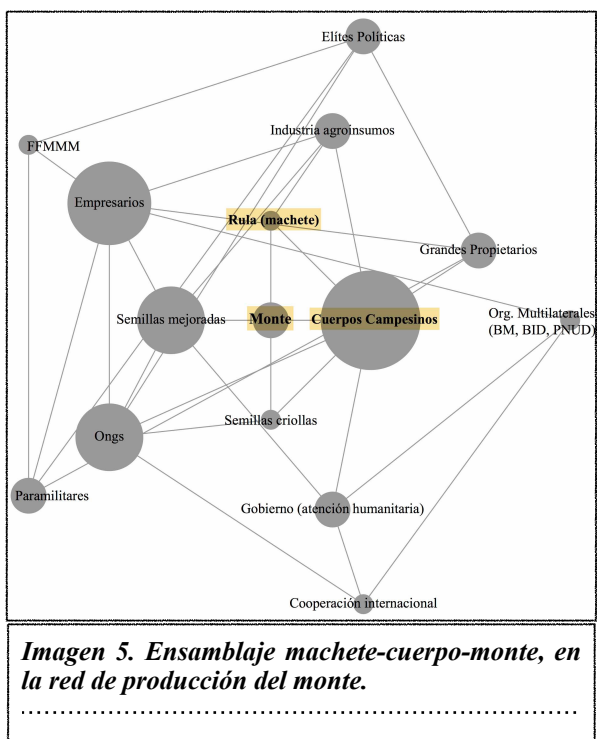
afilarse bien para tirar mejor o dejarla más sana para no ripiarse”. Por su parte, Dionisio resalta que la solución está en secretar la rula para que no lo corte. Didier replicó diciendo que a pesar de haber mandado a secretar la rula se ha cortado, atenuaba su sentencia: “pero no tanto porque estaba secreteaada”.

La rula, más que una herramienta de trabajo, es un apéndice ensamblado al campesino, un órgano del paisaje corporal, pues es necesario para hacer monte (desmontando o dejando de desmontar) y por tanto hace al cuerpo campesino y al paisaje monte en Montes de María. El ensamblaje rula, es también un ensamblaje parcial, pues no es permanente la alianza entre una y otra parte, y se entiende metafóricamente que hay traición de la rula cuando taja a algún trabajador, a veces por causas esotéricas como un *secreto* con la intención de perjudicar, o a veces por la falta de capacidad para usar el ensamblaje. Este ensamblaje entreteje los efectos biomecánicos de la rula que permiten transformar la naturaleza, con prácticas mágicas de control de la naturaleza como el *secreteo*, práctica capaz de actuar sobre cuerpos, ensamblajes y el clima. Creo que esta conexión parcial, cuerpo-herramienta-paisaje, más allá del efecto físico de transformación, sucede como una práctica de poder desde la cual los cuerpos campesinos de hombres y mujeres desbordan las consideraciones utilitarias. La red de conexiones en la que se produce el monte, históricamente no existe sin el hacer de los cuerpos campesinos.

### **2.3. El monte: un paisaje corporal masculino**

Los paisajes corporales son una apuesta por entender las formaciones espaciales particularmente vinculadas a las nociones de naturaleza. Esta apuesta, además concibe la conexión entre dos dimensiones atravesadas por lo que podemos considerar una de las escisiones fundamentales de la modernidad: cultura-naturaleza. En el apartado anterior, algunos cuerpos campesinos han dotado de sentido esa conexión, poniendo en ejecución ensamblajes entre dimensiones espaciales distintas (paisaje y cuerpo) mediante prácticas agrícolas, como el civilizar la naturaleza y prácticas mágicas como el *secreteo*.

En una de las visitas a la parcela de AsoBelén, otra organización miembro de OPDS en la Represa del Playón, una mujer mayor, Doña Sarita, dejó caer su soco cortándose el



dedo pulgar de uno de sus pies. Frente a la pronunciada herida que rebosaba sangre, uno de los hombres que nos acompañaban, Valerio Mosquera sugirió a otros de los hombres detener la hemorragia con una planta que crece debajo de las matas de maíz en su parcela. En seguida, los comentarios sobre la incapacidad de Doña Sarita empezaron a brotar, “no debería cargar con el soco tan afilado”, “no debería subirse por acá que le pasan esas cosas”, “por vieja”, repitieron varios de los miembros de la asociación. La rula constituye un ensamblaje en el que los

prejuicios, en este caso sobre el sexo y la edad, sitúan ciertos condicionantes corporales en su hacer, en el caso de Doña Sarita, el ensamblaje de su cuerpo con el soco no era tan eficiente en términos de los hombres que han imaginado ese ensamblaje desde una perspectiva muy masculina. A pesar de esto, como ahondare en la siguiente sección, más allá de los prejuicios sexistas y etativos, las mujeres campesinas, jóvenes y viejas hacen parte efectiva de ese ensamble cuerpo-rula-monte. Las conexiones posibles del hacer monte para una mujer en Montes de María, en la práctica superan los prejuicios de los hombres quienes se han visto como los cuerpos obvios en el monte, soslayando las evidentes interacciones corporales biomecánicas y afectivas que hacen los cuerpos de las mujeres campesinas en el monte.

Tras el episodio del accidente de Doña Sarita con el soco, empezó a aparecer en las narrativas de muchos hombres el carácter masculino que se le atribuía al monte, por lo menos desde mi posición que privilegió la perspectiva de los hombres, quienes fueron mis

principales interlocutores. A pesar de que en la práctica compartí con varias mujeres que trabajan en el monte, las labores que se imaginan los hombres asociadas a las mujeres no se ubican comúnmente en el monte por parte de los hombres. Por las parcialidades que encarno como cuerpo de hombre, la perspectiva que las mujeres pudieron brindarme sobre el monte han sido más limitadas que la de los hombres.

Generalmente la presencia y eficiencia de las mujeres en labores agropecuarias, suele estar asociada a una masculinización de sus actitudes; por ejemplo, Mario, nuestro coinvestigador, afirmaba que “hay algunas mujeres bravas, más bravas que un hombre, que pueden ir a trabajar sin ningún problema”. En una reunión de esta organización nos contaron que antes de la intensificación del conflicto armado en la región, a finales de los 1990, las mujeres iban a cocinar a las parcelas, a llevar y recoger agua y ayudaban a picar monte, otra forma de referirse a limpiar, y recoger rastrojo cuando hacía falta. Algunas mujeres frente a la afirmación de que el monte era un espacio de hombres, reaccionaron argumentando que ellas trabajaban el doble, porque se encargaban del hogar, de atender al hombre y a los niños, y además, cuando iban a cocinar a las parcelas, trabajaban algunas horas mientras el hombre almorzaba. Con el conflicto, los hombres afirman que “les toco empezar a cocinar” por dos razones: porque ya no se podía dejar la casa sola, porque era más peligroso y había más ladrones, y porque con hombres armados transitando por las fincas era más riesgoso para las mujeres estar en el monte. Esta explicación presenta una paradoja porque justamente muchas mujeres con el conflicto asumieron el rol de únicas proveedoras de sus hogares (“cabeza de familia”), realizando trabajos de “hombre” como jornaleras o trabajando en las parcelas familiares o comunitarias. Sobre esta situación, tuve la posibilidad de participar en un espacio de trabajo en el que estas narrativas se hicieron más que evidentes.

Llegamos algo tarde a la cita acordada con la gente de AsoBelén. Nos esperaban desde hace un buen rato y el lancharo amenazaba con desbaratar el trato para transportarnos si no partíamos de inmediato. Logramos acordar la salida cerca de las once de la mañana en un *johnson*, una embarcación sin cubierta y con un motor fuera de borda de 30 caballos de fuerza, tal vez el medio de transporte más eficiente en el sector de la represa de Playón. En

poco tiempo, varios hombres y mujeres de AsoBelén se encontraban prestos para abordar. Tardamos un buen rato mientras terminábamos de conseguir los ingredientes para el almuerzo.

El lancharo discutía y manoteaba con Aris Mosquera, una de las lideresas de AsoBelén, por el inminente sobrecupo que sufriría la lancha debido a la cantidad de personas que esperaban acompañarnos. La embarcación estaba diseñada para soportar no más de una decena de pasajeros, pero había más de veinte personas aguardando la partida. Varios de los miembros de la organización discutían sobre quién merecía acompañar a nuestra delegación hasta la parcela en Belén. Algunos vociferaban que las mujeres nunca iban a la parcela, otras argumentaban que tenían tanto derecho como el resto por ser parte de la organización y que eran ellas las que más trabajaban en la parcela. En poco tiempo algunas mujeres y niños desertaron de la comitiva mientras yo reconocí para mí mismo lo incómodo de la situación, de cómo nuestra presencia, en cierta medida rompedora de las cotidianidades, posibilitaba la emergencia de esos juegos de poder y merecimientos. Nuestros cuerpos de investigadores, o la atención ejercida por nosotros, representaba cierta renta simbólica en la que el cuerpo masculino, y las suposiciones e imaginaciones entre estos y su relación la parcela, resultaban en la segregación de otros cuerpos considerados menos valiosos para la asociación y el trabajo productivo.

Como observación metodológica, pienso que no llegamos a situarnos enteramente en interacciones cotidianas, sino a ejercer fuerzas para que las relaciones cotidianas de poder se exacerbaban por nuestra presencia, o dejar que las relaciones cotidianas se saturaran de nuestra perspectiva muy políticamente correcta sobre la “equidad de género”. Nuestra presencia era evidentemente transada en la misma forma, que se transaban las visitas de funcionarios de ongs y acompañamiento internacional: comitivas, dedicación de tiempo y atenciones concentradas en esos cuerpos marcados por el privilegio.

Se repetía otra vez la historia de cuerpos marcados por la diferencia enredada de privilegios, de raza y clase. Mis dos compañeras, Ana y Jenny, tal vez habrán tenido que lidiar con sus cuerpos como renta sexual en las imaginaciones de algunos de nuestros

anfitriones, sobre todo de los hombres más jóvenes quienes incesantemente las atendían haciéndoles ofertas e invitaciones para salir de fiesta esa noche. Mientras tanto yo disfrutaba la comodidad de cierta deferencia por mi cuerpo de hombre “colorado” (muy blanco). Esta situación me permitió acceder a esa dimensión sexual desde la perspectiva de los hombres, con quienes en más de una ocasión sostuve conversaciones algo tensas con el trasfondo de esa renta sexual que representaban Ana y Jenny, pues para ellos parecía lógico que yo entablara tales conversaciones desde mi situación de hombre, sin embargo para mi en procura del bienestar de mis compañeras me parecía una situación incómoda. Finalmente, mis dos compañeras negociaron su bienestar de manera más práctica que cualquier intervención posible que yo haya podido ejecutar, tal vez por su posición como foráneas, tal vez porque entendieron los códigos sobre esas rentas corporales mejor que yo, o quizás por el cuidado de las mujeres y hombres de las organización que posibilitaron nuestra estancias en los mejores términos.

Volviendo a lancha en Playón, partimos finalmente excedidos de cupo. Algunos bromeaban con la posibilidad de naufragar y nos interrogaban sobre nuestras habilidades náuticas y de natación. Yo intentaban parecer tranquilo, pero en realidad me mortificaba pensar que se fuera a dañar mi cámara de video, pensando en todo el material recolectado en campo que perdería. Nos dirigimos hacia el sur de la represa, adentrándonos en una especie de brazo formado por el juego de elevaciones y depresiones inundadas. Hacía bastante tiempo que no llovía y el lanchero insistía en su preocupación por el sobrecupo y ahora la posibilidad de encallar y no de naufragar. Casi cuarenta minutos después recorriendo el sector sur del embalse, llegamos a un pequeño playón que el lanchero afirmó que era el punto más cercano a la parcela al que podría acceder con el *johnson*, sin dejar de refunfuñar por verse obligado a transportar a tantas mujeres en su lancha después de nuestra intervención inicial en el puerto para mediar esta situación.

La lógica bajo la cual ciertos cuerpos son prescindibles en razón de un bien colectivo, o de un supuesto merecimiento, me parece que emerge aquí peligrosamente, en este caso se trataba de cuerpos de mujeres, pero en realidad la asimetría de estas lógicas ha impactado sobre los cuerpos de hombres y mujeres campesinos, sobretodo en las lógicas de la

agroindustria como esbozaré en el capítulo 3. El problema aquí es que veo replicada y fractalizada en otra escala la expropiación de cuerpos y de las posibilidades de existencia, en este caso, dentro del monte. Ser campesina, parece estar supeditado al despliegue de las masculinidades, así como estar en el monte parece estar supeditado al despliegue del capital.

Esta situación en la que los cuerpos de las mujeres son descartados dentro de las lógicas de trabajo en el monte, la vi replicada en otra ocasión yendo hacia La Ceiba en San Juan. Abordamos el platón del campero, un Jeep Willis modelo setenta y tantos, y en algunos pocos minutos una decena hombres y una mujer abordaron también; la cabina, el techo y las barandas de la estructura del campero, todo el vehículo rebosaba cuerpos. Se hizo evidente que dejaban subir al platón y a la cabina a los hombres mayores, mientras los más jóvenes se organizaban en las barandas del campero. Yo quería viajar colgado de la varillas, pero Raúl insistió que me hiciera adentro por seguridad, para evitar algún accidente, supongo que convencido de mi ineptitud a pesar de que un par de semanas antes había tenido que regresar a San Juan colgado de un viaje de madera, plátano y yuca.

La única mujer en el grupo de pasajeros ocupaba el puesto central de uno de los asientos del campero, frente a mí. Le pregunté rompiendo el hielo: “¿Sube usted seguido?”. Algo tímida asintió con gesto breve. “No es la primera vez que subo, aunque parezca raro”, insistí intentando provocar alguna respuesta, a lo que ella subrayó: “usted estaba por ahí el otro día con la gente de La Ceiba”.

María tenía cuarenta y seis años. Había nacido en Macedonia, una vereda a media hora de la cabecera municipal de San Juan. Me contó que había heredado una parcela de dos hectáreas de su hermano y su padre fallecidos un par de años antes en un accidente, del cual no quiso revelar ningún detalle. Ella se dirigía precisamente a limpiar la parcela pues destinaría gran parte de ese espacio a un cultivo de maíz que pronto sembraría. Le pregunté por otras mujeres o compañeras que trabajaron desyerbando, a lo que Alfredo, otro compañero de Raúl de La Ceiba, tras una carcajada, aseveró: “toda mujer no sirve para picar [otro sinónimo de limpiar o rozar]”.



Pregunté entonces si todos los hombres sí servían para picar. Alfredo me aclaró que no todo hombre sirve para el campo y que un hombre que no sepa de campo, que no sepa “ponerle la yuca y ñame a la mujer en la mesa, no sirve para nada; [pero] en una mujer no esta tan mal visto, porque no está enseñada al monte y por ahí prefiere quedarse en la casa”. Sin embargo para Alfredo “[...]hay mujeres que saben trabajar igual y hasta más que un hombre”. Soltó otra carcajada y añadió: “en serio, hay hembras que trabajan más duro que uno, o que muchos manes”. “Tu mujer pasa más trabajo contigo, eso son como veinte bultos de yuca”, agregó otro hombre, probablemente refiriéndose a la robustez de Alfredo, a lo que este último respondió con lo que supuse era una retahíla de insultos inaudibles para mí, todo en tono aparentemente juguetón.

Mientras intercambiaban bromas e insultos unos con otros, me llamó la atención el gesto que María sostenía: una tenue sonrisa, que no sabía decir si aprobaba o resentía todo lo que había dicho Alfredo sobre las mujeres y aquel tipo de trabajos. Le pregunté a María qué opinaba, ella respondió para mi sorpresa, reiterando lo que había escuchado antes en las reuniones de OPDS (organización totalmente desvinculada de la vida de María): las mujeres trabajaban más o igual que los hombres, pues María no sólo trabajaba en la parcela, sino que necesitaba arreglar la casa y dejarle listo el desayuno a su marido, incluso los días que subía a la parcela -cuatro días a la semana- me revelaría más tarde. Ninguno de los otros ocupantes del carro pareció haberla escuchado, aunque tuve la sensación de que simulaban no hacerlo. María estaba ahí, hablaba claro para mí, pero a nadie más parecía estar interesado en lo que decía.

Cerca de las cuatro de la mañana, el conductor del Willis se dispuso a arrancar. Tomó hacia el noreste de San Juan por la Transversal 17 hasta la bomba, una estación de servicio sobre la Troncal de Occidente. Allí algunos de los pasajeros cargaron un par de bultos en el techo, de los cuales no logré reconocer su contenido. Un hombre me ofreció un poco de café, en un vasito de plástico. Raúl me alcanzó el café, situación que Alfredo aprovechó para señalar la supuesta relación sentimental que Raúl sostenía conmigo. Felipe, sentado a mi izquierda, uno de los hombres mayores que viajaba con nosotros, me recomendó no hacer caso de las provocaciones de Alfredo: “él es así, pero es solo vacile”. Tomamos la

troncal avanzando unos cien metros hacia el norte para tomar luego un vía terciaria que conduce de San Juan hacia La Haya, otro corregimiento al oriente del municipio.

Pude conversar más tarde con María en su finca sobre la actitud y comentarios de Alfredo en el campero. María me explicó que Alfredo me la había “montado” porque se sintió amenazado luego de mi cuestionamiento frente a la situación de María trabajando. Ella resaltó que muchos de los ocupantes del campero, a quienes llamó compañeros, reconocían su labor como campesina y le colaboraban, sin embargo reprochó la idea de que la compararan con un hombre, pues su fuerza y aguante en esas labores tenía que ver más con su tesón, efecto de una vida dura de trabajo, independientemente de si era mujer.

María me contó que antes de heredar la tierra de su padre y su hermano siempre había trabajado allí ayudando a su padre. El producido se repartía entre su padre, su hermano y ella. Me aclaró también que quienes tomaban la decisión de qué hacer, qué cultivar y cuándo, eran su hermano y su padre, aunque ella tenía de alguna forma participación y contaban con su opinión sobre los destinos de la finca. Además también cumplía el papel de la administradora y contadora de los recursos finca, pues su padre la consideraba muy ordenada y responsable.

Esta situación empezó a cambiar en el 2002, cuando el constante tránsito de hombres de camuflado por la finca la obligó a mermar su trabajo en la parcela y finalmente desplazarse a la cabecera municipal de San Juan. Con el fallecimiento de su hermano y su padre en el 2011 empezó a ir de nuevo a la parcela, porque lo que su marido ganaba como jornalero y obrero de construcción no les alcanzaba pues “[...] el jornal, [de entre 15.000 y 20.0000 pesos] no es fijo y no se logra muchas veces lo del arriendo o lo de las cosas para el colegio de los pelaos”. A pesar de que María es la heredera de la finca y quien realiza las actividades de mantenimiento de esta, es supervisada por su marido, quien sigue trabajando por fuera de la finca, pero toma algunas decisiones productivas, así como su padre y su hermano lo hicieron antes.

Para María, Juan, su marido, “se ha puesto las pilas con la finca porque no le gusta que esté yendo a las reuniones de una organización de mujeres productoras que estamos

armando”. AsoMuPro, esta organización quiere utilizar un pedazo de la finca de María finca para iniciar con un proyecto de “soberanía alimentaria”, iniciativa con la que no está de acuerdo Juan. María en tono bajo me dice que a ella sí le parece llamativa la idea, pero que sabe que es algo que tiene que negociar con su marido.

El caso de María, sobre las tensiones con su marido por las actividades productivas y su pertenencia a la organización, no es una excepción. Si bien mi trabajo no se enfocó por cuestiones metodológicas en este tipo de narrativas, sí fue algo que me encontré continuamente y constaté con mis compañeras de campo, en especial con Jenny, quien ahondó en este tipo de cuestionamientos.

Las pocas posibilidades que tuve de observar prácticas de exclusión entre cuerpos, amarrando las lógicas masculinas del monte, fue en AsoIsrael. Esta organización nace como una asociación de mujeres productoras, a la que se adhieren muchos hombres de la vereda. Curiosamente es común que se presente no como una asociación de mujeres, sino de campesinos desplazados y víctimas, apostándole a cierta versatilidad que les permite aplicar a distintos tipos de proyectos con ongs y ser legibles para algunas entidades gubernamentales, como en el caso de la mesa de víctimas de María la Baja en donde se presentan como una asociación de víctimas y campesinos desplazados.

El caso de AsoIsrael me permitió entender un poco más la situación invisible de los cuerpos campesinos de mujeres en el monte. En esta organización, ellas participan enteramente de las actividades productivas, rozando, sembrando y cosechando, pero la vocería sobre este tipo de actividades las toma Didier y otros hombres afiliados a la organización. Al indagar entre los hombres por esta situación, algunos como Luis, otro afiliado a AsoIsrael, afirmaron que la figura de una organización de mujeres es por protección, pues durante las incursiones paramilitares hace una década, los blancos predilectos de los asesinatos selectivos fueron líderes y miembros hombres de las organizaciones políticas de base. Didier, reafirmó con vehemencia la explicación de Luis, añadiendo que quienes realizan “ [...]todo el trabajo duro son los hombres, las mujeres se reúnen y le trabajaban a cosas más pequeñas[...]”, como la horticultura doméstica.

Juliana Mosquera, de 30 años, es la representante legal de AsoIsrael. No tuve muchas oportunidades de charlar con ella, sin embargo cuando pude indagar sobre esta situación, Juliana desafió las versiones de los hombres de su organización. Entre risas y constataciones de sus compañeras contó:

Si no fuera por nosotras, ellos no tendrían nada. Nadie les va quitar que nos aportan mucho trabajo a la organización, pero las que le pusimos el pecho a la situación fuimos nosotras, porque las que primero hicimos el retorno laboral fuimos las mujeres de la comunidad que no podíamos ver cómo lo niños ahí aguantaban hambre y nosotros con la tierra ahí sin producir, enmontada. Pues nos pusimos de acuerdo y fuimos nosotras las que cogimos a limpiar y sembrar y todo eso. Después fue que ellos se pegaron.

Esta situación de hombres declarando sobre la disposición sexuada y engendrada del trabajo en el monte, especialmente sobre los espacios diferenciados de trabajo, fue algo que emergía constantemente en las charlas con trabajadores y líderes campesinos que frecuenté. La idea del monte como un lugar de trabajo de los hombres y un lugar peligroso para las mujeres hace parte del vertimiento de prácticas y narrativas que explican la interacción del entre seres humanos y naturaleza. Sin embargo, esta lógica en la práctica del hacer monte, con la presencia efectiva de los cuerpos de mujeres permiten desestabilizar la idea de monte como un espacio exclusivo de hombres y de las vindicaciones masculinas.

Hay varios aspectos a resaltar de la versión del monte como espacio masculino. Primero, desde la situación de María, la campesina en el campero de Macedonia (San Juan), se hace evidente un régimen de propiedad del trabajo y de la tierra que reproduce los órdenes coloniales masculinos. Persiste una negación de la legitimidad de la propiedad a esta mujer, pues si bien es la heredera legal, su marido sigue tomando las decisiones sobre la finca. Aparentemente, la renta del trabajo de María es equitativamente valorada dentro de la economía familiar, pues Juan, su esposo reconoce la necesidad de que ella realice estas actividades para sostener su hogar. Sin embargo, la facultad de decidir si su trabajo debe o no realizarse sigue recayendo en Juan, muy a pesar de la perspectiva de María, quien en el discurso por lo menos cuestiona este tipo de situaciones. El monte como un espacio

susceptible de ser apropiado laboral y legalmente, sigue siendo imaginado por muchos campesinos como un problema de hombres.

Segundo, los comentarios de Alfredo sobre la mujer en el monte durante el viaje en campero a La Ceiba, constituyen un imaginario prolongado entre varios de los hombres, en donde se deslegitima a un interlocutor, en este caso yo, a través de su feminización. La manera de explicar la presencia de mujeres en el campo que son capaces de realizar actividades agropecuarias con la misma o mayor eficiencia que un hombre es masculinizando las actitudes de las mujeres mediante comparaciones y omisiones. Se pretende así equiparar y medir cualquier actividad agropecuaria realizada por una mujer a partir de una estandarización de las actividades de los hombres.

Otro aspecto, es el adjetivo que utiliza Alfredo para explicar la eficiencia de una mujer en las labores del campo: “una mujer más brava que un hombre”. Este apelativo está relacionado con el adjetivo utilizado para explicar a la naturaleza que se produce cuando se enmonta un lugar: la *naturaleza brava* (haciendo alusión a su estado más agreste y salvaje). Alfredo insistiría, más adelante durante las jornadas de trabajo en enunciar este apelativo, haciendo comparaciones de las mujeres con las culebras, quizás en un intento de congraciarse conmigo por burlarse en el campero. Alfredo afirmaba en esta comparación que la única forma de que una mujer realizara trabajo en el monte es pareciéndose a este.

Por último, el caso de AsoIsrael y su “versatilidad” como organización esconde fuertes pugnas por la concepción del monte, pues independientemente de las prácticas que se lleven a cabo por parte de unos u otros cuerpos para producir este paisaje laboral, la corporalidad predilecta imaginada es constituida en la invisibilización de los cuerpos de mujeres en términos de las prácticas campesinas en el monte.

...

Hasta aquí he planteado cómo el monte constituye un espacio versátil en el cual se plasman paisajes políticos de la naturaleza a través de las prácticas de trabajo productivo. En el primer capítulo planteo como se despliega el monte como geografía imaginada

articulado a distintos hitos histórico-económicos como sustrato de la idea de lo campesino. He querido profundizar en la relaciones de producción semántica y material del monte desde la perspectiva campesina para mostrar los sedimentos históricos acumulados en cuerpos y paisajes en un relato más ecológico. En el tercer capítulo propongo detenernos en un monte re-articulado a las lógicas de desarrollo agroindustrial en un contexto de lo que denomino bonanza humanitaria y mercado de paz.

### CAPÍTULO 3

## ENTRE PAISAJES AGROINDUSTRIALES Y TERRITORIOS CAMPESINOS

Ya he trazado algunos pliegues de la producción de la naturaleza en términos de la historia agraria, discutido en el primer capítulo, desde la práctica del imaginar. Más adelante, en el segundo capítulo, una historia socio-ecológica, localizada en algunas prácticas agrícolas laborales-organizativas, articula una dimensión económica productiva con una de reproducción social (entre las contradicciones como espacio engendrado). En este relato, el monte aparece dentro de una red de producción de la naturaleza ensamblado a cuerpos, herramientas y paisajes en lo que he denominado paisaje corporal.

En este capítulo me enfocaré en las fricciones emergentes en esa red de producción de la naturaleza, particularmente en la articulación entre el proyecto agroindustrial y las formas campesinas de trabajo agropecuario. La noción de fricción de Tsing (2005) me permite entender cómo fuerzas relacionales se conjugan en una multiplicidad y simultaneidad de interacciones que suceden en el paisaje corporal campesino de los Montes de María. Esta multiplicidad y simultaneidad de interacciones transitan desde lo antagónico hasta lo afín, irrumpiendo las visiones maniqueas del paisaje que situarían de un lado lo campesino y del otro lo agroindustrial. Parto de mis expectativas e imaginaciones sobre Montes de María para dar paso a las versiones hegemónicas sobre este lugar de la prensa de circulación nacional. Más adelante muestro la conexión entre los relatos de violencia, como suerte de geografías de la imaginación, y las intervenciones militares/económicas, como geografías de la gestión. Es importante considerar tanto la relevancia de las intervenciones coercitivas militares como de las concesiones económicas y ecológicas. Este argumento intenta superar la narrativa predominante de la violencia como episodio concretos y aislados de las cotidianidades de la gente (Ojeda et al., s.f). Del mismo modo, una mirada reduccionista recaería en resaltar como meros antagonismos las articulaciones entre lo campesino y lo agroindustrial, en donde la visión de esta última se impone en las lógicas locales de forma absoluta. En consecuencia las posibilidad de ordenar y apropiarse de los cuerpos y paisajes, no sólo ejecuta a través de las coerciones armadas, sino que por medio

de las concesiones y seducciones (económicas y ecológicas) del deseo y sueños de bienestar de estas poblaciones. Planteo desde allí como a partir de la producción de nociones de rentabilidad y desarrollo económico que propone el gobierno, los empresarios agroindustriales, los organismos multilaterales y algunas ONGs, se articulan a las formas de trabajo y expectativas de bienestar de las poblaciones campesinas. Esta simultaneidad de acciones, que aparecen yuxtapuestas, de hecho, afectándose unas a las otras.

El monte en este contexto constituye un paisaje corporal en tensión: la nostalgia de un pasado idílico, en el que las formas de organización social y productiva funcionaban de manera eficiente, un futuro nebuloso de bienestar que los campesinos sueña en clave de ese pasado idílico y la imagen fracturada de un estado benefactor/agresor se articulan con las expectativas de un futuro integrado a lógicas del desarrollo más incluyentes y equitativas. Esta articulación sucede desde el paso de un discurso asociado los reclamos de acceso a la tierra a uno de defensa del territorio. Encuentro en esta articulación grandes potencialidades para la maniobra de las organizaciones campesinas y a la vez latentes riesgos de ocluir la heterogeneidad de lo campesino en Montes de María en sus cercanías con el discurso multicultural.

### **3.1. Geografías de la imaginación y geografías de la gestión en Montes de María**

Antes, durante y después de emprender el trabajo de campo en Montes de María, mis amigos, colegas y familiares dibujaron como advertencia las imaginaciones geográficas del conflicto armado. Estos trazos imaginativos asignaban atributos de violencia, lejanía y riesgo a este lugar. Una y otra voz reiteraban el riesgo de mis ocurrencias investigativas: “¿Para qué se va allá?, ¿por qué le gusta irse tan lejos? ¿qué es lo que hay allá? sólo monte y guerrilla”. Algunos colegas, con un poco más de conocimiento de la reciente historia de cadáveres, despojos y (para)militares en la región, insistían en el riesgo que representaba mi investigación. La verdad, mis imaginaciones sobre el monte, no estaban tan lejanas de los tonos y afectos que despertaban tales imágenes.



Durante el primer viaje a Montes de María me enfrenté a estas imaginaciones. A finales del 2012, rumbo al norte del departamento de Bolívar, me encontraba con algunos amigos en una chalupa<sup>26</sup> varada y a la deriva por el río Magdalena, entre Simití y Morales, en otro lugar de esas geografías imaginadas del conflicto: el Magdalena Medio en el sur de Bolívar. Las miradas del resto de pasajeras y pasajeros, se posaban curiosas en nuestros cuerpos adornados de una visibilidad aterradora. “Son gringos”, “son estudiantes” “no son de aquí”, era lo que imaginaba que decían esas miradas. Yo nos definiría como turistas.

Nos dirigíamos hacia el norte de Bolívar, a la fábula cartográfica del Caribe: el lugar del relato fantástico de unas exóticas naturalezas, del mar Caribe bañando las playas y selvas paradisiacas, donde cachacos como nosotros imaginamos un destino turístico ideal. Esta fábula, que nos enseña el paraíso tropical, nos ha permitido fantasear con esta infinita exotividad del mar y la playa, anulando millones de cuerpos que habitan y trabajan en miles de kilómetros cuadrados del Caribe que no son ni mar, ni playa, ni paradisiacos. Esta fábula además opera como homogeneización geográfica para la constitución de una unidad geográfica coherente.

Habíamos partido cerca de las nueve de la mañana desde Barrancabermeja hacia el Banco (Magdalena) con destino provisional Mompós (Bolívar). Nuestra intención era llegar al golfo de Morrosquillo y a los Montes de María en pocos días. Después de varias horas, nos rescató otra embarcación motorizada. Desembarcamos en Morales (Bolívar), donde acordamos con un grupo de pasajeras de la chalupa contratar un carro que nos llevaría hasta Mompós. A pesar de esa cordial y parcial alianza y la actitud solidaria de esas mujeres, las miradas de los habitantes de Morales nutrían nuestra paranoia e imaginación: los cuerpos embalsamados por el Río Magdalena, ciudades capitales antisubversivas<sup>27</sup> y frentes guerrilleros en el monte eran las imágenes y titulares de prensa que motivaban nuestro afán por salir de allí.

---

<sup>26</sup> Embarcación de cubierta, con motor fuera de borda que transporta enseres, provisiones, cuerpos, gente y animales por el Río Magdalena entre Barrancabermeja y otros puertos del Magdalena Medio.

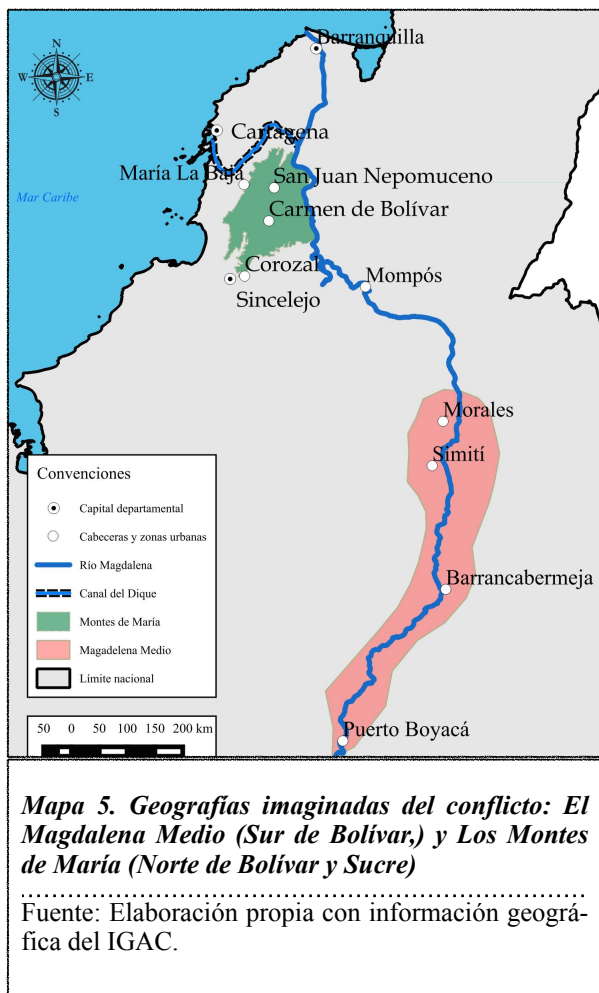
<sup>27</sup> Por ejemplo, Puerto Boyacá, es recordada como la “capital anti-subversiva de Colombia”, debido a una varias vayas instaladas en la población y que permanecieron hasta hace poco como recordatorio de la fuerza ideológica que empuñaba allí las armas y ocupaba los escaños políticos del municipio.

Días más tarde, al entrar a los Montes de María por San Onofre (Sucre) hasta María la Baja (Bolívar), las interminables hileras de palma aceitera, me hicieron preguntar por todo el andamiaje económico y político que se tuvo que mover para el diseño de una naturaleza disciplinada y productiva como la de las plantaciones. Me producía un extraño malestar el patrón reticular y reiterado que encarnaban esos bosques uniformes a lado y lado de la Troncal del Caribe. Como en un cliché imaginativo del subdesarrollo, pasamos por caseríos a la orilla de la carretera, donde algunos niños jugaban entre los canales de agua rodeados de Palma, que más tarde me enteraría hacen parte del distrito de riego de María la Baja. Estas imágenes seguían nutriendo mi imaginación, ahora sobre la miseria y la pobreza. De esta manera me obsesioné durante varios meses, dándole vueltas a la idea sobre los límites de la supervivencia, y el negociar en desventaja por el derecho a habitar, jugar y trabajar. Una negociación por el control y supervivencias de sus propios cuerpos y paisajes.

Entonces, empecé a escudriñar en el relato periodístico sobre Los Montes de María. Revisé dos periódicos de circulación nacional en Colombia: El Tiempo y El Espectador. Allí pude rastrear cómo se fueron tejiendo las imaginaciones geográficas con la producción de “la realidad nacional” desde el centro político del país en las últimas dos décadas:

Aumentan desplazados por violencia en Montes de María [...] Indicaron que en las dos últimas semanas se ha producido un recrudecimiento de los combates entre la Infantería de Marina y los grupos alzados en armas en esta región, la cual fue catalogada como una de las más violentas del territorio nacional durante 1996 y lo que ha transcurrido del año actual (El Tiempo, 4 de marzo de 1997).

Hallé en el archivo histórico de estos dos periódicos que la etiqueta toponímica de “Montes de María” empieza a ser conjugada de forma masiva a mediados de los 90, coincidiendo con el recrudecimiento del conflicto y, precisamente, en las notas que hacían referencia a “problemas de orden público”. Para rastrear prensa sobre la región antes de ese momento, fue más sencillo a través de los nombres de municipios, o por el norte de Bolívar. De igual manera, en la prensa local (El Heraldó y El Universal) la mención a Montes de María es rara. Tanto en los periódicos de circulación nacional como en los regionales conjurar a Los Montes de María está evidentemente atado al conflicto, conjuro venido de



una imaginación histórica sobre un lugar en el monte entre las Marías<sup>28</sup>.

Las posibilidades de organización y lucha campesina en torno a la tierra que he descrito en la segunda sección del primer capítulo, fueron un detonador de la contrarreforma agraria. Gonzalo Vargas asegura que los grandes propietarios vieron amenazada su posición histórica - frente dominio de cuerpos y paisajes adhiero yo-, por el avance de las organizaciones campesinas en temas de propiedad y derechos laborales. En los 90, la llegada de los grupos paramilitares de Córdoba, que abatieron a los líderes de estos movimientos es disfrazada por el relato periodístico a través del mito de la

ausencia del estado y la presencia guerrillera. Quiero fabricar una contemporaneidad aquí: tal y como en el siglo XVIII, la imaginación de ausencia estatal legitimó la colonización y formalización/concentración de la tierra del monte, a finales del siglo XX, entre notarios y fusiles se propendió la seguridad de la gran propiedad privada y la “recuperación” de la tierra de la gente de bien<sup>29</sup>.

<sup>28</sup> Algunas de versiones sobre que el toponímico Montes de María (Díaz-Callejas, 1998; Fonseca-Truque, 1995) afirman que tiene origen en la fundación de poblados durante los primeros años del siglo XVI: La María, llamada más adelante María la Baja en relación con la Villa de María la Alta (más adelante se refundiría como la Parroquia del Carmen de Bolívar en el siglo XVIII). Según El Profesor Paz, el primer nombre que se le dio en la época de la Colonia a estas montañas fue la de la Sierra de Onne, en donde se encontraban la mayoría de asentamientos indígenas de la región, más tarde, durante e mismo siglo, por la fundación de las Marías, se le conocería como las Montañas, Serranías o Montes de María (Entrevista al Profesor Paz, 8 de junio de 2013. San Juan Nepomuceno).

<sup>29</sup> En la introducción he traído a colación una de mis primeras impresiones de Montes de María, en la que los panfletos paramilitares instan a cesar la actividades políticas de reclamo de tierras por parte de organizaciones afrodescendientes.

[...]En los 1990 incurrieron los primeros grupos paramilitares en Montes de María para coger las tierras que habían sido adjudicadas por la reforma agraria, tierras que nuestros papás habían recuperado por allá en los años 1970, porque eran tierras de grandes terratenientes que se habían logrado parcelar. En 1997 llegaron los paramilitares a la zona y pidieron reunirse con los campesinos en sitios estratégicos [...] se llevaron a nuestros líderes y nos dijeron que esas tierras no eran de nosotros que nos las habíamos apropiado con ayuda de la guerrilla y que nos teníamos que largar de ahí [...]<sup>30</sup>

El trazo de ese croquis de Colombia a través de imaginaciones y sentidos comunes, de un monte peligroso atestado de cuerpos violentos, particularmente la presencia de guerrilla, sirvió como legitimador de las acciones militares. De este modo, las columnas de opinión y notas periodísticas documentaron una atroz realidad nacional en esta región:

La violencia generada por la presencia de los frentes 35 y 37 de las Farc, de cuadrillas del EPL, del ELN y del EPR, así como de los grupos paramilitares de autodefensa campesina en la región de los Montes de María, ha originado nuevos desplazamientos de la población civil hacia los municipios de El Carmen de Bolívar, San Jacinto, El Guamo y San Juan. (El Tiempo, 4 de marzo de 1997)

Tras anunciar la guerra, en las imaginadas fronteras, en lugares como los Montes de María, vinieron voces que evangelizaron a la llamada opinión pública con las bondades de la política de Seguridad Democrática y el Plan Nacional de Consolidación Territorial<sup>31</sup>. La Seguridad Democrática fue una política estatal durante los gobiernos de Álvaro Uribe Vélez (2002 - 2010) que buscaba “proteger los derechos de los colombianos y fortalecer, con la solidaridad de la ciudadanía, el Estado de Derecho y la autoridad democrática, donde quiera que esté amenazada” (Presidencia de la República de Colombia, 2003). Esta política operó a través de directivas como El Plan nacional de Consolidación Territorial, mecanismo de ejecución que apuntaba a aterrizar el componente de control territorial de la Seguridad Democrática. Esta directiva de Consolidación Territorial se constituyó en Política de Estado durante el gobierno de Juan Manuel Santos (2010 - 2014).

---

<sup>30</sup> Entrevista a Gonzalo Vargas, 3 de julio de 2013. María la Baja.

Con los propósitos de la *Seguridad* y la *Consolidación*, también durante los gobiernos de Álvaro Uribe, Montes de María fue declarada zona en Estado de Conmoción Interior<sup>32</sup> y más tarde Zona de Rehabilitación<sup>33</sup>. Estas dos figuras jurídicas, permitieron una suerte de Estado de excepción localizado, y la aplicación de una de ley marcial, con la justificación retomar el control territorial, mancomunadamente con fuerzas paramilitares venidas a finales en la década de los 90 del departamento de Córdoba (De los Ríos, et. al, 2014: 9).

Como lógica de operación de estas estrategias de guerra, fue promovida la doctrina de “acción integral”, elemento constitutivo de estas políticas que proponen el uso militar de ámbitos civiles, por ejemplo, la intervención de las esferas económica locales, como estrategia de “consolidación territorial” (Bocchi, 2011; Tenhoff, 2011). Ambas intervenciones de control militar, tanto las coercitivas como las de económicas se justificaron a partir de la idea de “pacificar” territorios ocupados por cuerpos armados al margen de la ley y la obtención de una inmensa renta de riquezas naturales y acceso a los recursos proscritos por el conflicto. El gobierno intentaba (Álvaro Uribe 2002 - 2006), “controlar el territorio [con] metas como la seguridad vial para garantizar el derecho a la libre circulación de las personas y mercancías, proteger la infraestructura económica [...]” (El Tiempo, 3 de octubre de 2003). El imperativo de tales políticas consistía entonces, en recuperar y consolidar lo que la guerra (particularmente la guerrilla en el relato periodístico predominante entonces) había arrebatado a la nación: fincas, carreteras, selvas y montañas, recursos vírgenes, mercancías inmaculadas, y por supuesto la libre circulación de estas riquezas.

El relato periodístico precisó la atadura entre el desarrollo económico y la militarización: “La colaboración entre Fuerzas Armadas y Policía para garantizar la seguridad y tranquilidad en la subregión de Montes de María (Bolívar), debe ir acompañada del mejoramiento de las condiciones socioeconómicas y de una mayor presencia del Estado” (Sourdis, 1997). En esta nota de prensa es evidente el argumento de un supuesto

---

<sup>32</sup> Decreto Presidencial 1837, 11 de agosto de 2002.

<sup>33</sup> Decreto Presidencial 2009, 9 de septiembre de 2002.

abandono del estado desde el cual distintos sectores sociales, élites políticas y económicas, e incluso sectores campesinos, exigieron una presencia efectiva institucional a finales de los años 90. La idea del abandono, además de una imagen constitutiva de la geografía de Montes de María, fue el medio de acción desde el que se justificaron políticas de estado e intervenciones militares mancomunadas con las fuerzas paramilitares. Todo esto sucedió en procura de un supuesto desarrollo económico y la estabilización en seguridad de la región. Margarita Serje ha denominado a este aparente abandono estatal como “el mito de la ausencia del Estado”.

La “ausencia del Estado”, más que describir unas condiciones concretas y una situación político-social, hace parte de un conjunto de categorías – que cumplen el papel de mediaciones o de esquemas de interpretación – sobre la naturaleza del territorio y de sus poblaciones que son condición de posibilidad de una serie de prácticas, de políticas y de formas de intervención: es decir, de un cierto tipo de orden social (Serje, 2005: 98).

Este tipo de narraciones que invocan la ausencia del estado se conjugan en los sentidos comunes y los saberes expertos, como práctica del imaginar una geografía. En ese sentido, Montes María puede ser considerada una geografía imaginada a través de las cual se re-actualizan los relatos que legitiman la necesidad del control sobre espacios particulares.

Fue así que la demanda de una mayor presencia estatal en lugares como Montes de María, resultó en macabras alianzas entre las élites regionales (políticas y económicas) con los grupos paramilitares y por derivación con sectores del narcotráfico<sup>34</sup>. Todos estos actores buscaban, al igual que las políticas de Seguridad y Consolidación, el control territorial para la implantación de un proyecto regional y nacional económico, político y militar muy particular.

Los paramilitares se lanzaron a cooptar la representación política local y regional. Buscaban en realidad intervenir el Estado central para asumir las riendas del poder nacional, o

---

<sup>34</sup> Ya ha sido ampliamente documentado la relación entre las fuerzas paramilitares, el narcotráfico y las élites regionales en la Costa Caribe y en los Montes de María. Las investigaciones de ILSA (De los Ríos et al., 2012; 2013; 2014), el Grupo de Memoria histórica (2010; 2013), Bocchi (2011) y Tenthoff (2011) entre otros ha contribuido a documentar este fenómeno.

como lo consignaron en el Pacto de Ralito con congresistas y funcionarios públicos: “Refundar la patria”. El Pacto de Ralito —entregado por Salvatore Mancuso en su primera versión ante los fiscales de Justicia y Paz—demostró la alianza entre las estructuras paramilitares con amplios sectores militares, económicos, políticos y sociales de todo el país. Su objetivo era la formulación de un nuevo contrato social basado en la defensa de la propiedad privada y la preservación del control territorial, así como la estrategia para posicionarse como el tercer actor de la guerra y forzar una “negociación política con el Gobierno” (Grupo de Memoria Histórica, 2013: 160)

El Pacto de Ralito en el 2001, es un episodio importante para entender la articulación de ciertas ideas de territorialidad, naturaleza y estado en Colombia. En torno a dicho proyecto [espacial] neoliberal se movilizaron recursos para promover las acciones de recuperación militar de los territorios nacionales, acciones inseparables del acaparamiento de tierra y la consolidación de la gran propiedad privada. En esta historia de alianzas macabras, Montes de María ha sido tristemente protagonista, pues los números de despojo de tierra, se cree, rondan las 100.000 hectáreas (Grupo de Memoria Histórica, 2010: 168)<sup>35</sup>, con alarmantes cifras de desplazados y homicidios<sup>36</sup> asociadas a masacres y asesinatos selectivos. De este modo, el control territorial benefició a los grandes propietarios del sector agroindustrial y ganadero, vinculados también al narcotráfico y las élites políticas tradicionales. Aquí “lo territorial”, emerge como un espacio entre los límites del estado-nacional que deber generar utilidades. Estas visiones neoliberales conciben a la naturaleza como efectos capitalizables (en tanto mercancías) en esos territorios. Por su parte el estado es considerado como el aparato garante de la propiedad privada, de las condiciones de explotación de esos recursos naturales y de la circulación de mercancías. Con la imaginación de la ausencia se justifica la emergencia de otras formas de control y regulación para acceder a las garantías estatales y las rentas de la naturaleza. En el caso de

---

<sup>35</sup> Otros autores han recopilado información similar: “La región Caribe concentra la mayor proporción de tierra despojada en el país, el 38,2%, a pesar de ser la población desplazada que menos tierras poseía: solo el 48,6% de las familias reporta la posesión de tierras, según la Comisión de Seguimiento” (Bocchi, 2011: 28).

<sup>36</sup> Algunas instituciones del estado registraron en los Montes de María, entre 1996 y 2005, 49 masacres con 332 víctimas y 143.250 personas obligadas a desplazarse (De los Ríos, et al., 2012: 6). Teniendo en cuenta la parcialización de esta información, es posible que esas cifras se dupliquen en estudios más rigurosos, pues los datos son registrado solamente si una persona acude a alguna instancia oficial a denunciar un caso de desplazamiento forzado u homicidio.

Montes de María, la articulación entre agentes estatales y para-estatales ha sido fundamental para conseguir el control de los cuerpos y paisajes a través del fortalecimiento de la gran propiedad en detrimento de formas de subsistencia agropecuarias de pequeñas escala en la última década.

El relato que elaboró la prensa como respaldo a las políticas de intervención militar y económica, hila las cifras de la guerra con las promesas de consolidación, laboratorios de paz y desarrollo económico, escondiendo tras de sí vínculos y alianzas entre este desarrollo, la (para)militarización y el despojo de recursos ambientales a los pequeños productores. Una nueva bonanza se gestó: cierta versión de los humanitario junto a las perspectivas empresariales de la rentabilidad se ensamblaron permitiendo la entrada de empresarios del agro, conectados con las élites políticas y económicas de la región. Se izaron las banderas de desarrollo y la paz como imperativo que supuso otra buena excusa para expropiar de la tierra, y el trabajo a los campesinos....

La concentración de tierras y las inversiones financieras han buscado implementar entre otros, cultivos de palma aceitera y yuca amarga para la producción de agrocombustibles, plantaciones forestales y ganadería extensiva, proteger la infraestructura petrolera y asegurar el acceso a minas de carbón y cal” (Tenthoff, 2011: 3).

El resultado de la articulación entre el imaginar geografías violentas y el gestionar geografías productivas, considero, ha permitido una fuerte intervención en la dinámicas ecológicas y económica de los pobladores rurales de este lugar. Dicha intervención es expresada en la cotidianización del despojo del paisaje y los cuerpos, no solo a través de la coerción armada, sino de las concesiones venidas gracias a los significados comunes y convergencias de los proyectos espaciales de uno y otro sector.

Las dinámicas y lógicas asociadas a la agroindustria palmera y de maderables, especialmente de teca, son para mí un elemento fundamental para comprender cómo se ha configurado el monte y el ser campesino en Montes de María en los últimos 5 años. En efecto, las primeras imágenes que tuve de Montes de María fue la Troncal del Caribe dominada por las infinitas hileras de palma aceitera a un lado y otro de la carretera mientras



cruzaba por el norte de San Onofre (Sucre) y María la Baja (Bolívar). De un modo similar, en la Troncal de Occidente -paralela a la Troncal del Caribe en la zona montañosa de los Montes de María - desde San Jacinto, pasando por el Carmen de Bolívar, hasta Ovejas, es ineludible transitar junto prominentes bosques de teca, etiquetados con vallas de Argos S.A.<sup>37</sup> que declaran su inversión en el desarrollo de la región. Si bien la disciplina del paisaje que encarnan los cultivos de palma son equiparables a los bosques de teca, el cultivo de estos maderables se ha adaptado a zonas montañosas que trazan otro contorno del paisaje, para mí, no menos escalofriante que las hileras de palma en la zona llana (María la Baja, San Onofre y Mahates).

Sin lugar a duda, para los líderes y afiliados a las organizaciones dentro de OPDS con quienes dialogué, este paisaje está asociado a tres instancias: primero, a las incursiones paramilitares y el movimiento de contrarreforma que precedieron a al imperioso avance de los cultivos de palma y teca a finales de los 90 y mediados de los dos mil respectivamente. Segundo, a la crisis agropecuaria del arroz, como efecto parcial de la denominada apertura económica en la década de los 90. Y tercero, a los programas de inversión rural que beneficiaron a los grandes propietarios y sectores agroindustriales. Como bien ha sido documentado por los organizaciones defensoras de derechos humanos (ej. ILSA, 2012 y 2012; Bocchi, 2011; Tenthoff, 2010), una gran cantidad de predios que hoy se encuentran en manos de los empresarios de la palma<sup>38</sup> (llamados así localmente), y Argos S.A, han sido reclamados por las organizaciones campesinas de víctimas y desplazados como tierras despojadas durante el conflicto.

Hubo también una crisis en la economía campesina de Montes de María y sobretodo en María la Baja, porque era una zona arrocera y maicera, pero como que el gobierno ayuda a tumbar toda esa economía campesina, pues nos deja solos... quedamos endeudados con la Caja Agraria, las cosechas se perdieron, mejor dicho un crisis profunda. Ahí

---

<sup>37</sup> Argos S.A es una empresa multinacional dedicada principalmente a la producción cementera que a incursionado de forma masiva en el negocio agroforestal desde mediados de los años 2000. En Montes de María, utilizó hasta hace un par de años la figura subsidiaria de Reforestadora del Caribe S.A.

<sup>38</sup> Entre estos, los campesinos reconocen a Carlos Murgas, exministro de agricultura (durante el gobierno de Andrés Pastrana). La operación palmicultora de Murgas parece operar a través del Grupo Empresaria Oleoflores.

entro la palma, nos la pusieron como la solución porque era más rentable que el maíz, y muchos campesinos, sobretodo en María la Baja se pusieron a trabajarle a la palma. Como en el 2003 vuelven los paramilitares, ahí si más fuerte que antes, nos mataron a varios compañeros de nuevo y esa tierra quedó otra vez ahí abandonada, todo se perdió, los animales, los cultivos, todo... y ahí empezó la compra masiva e tierra, el señor Carlos Murgas implemento el monocultivo de palma en María la Baja, pero también en las Zonas bajas del Carmen, las parcelas de campesinos pasaron a grandes terratenientes para la ganadería extensiva [...] también en San Jacinto, San Juan, El Carmen, Ovejas y parte de María la Baja se está aplicando el monocultivo de maderables como la melina y la teca.<sup>39</sup>

Sin embargo, las estrategias de acaparamiento de tierra y recursos ambientales para la agroindustria sobrepasan el relato del conflicto armado, pues el despojo del monte (trabajo y tierra) ha sido también posible por la imaginación histórica de Montes de María como región productiva que tiene que ser explotada a toda costa. Como he relatado en el primer capítulo, la historia de los monocultivos excede al presente agroindustrial: las bonanzas arroceras y tabacalera, entre otras, precedieron a la palma y la teca. De este modo, los empresarios agroindustriales encontraron un terreno abonado de siglos de intervenciones y disputas que desembocaban una y otra vez en imaginar esta región como un espacio productivo, inasequible por lo inhóspito (capítulo 1), o la violento de su geografía .

En lo productivo-económico, la región, reconocida como una despensa agropecuaria departamental, avanza hacia la posibilidad de convertirse en un importante centro de proyectos agroindustriales (con énfasis en biocombustibles) articulados a la dinámica de la globalización de los mercados. (Daniels, 2011).

Este tipo de discursos productivistas y rentabilistas han sido propicios para que algunas organizaciones de base campesinas y pequeños propietarios vean en la agroindustria una alternativa de sustento. Sucede así porque aparentemente es una actividad más rentable y alimentada por grandes capitales privados (Argos y Oleoflores) y subsidios gubernamentales (AIS, Alianzas Productivas, Laboratorio de Paz) y subvenciones multilaterales (Banco Mundial, Cooperación Internacional, Unión Europea). De este modo la cesión y arrendamiento de terrenos por parte de pequeños propietarios campesinos, para

---

<sup>39</sup> Entrevista a Gonzalo Vargas, 3 de julio de 2013. María la Baja.

la producción agroindustrial, finalmente uno de los mecanismo de despojo (Ojeda et al., 2014), fue inicialmente consentida por estos pobladores rurales.

A pesar de que los líderes de OPDS son contundentes en oposición al avance de la agroindustria, pues denuncian que este negocio está deteriorando y negando sus posibilidades de subsistencia, muchos de los campesinos (algunos participantes de OPDS y otros fuera de esta organización), no ven en la palma y la teca algo enteramente perjudicial. Para María y sus vecinos de la finca Macedonia (capítulo 2), por ejemplo, las propuestas por parte de emisarios de Argos S.A, para sembrar pequeños bosques de teca en la finca, no le parece descabelladas, pues plantea una fuerte oportunidad de ingresos. A María y sus compañeros les han prometido 50 mil pesos por metro cuadrado de teca sembrada, además de la promesa de hacerse partícipes del cuidado del medio ambiente por sembrar bosques captadores de carbono.

Para la gente de AsoCeiba, vecinos de Macedonia, y quienes escucharon el rumor de la teca, es una gran desventaja estar situados tan cerca del Santuario de Flora y Fauna (SFF) de los Colorados, pues son conscientes de que la legislación ambiental los sitúa en la ronda del SFF, y no podrían llevar a cabo un proyecto agroforestal como el que creen se les ofrece a sus vecinos. Raúl, por ejemplo, afirma que este tipo de negocios les solucionaría en gran parte los problemas de pérdidas que les dejan las actividades agropecuarias, además de ahorrarles el trabajo que significa los cultivos transitorios de yuca, maíz y ñame. En ese sentido, la agroindustria empata con las expectativas de productividad y rentabilidad de muchos campesinos quienes buscan la inserción en mercados regionales y nacionales. La promesa de la cooperación técnica de las empresas para este tipo de cultivos es en otro elemento ligado a las expectativas de productividad y rentabilidad.

Del otro lado de las montañas, en María la Baja, la palma ha generado expectativas parecidas. Durante un taller de cartografía social, preguntando por las visiones a futuro de la vida campesino y de la región, el hijo de uno de los líderes del Arroyo, dibujó un edificio con piscina, como los que ha visto en Cartagena. El dibujante nos explicó que quería estudiar para ser un técnico químico de la palma. Esta afirmación contrastaba la

postura de su padre Alfredo quién hace una fuerte crítica a la presencia de los palmeros en María la Baja y los efectos en las posibilidades laborales en este escenario económico. Para muchos de pobladores jóvenes rurales de la corregimientos rodeados de palma que visité (San José del Playón, La Suprema, Paso el Medio y Matuya), según el mismo Alfredo reconoce, estar empleado por la agroindustria es un privilegio que les permite tener salario y en proporción a este un estatus dentro de sus poblaciones. El salario posibilita el acceso a bienes y servicios que muchos de los pobladores, campesinos desplazados sin tierra, no tienen, entre ellos moto, celular y vivienda.

Cada quincena pagada por las plantaciones de palma, los obreros regresan en la tarde a los centros poblados del Playón y Matuya, al rededor de las represas, y empiezan a pedir cerveza y licor en las tiendas de estas poblaciones. Se prende el *picó*, un tradicional sistema de sonido en este lugar, y los más jóvenes, hombres y mujeres empiezan a rodear a los obreros mientras las canastas de cerveza van y vienen. Algunos cuerpos se acercan a bailar, los de las mujeres jóvenes con los de los obreros de la palma. Las dinámicas de configuración del monte se ven actualizados en los cuerpos de los obreros de la palma, los nuevos poseedores de la fuerza de trabajo efectiva en términos de las expectativas de productividad y rentabilidad de la agroindustria. Incluso Alfredo, propietario de una pequeña tienda, y a pesar de ser consciente de los perjuicios que han causado la dinámicas de la palma, se ve entrelazado en esas dinámicas, pues su negocio es beneficiado por la lógica salarial de la palma. Lo que quiero plantear aquí es como la dimensión económica de un proyecto espacial neoliberal es un asunto no sólo de la presunción de redistribución de las utilidades, es este caso bajo salario, sino que implica una fuerte intervención sobre el deseo y las expectativas de bienestar.

De manera parcial suceden dos efectos de gobierno: identificación y atomización. Incluso quienes más marginados y excluidos por las mercantilización del paisaje y el trabajo sueñan para si ser obreros asalariados, con utilidades individualizadas, a costa del bienestar colectivo de sus coterráneos. La identificación sucede a este nivel del deseo y las expectativas de bienestar, pues se configura un sentido de cuerpos homogeneizados por un horizonte de justicia distributiva (O'Connor, 2001: 392) donde el consumo equitativo de

mercancías oculta grandes asimetrías en las posibilidades de decisión sobre los horizontes económicos y ecológicos de estas poblaciones. En resumidas cuentas se producen sentidos y deseos comunes en clave del capital. Por su parte, el efecto de atomización, es evidente en la ruptura de redes de solidaridad productivas en donde prácticas alternativas al salario, como por ejemplo la mano cambiada, las actividades de trabajo en las parcelas comunitarias, y las redes de solidaridad y de intercambio de productos agropecuarios no monetizados son segregadas por la lógica salarial, que permite un acceso individualizado a bienes y servicios.

Por tanto, la marginación económica y ecológica de los cuerpos campesinos, sucede de forma paradójica, pues la promesa del desarrollo esta emanando todo el tiempo una aparente circulación de bienes y servicios a través de la oferta laboral asalariada, y la vinculación masiva de mano de obra no calificada. Las condiciones de trabajo ofrecidas y la apuesta de la industria por hacer eficiente la ecuación entre cuerpos y productividad, contrastan con la posibilidad de bienestar de una gran mayoría de pobladores que desean, o han deseado en algún momento, acceder a los beneficios de la palma pero por el contrario se encuentran con oclusiones y embudos distributivos del desarrollo agroindustrial.

### *3.1.1. Alianzas productivas: mercados ambientales y mercados de paz*

Entender como ha operado esta geografía de la gestión, es posible con el rastro histórico de las Alianzas Productivas. Estas son la estrategia predilecta para llevar a cabo acuerdos asimétricos de producción entre campesinos y empresarios que se enmascaran de sociedades económicas equitativas (ver Ojeda et al, s.f.). Apelar por el potencial de estos cultivos como actividad rentable para los pequeños productores y generador de empleos para mano de obra no calificada en las plantaciones, soslaya las complicaciones y costos inherentes a la producción intensiva de cualquier monocultivo industrial además de la poca demanda laboral que este tipo de negocios tienen:

La principal característica de los Planes Nacionales de Desarrollo de los periodos 2002-2006 y 2006-2010 en cuanto al sector rural, campesino y agrícola ha sido la prioridad dada al fortalecimiento de un modelo que privilegia los gru-

pos empresariales por medio del otorgamiento de incentivos y de protecciones discriminatorias (Bocchi, 2011: 2).

La palma aceitera fue introducida en este contexto de las políticas de inversión rural de finales del siglo XX y comienzos del XXI. En el relato de los líderes campesinos con quienes dialogué, pude situar la emergencia del negocio palmero en 1998. Algunos, como Gonzalo Vargas, recuerdan que se hablaba de la palma como una alternativa productiva a gran escala para sortear la crisis derivada de la apertura económica durante principios de esa misma década.

La palma fue impulsada a través de la Política de producción de agrocombustibles en Colombia<sup>40</sup>, que buscaba “expandir los cultivos de biomásas conocidas en el país y diversificar la canasta energética, dentro de un marco de producción eficiente y sostenible económica, social y ambientalmente, que permita competir en el mercado nacional e internacional” (Conpes, 2008). Esta política propuso incentivos económicos y tributarios amarrados al programa de Agro Ingreso Seguro (AIS)<sup>41</sup> recordado como uno de los desfalcos financieros más grandes del país, que benefició a los grandes empresarios y hacendados con la coartada de ser un programa de beneficiaba a los pequeños y medianos productores rurales (Semana, 2009): “Uno de los cargos que le hizo la Corte Suprema de Justicia al exministro Andrés Felipe Arias, [ejecutor del AIS ] fue el haber utilizado el programa estrella del gobierno Uribe en el sector rural para compensar favores políticos” (Rugeles, 21 de julio de 2014). Según este artículo, la empresa palmicultora Oleoflores LTDA, que opera en María la Baja financió con cerca \$50.000 millones la campaña a la presidencia de Uribe (2002), y recibió años más tarde, a través de AIS, alrededor de 290.000 millones. Algunos campesinos participantes OPDS, recuerdan como fueron citados a una reunión en el 2007, en los que el entonces ministro de agricultura Andrés Felipe Arias junto a Carlos Murgas (accionista de Oleoflores y exministro de Agricultura) los instaron a participar y dejar utilizar sus tierras para cultivar palma como

---

<sup>40</sup> Conpes 3510 de 2008.

<sup>41</sup> AIS fue una política agraria desde la versión oficial, buscó proteger los capitales de productores para amortizar los efectos de la competencia en mercados externos y mejorar la competitividad de estos productores (Ley 1133 del 2007)

socios de grandes empresarios agroindustriales, “amigos personales, decía el ministro”, recuerdan algunos campesinos que afirmaba Arias.

El aparente éxito de los agrocombustibles no solo recayó en la rentabilidad por sobreexplotación de la tierra ajena (la tierra que algunos campesinos cedieron), sino que la imagen políticamente correcta de ser un producto sostenible (económica, social y ambiental) que beneficiaba a los pequeños productores de Montes de María afectados por el conflicto, hace parte del eje publicitario. A través de la garantía de sellos y certificaciones como RSPO (*Roundtable for sustainable Palm Oil*), Oleoflores LTDA afirma que: “Los cultivos de Palma de Aceite que hemos sembrado, se han establecido, sin necesidad de destruir bosques nativos, ya que se han desarrollado en áreas que antes se venían explotando en cultivos transitorios (arroz, maíz, sorgo, plátano), o en ganadería”. Incluso afirman que las plantaciones de palma ayudan a la fijación de Gas Carbono (Oleoflores, 2014). Este tipo de sellos certifican supuestos estándares ambientales y sociales de producción del aceite de palma, invisibilizando los impactos socioecológicos de un monocultivo. Según Cesar Dueñas y Jair Roa agrónomos de CDS, la palma requiere de grandes cantidades de agroquímicos que terminan vertidos en el suelo y fuentes de agua. Durante un taller de cartografía social, mujeres campesinas de María la Baja, a unísono, recordaban como antes de las plantaciones de palma, las personas podían tomar agua de los canales y represas del distrito de riego de María la Baja. Muchos hombres campesinos en estos talleres, también recalcan que la automatización de procesos les permite prescindir de mano de obra campesina, que tradicionalmente como aparceros y trabajadores de cultivos de tabaco, caña, maíz y arroz tenían permanente trabajo en fincas y plantaciones.

El caso de la teca no es muy distinto al de la palma. Este cultivo como apuesta agroforestal de gran escala en Montes de María se remonta a comienzos de los años 80, cuando Argos S.A, se introdujo en el negocio. Algunos líderes campesinos como Enrique Pérez de La Esperanza recuerdan que la empresa tiene una larga relación en la región, pues muchas personas trabajaban en la planta de Cemento en Tolúviejo. Esta relación se empezó a deteriorar a mediados de los 2000 cuando Argos se vio involucrado en compras irregulares de predios ocupados y titulados durante los desplazamientos forzados (2000 -

2006). Desde el 2002, con la legislación para el Mercado de Emisiones de Carbono motivada en los gobierno de Álvaro Uribe, el avance de estos cultivos agroforestales de incrementó notablemente. El andamiaje moral-ambiental que se ha diseñado para los cultivos de teca está constituido a partir en los llamados de Mecanismos de Desarrollo Limpio (MDL) que tienen como objetivo la mitigación del cambio climático. Según Tenthoff (2011) estos mecanismos tratan de la mercantilización de las condiciones ambientales afectadas por el llamado cambio climático.

A través de un Mercado de Emisiones de Carbono, empresas de la industria extractiva que degradan las condiciones

ambientales de los lugares explotados, compran compensaciones ambientales en forma de Certificados de Desarrollo Limpio (CDL) para mitigar su impacto medioambiental. Los CDL son emitidos y regulados por La Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio



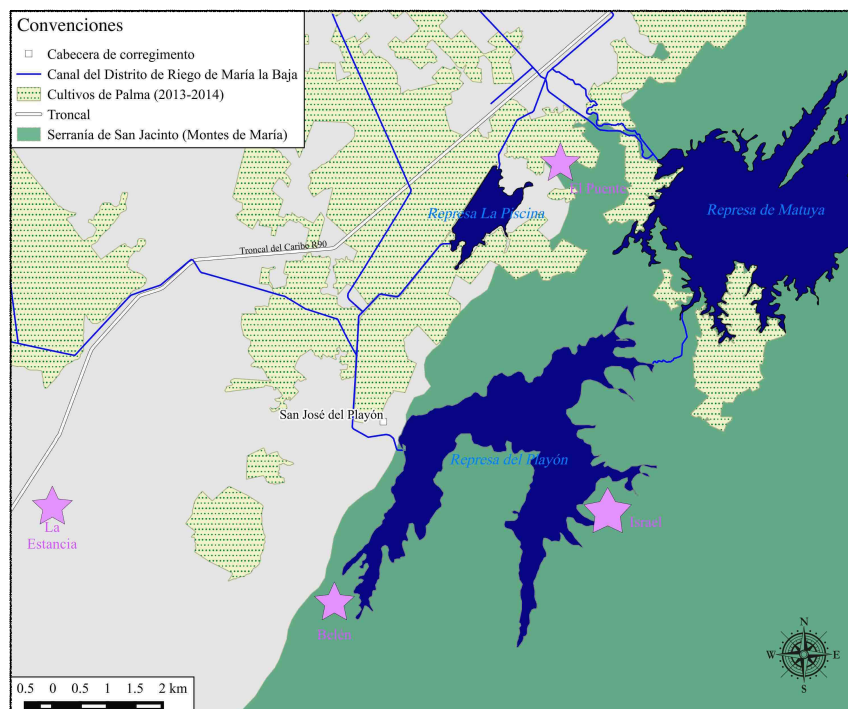
*Imagen 6. Cultivo de palma cercando viviendas. María la Baja.*

Climático y puestos en circulación a través de empresas transnacionales dedicadas a la comercialización de estos certificados quienes compran la oportunidad de certificado (hectáreas de bosque captadores de carbono) a proyectos de reforestación o de generación de energía limpia como el caso de la Reforestadora del Caribe, propiedad de Argos en Montes de María. Organismos multilaterales como el Banco Mundial (BM) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y la Cooperación internacional norteamericana (USAID), aportan grandes sumas para financiar a proyectos como el de Argos, por ejemplo Crece en Verde Gestión Forestal, motivando supuestamente dinámicas economías sostenible y limpias. En el caso de Montes de María el proyecto agroforestal de la teca se



vio amparado con la Ley 788 de 2002 que brindaba beneficios tributarios a este tipo de iniciativas (Tenthoff, 2011).

Ambos monocultivos inexorablemente producen un fuerte deterioro en las condiciones ambientales del paisaje. La poca variabilidad genética de especies e intercambio ecológicos de las entidades no humanas hace vulnerables a los cultivos a plagas obligando, al uso intensivo de fuertes agroquímicos que resulta en la erosión del suelo y contaminación de fuentes de agua (Yapa, 1993: 267). Muchos de los efectos estos agroquímicos, posiblemente derivados del glifosato (Tenthoff, 2011: 10), han sido reportados por los pobladores, como de Rodolfo en María la baja, y Andrés en Ovejas, que acusan envenenamientos en humanos y animales asociados a las fumigaciones de las plantaciones. De este modo, los sellos y certificados de *Imperativos Verdes*, ocultan los perjuicios y asimetrías fecundos para la permanencia de estos proyectos agroindustriales en el monte.



**Mapa 6. Cultivos de Palma en represas de Playón, Piscina y Matuya. María la Baja**

Fuente: Elaboración propia con información geográfica del IGAC y Talleres de cartografía social, *Imperativos verdes* (Pava, Mahates [Bolívar], Febrero de 2014).

Las Alianzas Productivas Para Paz (APPP), son financiadas por el Banco Mundial con cerca de U\$22 millones y una contrapartida del Estado Colombiano de U\$18 millones (DPS, 2009), como programa bandera de la intervención económica en regiones y situación de vulnerabilidad en

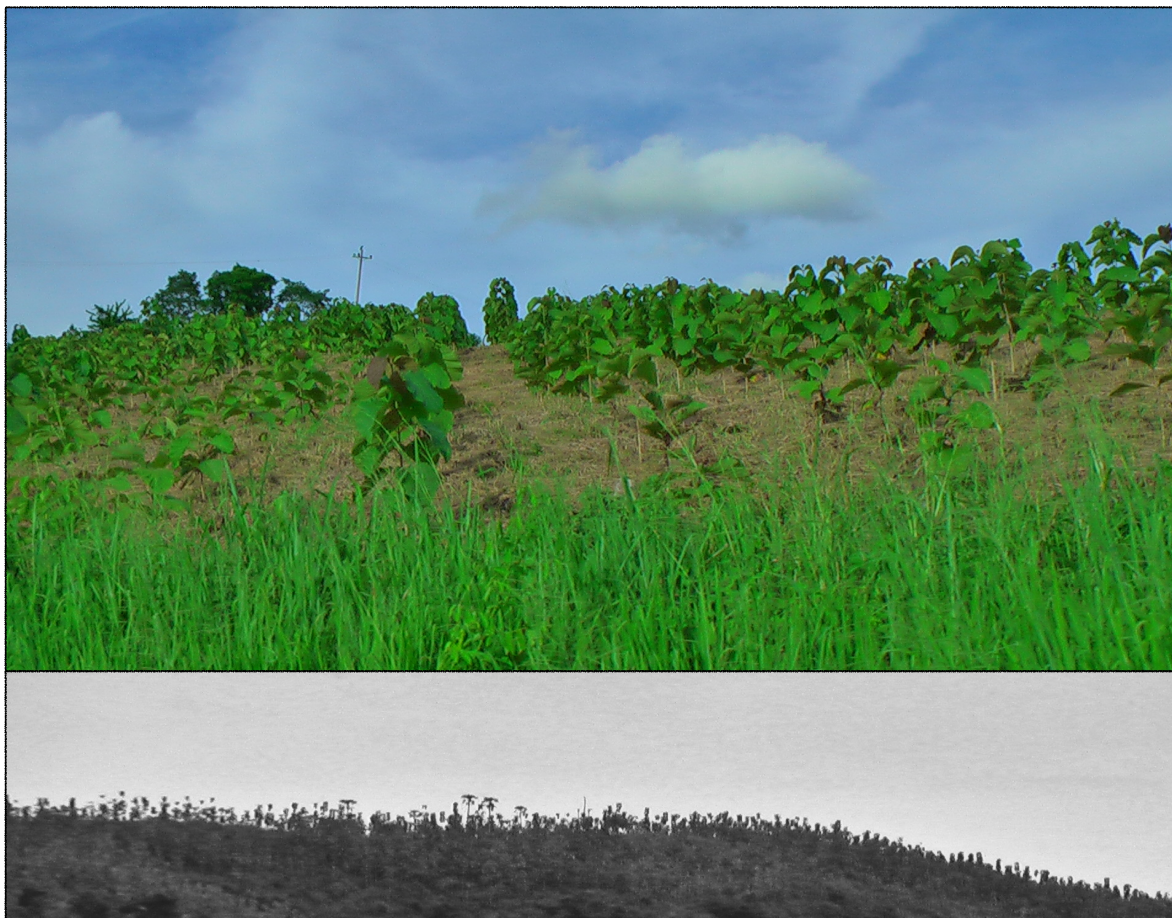
seguridad y atraso económico (DPN, 2009). Este programa, aparentemente, buscaba establecer relaciones entre organizaciones de “pequeños productores” (propietarios de 2 o menos Unidades Agrícolas Familiares [UAF]) y empresarios agroindustriales que financiarían los procesos de transformación de las materiales primas explotadas por los pequeños productores para darles valor agregado. En Montes de María, este programa estuvo entrelazado al PDP, como iniciativa que vinculó al sector empresarial a las estrategias de “acción integral” (Bocchi, 2011: 75). Según me contó Andrés Pérez, un líder campesino de Ovejas, funcionarios de USAID estuvieron ofreciéndole dinero para convencer a su organización de entablar una de estas alianzas. Andrés logró averiguar que el proyecto detrás de la alianza pertenecía a miembros del ejército beneficiados por un préstamo para un proyecto de captación de carbono. Andrés terminó por rechazar la oferta, pues le parecía sospechoso e inseguro que miembros del ejército estuvieran desarrollando proyectos agroindustriales, estando implicados en la presión que ejerció Argos S.A, para comprar irregularmente una gran porción de tierra de las fincas en su vereda, Nueva Esperanza y en el constante asedio y hostilidades pasivas del ejército en una base cercana a este lugar.

Los relatos de algunos campesinos de María la Baja cuentan como la puesta en marcha de la APPP se hizo efectiva a través de funcionarios del INCODER (del Ministerio de Agricultura de Desarrollo Rural) y Acción Social, junto a delegados de Carlos Murgas quién lideró desde el sector empresarial. En la práctica, para los campesinos, no es muy claro cual es el límite entre el programa de APPP y AIS, pues en las dos coincidieron los mismos personajes haciendo promesas similares de desarrollo y rentabilidad para los pequeños propietarios.

Particularmente, las APPP fueron presentadas como un programa de intervención estatal vinculado al desarrollo económico de pequeños productores agropecuarios, tomando como parámetro una situación de propiedad de la tierra inverosímil. Estas empresas buscaron a través de asesorías legales a los poseedores (sin escrituras legalizadas) la formalización de los títulos, que convenientemente fueron la garantía de la alianza por parte de los pequeños propietarios. Finalmente, los títulos pasaron a manos de los grandes

palmiticultores, pues muchos de los pequeños productores terminaron endeudados por las poca eficiencia del cultivo.

Para varios líderes campesinos este programa de inversión económica, se reviste de



*Imagen 7. Bosques de teca de Argos S.A en Ovejas.*

humanitario con la idea de un programa para la paz, sin embargo trae consigo grandes riesgos para el campesino. La propuesta supedita el acceso a los beneficios económicos a propietarios formales de tierra, formulando que el requisito mínimo para participar en este programa es de 2 unidades agrícolas familiares (UAF) (DNP, 2009). En esta región la UAF fue establecida, entre 35 y 48 hectáreas de tierra (según su ubicación), situación que no logran cumplir un alto porcentaje de pequeños productores que no tiene más de una UAF (menos de 35 hectáreas de tierra) (OPDS, 2014). Según la investigación “Economía

Campeſina”, adelantada por OPDS en el marco del convenio “Protección, restablecimiento y protección en los Montes de María” (Convenio 10-C01-054), de forma no representativa, el 67% de los encuestados dicen no tener tierra. Del 27 % restantes (campesinos con propiedad) la mitad no tienen escrituras. De igual manera del 27% de propietarios el 92% (25% de la muestra total) tienen menos de una UAF, y el 70



**Imagen 8. Plantación de palma y humareda de las emisiones de planta extractora en San José del Playón.**

A diario el hedor de los procesos de extracción de la palma recorre decenas de kilómetros a la redonda al sur de María la Baja.

% (16% de la muestra total) tienen entre 1 y 5 hectáreas de tierra (ver Gráfica 1). En términos más amplios (en el lenguaje mismo económico de del estado) el índice GINI de concentración de la tierra<sup>42</sup> en Montes de María ronda los 0.72 (MIC y CDS, 2014), y en poblaciones como María la Baja alcanza los 0.86 (IGAC, 2012). Esto quiere decir que una gran cantidad de pobladores rurales que se reconocen como pequeños productores no tienen tierra o tienen muy poca . Además muchos son poseedores sin escrituras legalizadas. Esta situación respalda la denuncia de varios líderes de OPDS, que afirman que todo el aparato legal del gobierno se ha movido junto a los empresarios bajo la promesa de restitución y legalización de tierra para los campesinos, cuando lo que buscaban era una forma de legitimación del despojo a través de mecanismos financieros y bancarios que los títulos de tierras permitían. Así, el problema de la propiedad de la tierra cobra así matices más complejos, pues se busca una legitimidad del despojo a través de este tipo de transacciones ridículas, que además de arrebatar las pocas hectáreas de tierra de los pequeños productores, busca asegurarse una certificación de un accionar social y ambientalmente responsable.

En esta sección he querido trazar las condiciones de operación de las geografías de la imaginación para darle paso a las geografías de la gestión. Las imaginaciones de territorios

<sup>42</sup> Definido como: a mayor concentración el índice se acerca a 1 y a menor concentración a 0.

inhóspitos del siglo XVIII se reactualizan en mis propias imaginaciones de geografías violentas, que han servido como legitimador de intervenciones militares y económicas conjuntas. La operación económica se despliegan en proyecto de inversión social para el desarrollo revestidas y asociadas a los programas de paz. Las APPP se justificaron a partir de los imaginarios de pobreza y subdesarrollo y de imperativos ambientales ficticios, pero la manera operar solo perpetúa el acceso desigual a la tierra y los recursos de inversión agraria así como posibilita condiciones ecológicas perjudiciales para la población campesina. Es evidente que la paz y el desarrollo (sostenible, verde) operan como imperativos morales que ocultan otras prácticas hostiles contra el bienestar de estas poblaciones rurales.

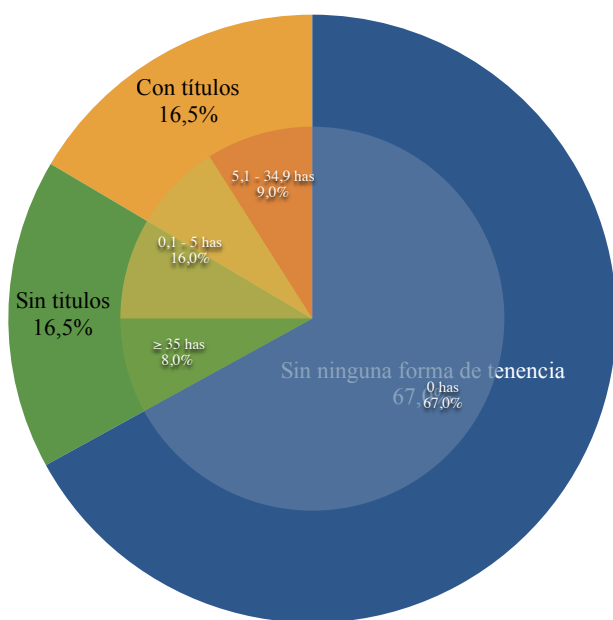
### 3.2. Retornar al monte y hacer territorio

En esta sección pretendo dar continuidad al relato de las formas de interacción campesinas (ecológicas y económicas) del segundo capítulo a la luz de las fricciones resultantes del proceso de sedimentación del paisaje agroindustrial que he presentado en

este capítulo. En seguida quiero explorar algunas alternativas de articulación frente a los debacles de las organizaciones campesinas en esta coyuntura a partir del viraje de la recuperación de tierra a las ideas de “defensa del territorio”.

Como señale en el segundo capítulo, durante la segunda mitad de la década del 2000 una tensa calma permitió el retorno laboral de cientos de campesinos desplazados años antes. Como parte de las

Gráfica 1. Tenencia de la tierra entre campesinos de Montes de María. Elaboración propia a partir de datos de Investigación de Economía Campesina (OPDS, 2014).



políticas de seguridad y militarización que he presentado en la sección anterior, se desarrollo un proceso de paz con los paramilitares bajo la Ley de Justicia y paz (Ley 975 de 2005). Dicho proceso ha sido considerados como ficticio, pues muchas estructuras militares derivadas de estos grupos (conocidas como bandas criminales) siguieron operando como fuerza paraestatal, desvirtuando las atenuaciones que el gobierno presentaba como simple organizaciones criminales (VerdadAbierta.com, 2014). En esta región la desmovilización en el 2004 del bloque Héroes Montes de los Montes de María, dio pie a que muchas de las familias desplazadas retornaron laboralmente a sus parcelas. Este retorno fue parcial pues ya no pudieron habitar sus antiguas fincas. Para la segunda mitad de la década del 2000 la región había sido aparentemente pacificada, y los efectos de estas acciones militares para conseguir la estabilidad económica y política impactaron en los cuerpos y paisajes de muchos campesinos de la región. Como he mostrado en el segundo capítulo estas marcas son evidentes en las configuraciones del paisaje corporal, por ejemplo en los intentos de estabilización de la idea del monte como un espacio de hombres, a partir de una preocupación por la seguridad de las mujeres en la parcela.

Según los relatos de algunos líderes de OPDS tras la desmovilización de un grupo denominado Fantasmas de los Héroes de los Montes de María (asociados a las llamadas bandas criminales) resurgió como cuerpos espectrales de un pasado de masacres que contornean el monte en una cotidianidad de miedo y ausencias. Durante mi trabajo de campo, la noticia de las acciones de estos grupos como asesinatos selectivos, fueron mencionados varias veces por líderes de OPDS enterados de lo que pasaba en la región tras las bambalinas de la Consolidación Territorial y la Seguridad Democrática. En consecuencia, retornar al monte para muchos de estos campesinos significó tener que lidiar con estas nuevas condiciones de trabajo, pues la estela espectral del rumor y el miedo siguieron siendo tan efectivas como el fusil, para propiciar un monte ausente de cuerpos campesinos.

Después de un año, nadie se reapropió de las tierras se quedaron ahí abandonadas, no hubo tanto control de los paramilitares en ese momento, entonces volvimos a retomar las organizaciones pensando en que ya había pasado lo peor... ahí todos hacinados en la ciudades sin poder darle de

comer a toda esa gente y esas tierras ahí abandonadas, pues decidimos hacer un retorno laboral por nuestra cuenta, sin apoyo de nadie íbamos y trabajábamos y regresábamos a nuestros sitios de asentamiento y así aguantamos necesidades y dificultades, los caminos se nos averiaron y tratamos de mantener las organizaciones hasta cierto punto, porque había mucho temor<sup>43</sup>

La posibilidad de mantener las estructuras organizativas, hasta cierto punto clandestinamente, fue la participación de las mujeres campesinas no sólo como afiliadas, sino como cuerpos políticos activos (capítulo 2). Según cuenta Gonzalo Vargas, desde finales de la década de los 80, con el surgimiento de los ejércitos de contrarreforma, las organizaciones campesinas resultaron amparadas tras la imagen apolítica y hasta cierto punto de ingenuidad que proyectaban las mujeres y los niños frente a los actores vinculados al movimiento de contrarreforma (policía, ejército, terratenientes)<sup>44</sup>. De hecho, Gonzalo, cuenta como se salvo de ser detenido por la policía, tras una toma de tierras en María la Baja, por ser menor de edad y permanecer junto a las mujeres durante la redada. Quiero dejar aquí enunciado como las posibilidades de retorno también estuvieron vinculadas al accionar organizativo de mujeres campesinas, que frente al asesinato de sus maridos, hermanos y padres, y a pesar del riesgo que parecía representar los fantasmas del monte, se vincularon activamente en las cuadrillas de trabajo y en las organizaciones defensoras de derechos.

Una de las preocupaciones de estas organizaciones, según el relato de Gonzalo, fue el problema del abandono, el cual consiste en la ausencia de los cuerpos campesinos en el monte que se manifiesta entre otras, en el detrimento de las mejoras agrarias (caminos averiados, escombros de casas) y en una configuración del paisaje mas cercano a la naturaleza salvaje (capítulo 2). Algunas veredas que visité alrededor del Represa de Playón, en las fronteras administrativas de San Onofre (Sucre), María la Baja (Bolívar) y el Carmen de Bolívar (Bolívar), están habitadas por el abandono. Valerio narra que los antiguos

---

<sup>43</sup> Entrevista a Gonzalo Vargas, 3 de julio de 2013. María la Baja..

<sup>44</sup> Según Vargas, la policía y el ejército no sólo ejecutaba desalojo a ordenes de los terratenientes, sino que fueron quienes dieron la información para cometer los asesinatos selectivos de líderes a los grupos paramilitares en las década de los 90.

pobladores de Belén, hoy una gran parte miembros de AsoBelén, habían terminado viviendo en San José del Playón, desplazados por los rumores de muerte, el acecho paramilitar, y las masacres cometidas en veredas cercanas. San José del Playón era el poblado más cercano y aparentemente más seguro para escapar. A pie, la parcela de Belén, queda más o menos a dos horas de San José Playón por un camino real o manga, que conecta otras veredas y caseríos del noreste de San Onofre y la franja occidental Carmen de Bolívar.

Caminamos desde la represa por la manga vieja durante media hora hasta llegar a las ruinas de lo que era el colegio y algunas casas de Belén. El monte ocupando por los escombros de la antigua escuela y de las paredes de las viviendas, cultivos escondidos entre el bosque, presenta una imagen para mí paradójica de estas marcas: la manifestación del despojo del trabajo y la historia latente en los cuerpos, y la potencialidades de supervivencia a través de la organización social. Aris, quien lideró , entre otras mujeres el retorno a la parcela, relató las historia reciente de Belén:

Aquí comenzaba Belén, todo esto era Belén y esto fue lo que quedó, después de tanto trabajo que pasamos, que los papás, los abuelos de nosotros pasamos, quedó fue el abandono[...] es que esto era otra cosa antes, todo eso que es monte ahora eran casas, era un pueblo y ahora no queda nada [...] mis hermanos sí prefirieron venirse acá, pero todo el resto nos da miedo, no sabe uno en cualquier momento se pone la cosa mala otra vez.<sup>45</sup>

Valerio Mosquera, otro de líderes más visibles continuó el relato de Aris:

[...]todo esto eran casas, y estaba lleno de vida, de gente[...] el abandono dejó que el monte se comiera todo el trabajo[...] cuando nos desplazamos, la Junta de Acción Comunal ya estaba luchando por la energía [servicio de energía eléctrico] [...] esto sería ya un pueblo con todo lo que se estaba luchando [...] todo esto era terreno limpio, era un pueblo que iba progresando de a poco.<sup>46</sup>

Aris y Valerio, se referían en esta historia campesina de Belén antes del desplazamiento, tanto a las mejoras agrarias de una parcela, conseguidas desde la práctica

---

<sup>45</sup> Aris Mosquera, grabación del recorrido por la parcela de Belén, julio de 2013.

<sup>46</sup> Valerio Mosquera, grabación del recorrido por la parcela de Belén, julio de 2013.



“limpiar el terreno” (capítulo 2), y por otro lado, a las mejoras en infraestructura procuradas por la gestión realizada a finales de los 1990 por la Junta de Acción Comunal de Cayeco para acceder a la red eléctrica. Justamente este relato muestra las relaciones de co-producción del monte como órgano del paisaje corporal campesino, que significó además



*Imagen 9. Escombros de la casa de Gonzalo en una finca de María la Baja.*

del sustento económico, las condiciones de existencia físicas y morales del campesino.

La historia del trabajo productivo y organizativo, es decir los esfuerzos corporales de estas poblaciones para movilizar su historia hacia horizontes de bienestar, si bien han estado articuladas al capital y ciertas lógicas de mercado, no

pueden ser transadas ni reducidas solamente a mercancías, pues son invaluableles las transformaciones morales y físicas que dan sentido al existir como campesinos en Montes de María, sentido que desborda las lógicas de cuantificación y rentabilidad del mercado, asociadas a la compra masiva de tierras por parte de la agroindustria.

Como he trazado en los anteriores capítulos, los reclamos de líderes campesinos como Valerio y Aris suelen ser enunciados desde un pasado idílico de seguridad, bienestar y tranquilidad en el que vivienda y la finca estaban entrelazados en las interacciones espaciales. Los beneficios de tener la parcela al lado de la vivienda tiene profundos efectos en las formas en las que se concibe el trabajo y la supervivencia, desde lo laboral y lo organizativo. De esta manera, el relato nostálgico de Aris y Valerio de lo que fue Cayeco, tiene una fuerte insistencia y preocupación por el abandono de un espacio de trabajo y vivienda, prácticas suturadas en el espacio del pasado, pero diseccionadas en el presente como espacios distintos:

Antes, la parcela era en el mismo pueblo, uno se levantaba a trabajar y podía estar todo el día, ahora no se puede uno demorar porque lo coge la noche por ahí, y ya no se puede estar así tranquilo. Antes uno se quedaba por ahí dormido en la parcela o en el camino y no pasaba nada. Ahora no se puede. Para llegar rapidito a la Parcela ahora hay coger un johnson,

pero nunca hay plata para' coger johnson<sup>47</sup>, entonces toca caminar dos horas, que ya son dos horas perdidas de trabajo [...]<sup>48</sup>

Los vecinos eran confiables, el trabajo era más rentable, se podían hacer favores, regalar yuca, o un racimo de plátano. En pocas palabras, Valerio se refiera a un tejido social solidario que se diluyó después del desplazamiento forzado.

Ahora en la casa ni se está tranquilo por de dejar la parcela sola, no sabe uno quién le vaya a arrancar la yuca, y como ya no hay confianza. Antes sabía uno quien era el vecino, y si necesitaba algo pues uno le decía que cogiera no más, o iba uno mismo porque estaba ahí mismo la yuca. Ya uno ni puede cuidar el trabajo... afortunadamente todavía hay unos pocos que se quedaron y ellos están más pendientes de la parcela que uno. El monte antes no era inseguro, uno vivía en el monte tranquilo.<sup>49</sup>

La transformación del monte de un espacio de reproducción social a través de prácticas de trabajo e intercambio solidario a uno más ligado a una actividad económica que representa un riesgos necesario para subsistir, es una de las heridas más profundas en el pasaje corporal campesino a partir del desplazamiento y la instauración de las plantaciones de palma y teca. La parcela y la vivienda se dividieron en dos lugares distintos y los lazos sociales se debilitaron, repercutiendo incluso, según cuentan Valerio y Aris, en la rentabilidad de las actividades agropecuarias. Uno de los grandes problemas para estos dos líderes de las plantaciones, es que justamente pronunciaron esas brechas entre el lugar de trabajo y de vivienda, pues los terrenos considerados más productivos y planos junto a los centros poblados fueron acaparados para la producción agroindustrial, empujando cada vez más lejos las parcelas y fincas que podían ser aún ensamble de la rula y la mano de obra campesina.

Tras varios meses, incluso años de haber dejado la finca, regresar a ejecutar las labores agropecuarias en un nuevo monte, uno más distantes y cargado de nostalgias por lo perdido representó un reto a la supervivencia de estas poblaciones. Muchos campesinos

---

<sup>47</sup> Embarcación fluvial descubierta con motor fuera de borda.

<sup>48</sup> Charla con Valerio Mosquera, 20 julio de 2013. María la Baja.

<sup>49</sup> Charla con Valerio Mosquera, 20 julio de 2013. María la Baja.

tuvieron que llegar a asentamientos de desplazados provenientes de distintos municipios y emplazarse en cabeceras municipales y pueblos dejando atrás a los vecinos que habían conocido de toda la vida. Esto significó establecer nuevas redes de solidaridad y tener que lidiar con la tensión por la escasez de recursos y la falta de acceso a servicios públicos.

Estos cuerpos campesinos volvieron a las parcelas a tratar de generar algún tipo de recurso que les sostuviera económicamente. A través de cuadrillas de trabajo, una antigua práctica organizativa y laboral, a la que se integraron en mayor volumen las mujeres, se buscó la re-consecución de mejoras agrarias. Si bien, la explotación de la parcela se hizo, como en antes, principalmente por unidades productivas familiares, el trabajo colectivo y la mano cambiada fueron el motor del retorno.

Sin embargo, las redes de solidaridad que en antaño permitían lidiar con las crisis sociales estaban fragmentadas y debilitadas por la desconfianza que producían vecinos desconocidos y la experiencia de la violencia. De igual manera, las divergencias por las distintas perspectivas de supervivencia fueron constantes. Divisiones entre quienes decidieron ceder sus tierras a la palma por una mensualidad fija y quienes veían en las plantaciones el espectro del paramilitarismo acrecentaron las dudas y la fragilidad de las redes de vecinazgo. Valerio cuenta cómo empezaron a verse con desconfianza incluso entre antiguos vecinos pues “no se sabía quién era colaborador de uno u otro grupo, quién podía [meterlo en problemas] a uno, no se sabía si se estaba durmiendo con el enemigo”. El cuerpo de campesino víctima y desplazado, que suele reducirse por las instituciones de atención humanitaria (ej. DPS, 2013) a un problema económico, tienen tras de sí la pérdida de elementos incalculables monetariamente como las redes de solidaridad y la memoria del esfuerzo de la transformación de un espacio.

‘Toda la fuerza del trabajo que se hizo se perdió por el miedo, todo el esfuerzo quedó en vano porque se dejó todo [...] con la manos arrancar yuca, levantarse todos los días, coger la rula, limpiar, son muchos años puestos acá, muchas vidas, no sólo la mía sino la de mi papá, las de los hermanos[...] lo que costó quitar todo ese monte, sudor y hasta sangre. Limpiar todo esto fueron años y años de trabajo’.

El retorno al monte está marcado así por la configuración de un nuevo paisaje vinculado a una narrativa de los cuerpos campesinos esculpidos como víctimas y desplazados. De este modo, transformaciones profundas de las dinámicas socio-espaciales, como la disección ecológica y económica de trabajo/vivienda reconfiguraron el paisaje corporal..

Para Gonzalo, el retorno laboral representa una paradoja en su vida como campesino. El retorno inicial fue una iniciativa para la que no contaron con apoyo de ninguna entidad del estado, poniendo incluso en riesgo sus propias vidas, pues lo hacían contraviniendo las advertencias que los paramilitares les habían hecho durante el desalojo de sus fincas. Gonzalo afirma que esta situación fue muestra del tesón y la fuerte vinculación con el trabajo agrícola, pero también la de un futuro negado en los términos que habían elegido vivir. Gonzalo cree que la contradicción del retorno se encuentra en la imposibilidad de acceder de forma plena a uno de los elementos constitutivos del ser y quehacer campesino: la tierra. Cabe señalar que, para Gonzalo y muchos líderes, el significado de la tierra excede al del suelo aislado de las condiciones ecológicas y económicas que los posibilitan (agua, animales, clima, relaciones sociales de producción del monte, etc.). En ese sentido, el significado de la tierra se equipara en muchos sentidos al del monte (como mostré en el capítulo 2), un espacio de transformación de la naturaleza a través del trabajo.

El paisaje de abandono lejos de ser un espacio constituido por el olvido, requiere de acciones efectivas que se imaginan como omisiones, ausencias y abandonos estatales: la intermitencia del gobierno frente al desplazamiento forzado y las ausencia de garantías de retorno, caracterizada también como abandono por Gonzalo, simultáneamente ejecutada con las políticas agresivas de seguridad e intervención económica, hacen evidente la conjunción de acciones necesarias para una reconfiguración de los cuerpos y los paisajes, en procura del proyecto agroindustrial.

De este modo, las prácticas memorativas nostálgicas de un pasado idílico, como un presente atestado de miedo y el riesgo de anular las formas de trabajo, que para estas organizaciones son las campesinas son a la vez los límites y los detonantes de acción de la

organización OPDS. El monte se produce en la fricción redefiniendo el paisaje corporal campesino: una tensión permanente entre los paisajes agroindustriales disfrazados de desarrollo verde, en bosques de palma y teca, las nuevas posibilidades de organización y articulación a las organizaciones de derecho defensoras de los derechos humanos y nuevas formas de legibilidad frente al estado relacionadas con estas posibilidades de organización.

### *3.2.1. Entre el monte y el territorio*

La gran mayoría de las organizaciones de OPDS nacieron durante el retorno laboral al monte, buscando el apoyo técnico de CDS para la implementación de los proyectos productivos y el respaldo en los procesos de acceso a lo que he llamado el mercado humanitario (Capítulo 1). Este retorno significó una gran marca en el paisaje y en los cuerpos que antes habitaban allí, pues las formas en las que se había construido el monte habían sido revocadas por el miedo, la ausencia de trabajo y de organización. El significado del monte como espacio de trabajo empezó a friccionarse como espacio de abandono. En esa tensión la organización surge como alternativa a la negación sistemática por parte de los hacendados, paramilitares, el gobierno, y los agroindustriales del acceso a las condiciones de producción (económica y ecológica) campesina: el monte y la tierra.

[...] y es de allí que nace la intención de estas comunidades de organizarse, de ese trabajo fuerte de incidencia, nace la idea de ese espacio que lo denominamos OPDS, el cual inició con el trabajo de sólo doce organizaciones, la mayoría de María la Baja, para defender el territorio y aportarle a esa economía campesina que se está perdiendo [...] y pues hemos tenido un trabajo tan bueno que decidimos ampliar el espacio a todo Montes de María [...] Con las cosas así, gracias a recursos de la cooperación y la gestión de la Corporación Desarrollo Solidario se logró adquirir algunos predios para tres comunidades, con la intención de salvaguardar nuestra seguridad alimentaria, pero sólo es en algunas pocas comunidades<sup>50</sup>

OPDS es un espacio heterogéneo de fricciones, nacido del diálogo simultáneamente asimétrico como horizontal entre líderes campesinos, afrodescendientes e indígenas con activistas políticos como Pedro Nel Luna y profesionales de la ong CDS (Capítulo 1). Este espacio está constituido no sólo por las afinidades e historias en común, sino por las

---

<sup>50</sup> Entrevista a Gonzalo Vargas, 3 de julio de 2013. María la Baja..

divergencias, las disputas, los conflictos y en definitiva por las negociaciones que emergen de esas fricciones. Las dinámicas de operación de esta “organización de organizaciones de base” son básicamente “reuniones de multiplicación” en las que se informa a los miembros de las actividades realizadas, jornadas de concertación y trabajo para la producción de documentos y pronunciamientos (particularmente con el tema de Zonas de Reserva Campesina y la Mesa de Interlocución de los Montes de María), además de talleres de formación legal, política y agropecuaria y discusiones sobre el proceder político de la organización.

Un interesante contraste en las lógicas de propiedad presentan un horizonte de posibilidad para contrarrestar el avance de los monocultivos agroindustriales. Se trata una discusión reiterada entre los líderes de OPDS en torno a la “la defensa del territorio”. La historia de desplazamiento y despojo del paisaje, y el trabajo es común entre distintas organizaciones de base que participan en OPDS (asociaciones campesinas de productores agropecuarios y en menor medida de pescadores, consejos comunitarios afrodescendientes en constitución y cabildos de población indígena reasentada). Esta historia confluye como un articulador de los horizontes políticos de justicia social y ambiental, es decir los proyectos de acuerdo social de acceso equitativo a la distribución y producción de bienestar social (en términos económicos y ecológicos), de todas estas organizaciones.

Este ensamblaje entre la tierra y el territorio, ha funcionado, en primer lugar, como estrategia de protección frente a la mira que los grupos paramilitares sostienen sobre actividades relacionadas con el discurso de recuperación de tierras. En segundo lugar, ha sido una importante lugar de enunciación para negociar en la Mesa de Interlocución y Concertación de los Montes de María (MIC). Aunque nunca asistí directamente a las sesiones de la MIC participé en las jornadas de discusión del documento propuesta de las organizaciones campesinas de OPDS para este espacio. La MIC emergió como una alternativa de negociación entre el sector agroindustrial (pequeños, medianos y grandes productores de palma y maderables), las organizaciones campesinas y el gobierno nacional representado por INCODER. Según Gonzalo Vargas, en este espacio se buscaba sentar a los distintos sectores sociales para poner en evidencia la grave situación de los campesinos

en Montes de María, con respecto a sus posibilidades de subsistencia y acceso a la propiedad de la tierra. De fondo, reconoce el mismo Gonzalo, pretendían proponer la discusión de la ZRC, pues el principal obstáculo para la consecución de las dos zonas para Montes de María era la negativa de los empresarios de ceder una porción de las tierras más productivas de la región. Para el actual gobierno, en relación con sus locomotoras de desarrollo<sup>51</sup>, es censurable establecer esta forma de ordenamiento territorial en las tierras, pues la rentabilidad de las formas campesinas de explotación no son comprables con la propuesta de las plantaciones industriales (CIZRC, 2011).

Una de las tensiones más recurrentes de MIC han sido las perspectivas de desarrollo presentadas por los distintos sectores. El INCODER, por ejemplo en alianza con la FRDPMM y el Comité de Impulso de la ZRC (de la que algunos miembros de OPDS hicieron parte hasta el problema del Plan de Manejo Ambiental de la ZRC) propuso la articulación de las formas tradicionales campesinas con las plantaciones agroindustriales a través del modelo de finca montemariana. Este modelo promete altos grados de rentabilidad desde la pequeña propiedad (1-2 UAF), desconociendo nuevamente el problema de tenencia y concentración de la tierra igual que las APPP. En contraste con este modelo, la propuesta de “defensa del territorio” establece como principio que la “economía campesina” privilegia las formas de producción con semillas nativas o criollas de cultivos claves para la soberanía alimentaria (maíz, yuca, ñame). Del mismo modo, insisten los líderes de OPDS que su articulación al modelo agroindustrial no puede supeditar las posibilidades de autonomía económica y ecológicas (por ejemplo de soberanía alimentaria). En resumidas cuentas la defensa del territorio implica estos rasgos de autonomía frente a la agroindustria.

Dentro de OPDS las diferencias enunciadas en clave territorio, también producen constantes fricciones en este espacio. Hay una reiteración en el propósito político de “articular las diferencias de los campesinos, indígenas y afros para fortalecer el espacio y a

---

<sup>51</sup> En el Plan Nacional de Desarrollo, uno de los elementos fundamentales de es el desarrollo rural a través del avance agroindustrial (DNP: 2011).

las organizaciones mismas”<sup>52</sup>. Las apuestas de cada organización de base que participa en OPDS son muchas veces contradictorias, pero también se han logrado espacios de diálogo y negociación, aspectos que precisamente definen el sentido de esta articulación. Se trata de circunscripciones contingentes y tienen que ser renegociadas a la luz de las coyunturas emergentes. Frente a la implementación de las Zonas de Reserva Campesina (ZRC)<sup>53</sup>, por ejemplo, los miembros del cabildo Zenú de la pista y algunos consejos comunitarios de María la Baja y San Onofre expresaron su preocupación por no ser tenidos en cuenta en este proyecto de ordenamiento territorial, resultando en una aireada discusión sobre la invisibilización “afro” e “indígena” por algunos dirigente campesinos. Los líderes más fuertes de OPDS, reiteran que para este espacio la categorías campesino y campesina engloban a lo indígena y lo afro, porque las diferentes prácticas agropecuarias y los debates de estas practicas, han sido comunes para todos lo grupos. Los líderes de esta organización han resuelto parcialmente las contradicciones a través de la categoría de territorio intercultural:

La subregión de Montes de María se caracteriza por la riqueza social y cultural de población [...] nuestra presencia en el territorio es ancestral, lo que ha permitido construir relaciones históricas de convivencia de uso y aprovechamiento del suelo y los recursos naturales. **Montes de María ha sido un territorio diverso e intercultural** (MIC y CDS, 2014: 14)

Muchas organizaciones de base han optado por el uso de un lenguaje más cercano al multiculturalismo, encarnado en lo intercultural (incluso entre algunos líderes es de forma consciente y deliberada), articulando las “luchas por las tierra” a la “defensa por el territorio”. Si bien en los espacios organizativos parece haberse sedimentado este lenguaje, entre los pobladores más externos a las lógicas organizativas parece más bien inocuo. Retomando el aspecto culturalizado de los imaginarios raciales que presente en el primer

---

<sup>52</sup> Charla con Gonzalo Vargas, agosto de 2013. Bogotá

<sup>53</sup> Aunque considero que este tema fundamental dentro de los proyectos espaciales de algunas organizaciones campesinas, no profundice en este texto para dedicarme a algunas las ideas desde donde se esta pensando la propuesta de ZRC. Esta forma de ordenamiento territorial constituye una contingencia que pasa sobretudo por las esperanzas de pocos líderes, quienes están mas integrados a las redes organizaciones y espacio de movilización agraria en todo el país, como ANZORC (Asociación Nacional de Zonas de Reserva Campesina) y MIA (Mesa Agropecuaria y Popular de Interlocución y Acuerdo).



capítulo, la idea de una coexistencia virtuosa de varias culturas engendra esa idea de lo intercultural.

Aunque la interculturalidad emerge para autores como Catherine Walsh como una propuesta contra-hegemónica, sobretodo en términos del multiculturalismo, como una verdadera aceptación de la diversidad del ser (Restrepo y Rojas, 2010: 170-171). Veo en este despliegue del territorio intercultural de Montes de María, simultáneamente un horizonte político contra-hegemónico, y una fuerte contaminación de los efectos del llamado giro multicultural. Aunque estos efectos han sido ampliamente abordados en contextos de etnización de lo negro e indígena (ej. Restrepo, 2013; Bocarejo, 2011), la articulación de la campesinidad, los vínculos narrativos de lo campesino con una cultura particular, a este escenario plantea interesantes interrogantes sobre las limitaciones, sujeciones, potenciales y paradojas que puedan traer consigo esta articulación. Por multiculturalismo entiendo, una práctica política, engendro neoliberal, que promulga ideales de tolerancia y diversidad (Bocarejo, 2011: 98) en clave de equidad étnica, racial y cultural, como despliegue parcial del andamiaje moral de los derechos humanos.

En ese sentido, la perspectiva territorial trae consigo la posibilidad de un paisaje corporal paradójico. Por un lado, la movilización y organización desde un discurso etnizado multicultural, desenfoca el problema de la justicia ambiental y social (la equidad de acceso en la producción y distribución de la naturaleza en términos sociales, ambientales y económicos). Por otro lado, es una oportunidad de legibilidad de estas organizaciones con el estado, para acceder a la propiedad de la tierra y garantías de permanencia, en relación con el valor que puede representar “lo cultural” para las políticas multiculturales.

Gran parte de la ilusión multicultural radica en consolidar una cultura política que promulgue ideales de tolerancia, convivencia e igualdad entre los ciudadanos de un Estado-nación. Sin embargo, la práctica política del multiculturalismo produce y reproduce un sinnúmero de paradojas. De manera general, estas paradojas tienen un mismo origen: aunque los arreglos legales del multiculturalismo pretendan cambiar las prácticas que históricamente han marginado a ciertas comunidades, en muchas ocasiones estos ideales son una forma de racionalidad política que silencia, perpetúa y

oculta los complejos contextos de poder político en los cuales se desarrolla. (Bocarejo, 2011: 92).

En relación con esa paradoja, la discusión por las formas diferenciadas de propiedad sobresalen en las jornadas de trabajo de OPDS. Durante una de esas jornadas, la respuesta de Mario Vélez, coinvestigador en el proyecto de Imperativos Verdes y miembro del Consejo Comunitario de puerto Arjona, frente a la discusión de lo multicultural de la propiedad describe muy bien la situación:

[...] Nos estamos peñando por las migajas, por pedacitos de tierra que ni siquiera nos pertenecen y que va tocar luchar durante años como a nuestros papás hicieron para poder decidir que hacer con eso. Pero en vez de organizarnos nos dedicamos en estas reuniones a discutir que si ZRC [Zonas de Reserva Campesina], que si resguardo, que territorio comunitario, pero olvidamos que todos estamos pasando por la misma situación de enfrentarnos a los que tienen la tierra y no nos dejan trabajarla.<sup>54</sup>

Otro problema subyacente al paisaje intercultural, es la poca resonancia entre los campesinos más distantes a los liderazgos de OPDS. De hecho, lo intercultural emergía como un problema central en las jornadas de trabajo de esta organización con la presencia de miembros de consejos comunitarios. De acuerdo con la perspectiva de Mario, quien reconoce la importancia de las luchas territoriales en clave étnica, este tipo de expectativas han retrasado las posibilidades de “[...]articulación de todos los campesinos, sean indígenas, afros o [mestizos]” pues se marginan unos grupos a otros motivados por las promesas de una condición de merecimiento privilegiado a los derechos (de propiedad), cuando ninguno en la práctica es sujeto de tales derechos.

Enrique Pérez de AsoEsperanza, una organización caracterizada por miembros con un fuerte historia y formación política dentro del movimiento campesino, afirman que gran parte del problema del campesino se debía a que el vínculo entre el campesino y el monte sólo pasaba por lo productivo y no había un sentido de pertenencia que el vincula a esta interculturalidad territorial. Durante una de las reuniones de OPDS, Enrique Pérez un líder de Asoesperanza en Ovejas (Sucre) me explicó esta situación:

---

<sup>54</sup> Charla con Mario Vélez. Día del campesino, 17 de junio de 2013. Mahates.

Al campesino nunca le interesó la propiedad [formalización de la propiedad], porque pensaba que si lo sacaban de un lado, lo único que había que hacer era tumbar más monte, entonces le compraban por una chichigua la parcela y él se iba más adelante para seguir tumbando [...] el monte no valía nada para el campesino [...] al campesino le tocó darse cuenta de lo valioso que era cuando lo sacaron.<sup>55</sup>

Esta es la justificación es utilizada por Enrique para dar cuenta de la importancia de tornar el problema de la propiedad de la tierra a uno derecho territorial. Creo que aquí emerge de nuevo el potencial del lenguaje de cultural en lo campesino. La posibilidad de legitimación y formalización de las lógicas de propiedad a través de esta culturalización dando señalando prácticas históricas de apropiación y transformación de la naturaleza. Cabe insistir que esta relación productiva económica, que para Enrique históricamente no había permitido que se generara “sentido de pertenencia con el territorio”, no omite en realidad la fuerza de vínculos simultáneos con una dimensión ecológica de propiedad de los campesino. El sentido de propiedad es entrelazado curiosamente con el de territorialidad, poniendo en escena tensiones por lo colectivo, lo privado y lo individual de ese territorio. Para muchos de los afiliados a las organizaciones, la idea del espacio colectivo tienen que ser conciliada con la posibilidad de propiedades familiares, pues los sentidos de colectividad han estado presentes más allá del asunto de la propiedad formal, en cuestiones como los lazos de solidaridad que se debilitaron con el desplazamiento forzado.

Por ejemplo, las formas colectivas de propiedad para comunidades afroribereñas y palenqueras establecidas por la ley 70 de 1993, tratan de ser equiparadas a los modelos protección colectiva de propiedades individualizadas como el común y proindiviso, en donde las parcelas pertenecientes a un conjunto de predios son tituladas individualmente para cada familia pero no pueden ser vendidas sin el consentimiento de las organizaciones campesinas. Este modelo, que según Gonzalo Vargas sería el derrotero de las ZRC, es totalmente compatible con las formas de propiedad afrodescendientes. Frente a esta propuesta, muchos afiliados de las organizaciones campesinas, susurran su inconformidad, pues les parece que no hay garantías de bienestar sin “patrimonio familiar” representado

---

<sup>55</sup> Enrique Pérez. Día del Campesino, 17 de junio de 2013, Mahates.

por las posibilidad de titulación individual que promete la agroindustria a través de las APPP.

De acuerdo con estas perspectivas, y a pesar de la emergencia del “territorio intercultural” como un proyecto espacial contra-hegemónico, encuentro dos dificultades en su despliegue. Por un lado, el ensanchamiento de las brechas entre el discurso preponderante entre los líderes de la organizaciones y los afanes de subsistencia de los campesinos afiliados a estas organizaciones para quienes es prácticamente inocuo este tipo de discursos, por lo menos si no pertenecen a un proceso de Consejo Comunitario afrodescendiente o a un cabildo indígena. Por otro lado, abre una ventana de legibilidad con el estado (y los organismos multilaterales) en clave de derecho cultural para acceder a recursos financieros y herramientas legales, pero así también la posibilidad de atomización de esta articulación intercultural, en sus distintas partes entizadas y culturizadas (afros, indígenas y campesinos). Al respecto, gran parte de la discusión dentro de OPDS para aportar en la MIC, se ha movido en la especulación sobre las disyuntivas de los derechos de propiedad entre los distintos sectores. A pesar de que las distintas organizaciones confluyen en el espacio de discusión intercultural, los Consejos Comunitarios y los Cabildos Indígenas están llevando a cabo procesos aislados para conseguir títulos colectivos de territorios afro y resguardos.

También creo importante señalar, que los discursos del trabajo agropecuario desplegados en los “proyectos productivos” (capítulo 2) empiezan a enlazar un supuesta necesidad del “valor agregado” cultural para poder competir en el mercado. Este valor agregado también articula el uso de lo orgánico y lo natural a lo campesino. En ese sentido muchos de los productos agropecuarios con un valor de uso sentado en la subsistencia y las redes de solidaridad, creen estas organizaciones pueden ser considerados como mercancías valiosas por el simple hecho de ser parte de una “cultura campesina”: “La cultura campesina es la que ha sacado adelante esta región, con sus prácticas tradicionales [...] pueden darle un valor agregado para participar autónomamente [en] los mercados”<sup>56</sup>. Esta

---

<sup>56</sup> Líder campesino de Carmen de Bolívar. Día del Campesino, 17 de junio de 2013. Pava, Mahates (Bolívar).

articulación de territorio con monte emerge mas tenuemente en cierta predisposición de los líderes al discurso ambientalista, en particular sobre conservación de bosques y fuentes hídricas. Aunque incipientes, empiezan a tener cierta resonancia en afiliados a las organizaciones. Hay cierta manifestación de la idea de un campesino cuidador de la naturaleza en los Montes de María. Para los líderes más visibles de OPDS, hablar de la defensa del territorio está íntimamente relacionado con la posibilidad de proteger recursos económicos y ambientales. En ese sentido monte como sinónimo de tierra no sólo es concebido como espacio agrícola productivo, sino también como recursos ambientales (quebradas, espejos de agua y parches de bosque).

## CONCLUSIONES

# LOS PAISAJES CORPORALES CAMPESINOS

He querido trazar un esbozo de historia de los cuerpos y paisajes, para mostrar las múltiples articulaciones de lo campesino en formaciones regionales de naturaleza en Los Montes de María. Esta aproximación me dejó transitar por la multiplicidad y simultaneidad de relaciones que han proporcionado condiciones de posibilidad para un paisaje corporal campesino, tanto de marginación y exclusión (económica y ecológica), como de horizontes de justicia ambiental y social. Entiendo por estas formas de justicia el acceso equitativo tanto en la distribución como en la producción de bienestar material y moral.

Muchas de estas articulaciones de lo campesino son condensadas y sedimentadas en el monte, un espacio de relación entre los cuerpos y los paisajes. Dichas articulaciones son visibles en el primer capítulo desde las relaciones económicas de propiedad y trabajo posibles por la imaginación de geografías del monte a través de las que se legitiman y moralizan expropiaciones y explotaciones. Todo esta imaginación geográfica es diseñada a la luz de una utilidad productiva y moral para el estado y la élites coloniales. A partir de allí, he podido encontrar constantes fricciones por el despliegue de formas y prácticas de trabajo y propiedad entre las expectativas de bienestar económico y ecológico de los campesinos y la propiedad privada. Esta fricción (Tsing, 2005), no se trata de una oposición constante, sino de conexiones múltiples y simultáneas que articulan las formaciones sociales asociadas a la llamada “economía campesina”, o de subsistencia, con la explotación hacendil y agroindustrial. A la formación socioecológica espacializada en el monte y derivada de esas múltiples articulaciones entre cuerpos y paisajes la he llamado **paisaje corporal campesino** (Capítulo 2).

Uno de los puntos críticos de esa fricción son las violencias estabilizadoras de proyectos económicos y ecológicos agroindustriales. Cuando estas articulaciones permitieron en el pasado prácticas parciales más justas en el acceso a la tierra y el trabajo, evidentes en la bonanza arrocera y las tomas de tierra de la ANUC en las segunda mitad del siglo XX, la respuesta de los sectores económicos y políticos preponderantes fue una acción

(para)militar/económica. Esta “acción integral”, como se le conoce en las políticas de Seguridad Democrática y Consolidación Territorial, es una estrategia de control espacial de la naturaleza a través de lo económico y lo ecológico, operado particularmente desde las geografías imaginadas y de la gestión de la naturaleza (Capítulo 3). De este modo desde el mito de la ausencia del estado, se ha legitimado la operación de control de los cuerpos y paisajes desde múltiples sectores sociales (gobierno, organismos multilaterales, ongs y empresarios) que encarnan evidentes efectos de estado (Trouillot, 2011). Este proyecto neoliberal ha operado, no sólo desde lo coercitivo, sino que, siguiendo la noción de hegemonía de Gramsci, ha intentado legitimar las diferencias y desigualdades económicas y ecológicas desde la intervención de los sentidos comunes en las prácticas cotidianas de trabajo y propiedad. De esta forma, el proyecto espacial agroindustrial a generado una mercantilización de la naturaleza, es decir la asignación de valores mercantiles a paisajes corporales campesinos.

Retomando el problema de los efectos de estado (legibilidad, atomización y espacialización), propongo que en Montes de María suceden de la siguiente manera. El efecto de legibilidad, es evidente en el posicionamiento de lenguajes que articulan la glosa humanitaria, multicultural, agroeconómica y ambiental, dentro de las practicas de subsistencia de los pequeños productores, quienes negocian frente a las promesas de bienestar, créditos, rentabilidad y territorio. Tierra por “territorio multiétnico y multicultural” (Daniels et al., 2011: 14), parcela y roza por “finca montemariana” (Sánchez, 2011: 188), el cultivo por “proyecto productivo” y el monte por “reserva para la conservación”, son las transacciones semántica que tienen que hacer los campesinos con este nueva glosa. Desde allí se han configurado parcialmente los sentido comunes de estas poblaciones que se organizan entorno a la posibilidad de acceso al lenguaje del mercado humanitario. Dicha transacción representa el consentimiento para la explotación y expropiación de los cuerpos y paisajes campesinos, a través de un andamiaje moral neoliberal que articula los imperativos de paz, los *imperativos verdes* y los imperativos multiculturales. Sin embargo, en esas transacciones también perviven potencialidades de

permanencia y articulación entre distintos sectores sociales (campesinos, afrocolombianos e indígenas).

El efecto de atomización, es evidente en dos momentos: primero, en las disgregaciones que propone la discusión de propiedad/etnizada y territorialidad. Habrá que ver qué resulta de estas fricciones, si en una verdadera interculturalidad y negociación entre las distintas partes de OPDS o si el lenguaje del multiculturalismo neoliberal los termina segmentado en frentes de acción y organización atomizados. Y en segundo lugar, en el gobierno del deseo que opera a través de la ilusión de acceso salarial de los trabajadores de las plantaciones. Esta ilusión anula parcialmente las posibilidades de redes de solidaridad e intercambios no monetizados.

Finalmente, el efecto de espacialización es la gran conclusión de este trabajo. Desde una versión gramsciana de la hegemonía, podría esbozar una suerte de *paisaje corporal hegemónico*, es decir una contingencia espacio-temporal en la que los significados comunes de la relación entre cuerpos y paisajes, convergen en un horizonte político, aparentemente similar de bienestar, sostenibilidad y estabilidad económica. Lo que subyace a este paisaje corporal hegemónico es la multiplicidad de articulaciones de la naturaleza singularizadas en un proyecto de expropiación y explotación asimétricos. En estos espacios se hace efectiva la contingencia de despojo sistemático y sostenido a través del trabajo de los cuerpos en el monte como posibilidad de subsistencia económica y existencia moral de lo campesino; además, del paisaje monte, como condición externa de bienestar y espacio de reproducción social.

Aquí emerge una de las consideraciones más importante para pensar Montes de María como región: una geografía que aparece auto-constituida como un lugar o localización ideal para poder explicar los efectos históricos de la naturaleza, por ejemplo, como un lugar estratégico “de posicionamiento y control territorial por parte de diferentes actores armados” (De los Ríos et al., 2012: 10); como un lugar inhóspito lleno de recursos, clave para el desarrollo regional y de abastecimiento de Cartagena durante la colonia (De la Torre, [Fals-Borda], 1987: 75); o como un lugar obvio para la Revolución Verde en las



segunda mitad del siglo XX que abastecería a toda la región del Caribe<sup>57</sup>. Como causalidad de lo social, todas estas justificaciones deshistorizan a la naturaleza, y perfilan a los cuerpos campesinos como mercancías prescindibles.

Como escisión esa lógica de mercantilización, he querido trazar una historia campesina localizada en algunas prácticas agrícolas laborales-organizativas, que articula una dimensión económica productiva con una de reproducción social, nutriéndose tanto de las prácticas y discurso de gestión humanitaria, como de las formas locales de interacción con la naturaleza desprendidas del trabajo agropecuario. En este relato, el monte aparece dentro de una red de producción de la naturaleza ensamblado a cuerpos, herramientas y paisajes en lo que he denominado paisaje corporal.

Quiero destacar en esta versatilidad sobre la naturaleza en las versiones campesinas, es la conexión entre las nociones de cuidado y las prácticas de roza y quema. El potencial de esta conexión ha empezado a desplegarse en las prácticas de conservación dentro de los proyectos de las parcelas comunitarias que se ven obligados dentro de las lógicas de las ONGs y el gobierno a destinar algunas hectáreas para reserva. Esto ha sido claro no solo en las insinuaciones de Didier, sino en las propuestas institucionales, como a la que accedió la gente de la Ceiba con el Incoder. Precisamente el efecto de legibilidad del estado, donde el lenguaje y las lógicas institucionales enredan las prácticas locales, permiten la simultaneidad de estabilizaciones políticas de la naturaleza pero también alternativas al fuerte impulso de la agroindustria, otra fuerza estabilizadora de una lógica que atenta contra la multiplicidad de formas de monte.

Es llamativo cómo la narrativa del conflicto armado en uno y otro lugar provee a los relatos de los hombres las justificaciones de su ausencia manifiesta en el *monte* a través de la organización de base. Esto quiere decir que las dinámicas sociales vinculadas a la producción de las diferencias laborales engendradas y sexuadas de los cuerpos fue afectada profundamente por el conflicto, no solo porque irrumpió entre otras, las lógicas masculinas de trabajo en el monte, sino también afectó a las lógicas de interacción de las mujeres como

---

<sup>57</sup> Charlas con Jair Roa, Cesar y Mariano Casas. junio - julio de 2013. Mahates.

hacedoras de monte. La posibilidad de hacer monte para las mujeres, ligada tanto a subsistencia material de su familia, como también a horizontes políticos en la producción de un paisaje más justo para ellas e incluso para ellas, se suprime parcialmente a través



*Imagen 10. Fricciones: paisajes corporales campesinos entre las grietas del desarrollo.*

Mujeres lavan ropa mientras los niños juegan y se bañan en un canal del distrito de riego de María la Baja rodeado por cultivos de palma. María la Baja (Bolívar)

del enredo entre el relato del conflicto y el riesgo del monte con las perspectivas masculinas que han elaborado una idea del monte como espacio de hombres. Paralelamente, las organizaciones de mujeres plantean espacios de interacción que retan a esas versiones masculinas del monte.

La contraposición de las versiones del monte como espacio de trabajo de hombres, y la idea de un espacio efectivo de trabajo de mujeres es una de esas sujeciones parciales. A pesar de no haber podido profundizar etnográficamente en las versiones de las mujeres, fue claro desde las explicaciones de María en Macedonia y Juliana en Israel que existen pugnas por legitimar este espacio como un espacio masculino desde el que, además de proveer a sus familias, se constituyen cuerpos campesino (como formas de ser campesino) y cuerpos de hombres. Estas dos dimensiones, como vimos en el episodio de la competencia de rula

entre Mario y Didier, se manifiestan en la práctica de hacer monte, tanto desmontando como práctica y moral física de consecución de un espacio productivo, como enmontando, a través de la producción de unas geografías salvajes, edénicas y de lo campesino vinculadas al estar en el monte cerca a la naturaleza.

Podría enumerar tres elementos fundamentales para entender la coyuntura de lo campesino en Montes de María frente a la agroindustria. En primer lugar, las imaginaciones sedimentadas en geografías de la violencia y el mito de la ausencia del estado, se conjugan con los sentidos productivos de la naturaleza en una geografía de la gestión que paradójicamente cuestiona tal ausencia del estado pues las intervenciones económica y ecológicas son efectivas desde múltiples cuerpos institucionales y sociales que encarnan los efectos de estado. En segundo lugar, la gestión ecológica y económica de estas encarnaciones de estado han propuesto prácticas de vinculación económica de los campesinos (ej. APPP y AIS) desiguales, interviniendo tanto en las formas de propiedad (la formalización de títulos), como en los sentidos de deseo y bienestar (los salarios, las mensualidades por ceder tierra). Tercero, una la posibilidad paradójica de retorno y permanencia en el monte, a través de la “defensa del territorio” y el “territorio intercultural”. En ese sentido, los intentos de vincular al monte como un espacio natural y culturalmente dado para el campesino, desde el juego de las políticas de las identidades me parece un arma de doble filo: como estrategia de legibilidad y articulación entre sectores afrodescendientes indígenas con el estado y por otro como atomizador de esas posibilidades de articulación.

## REFERENCIAS CITADAS

- Albán, Álvaro (2011). "Reforma y contrarreforma agraria en Colombia". *Revista de economía institucional* 13 (24): 327-56.
- Appadurai, Arjun (2001). *La modernidad desbordada*. México: Fondo de cultura económica.
- Arias, Julio y Eduardo Restrepo (2010). "Historizando raza : propuestas conceptuales y metodológicas". *Crítica y Emancipación* 3: 45-64.
- Blanco Romero, Wilson (2010). *Historia de El Carmen de Bolívar y su tabaco en los Montes de María: siglos XVIII-XX*. Cartagena: Universidad de Cartagena.
- Bocarejo, Diana (2011). "Dos paradojas del multiculturalismo colombiano: la espacialización de la diferencia indígena y su aislamiento político". *Revista Colombiana de Antropología* 47 (2).
- Bocchi, Davide (2011). Análisis del plan de consolidación de Montes de María. Una mirada desde el desarrollo, la democracia, los derechos humanos y la cooperación internacional. *Boletín No 6*. PODEC - Plataforma de Organizaciones de Desarrollo Europeas en Colombia.
- Bravo, Ivonne et al. (2008). *Estado Imaginarios y practicas sociales en los Montes de María*. Informe Preliminar. GIDES.
- Burbano Gómez, Luis Carlos y Oscar Eduardo Forero Oviedo (1999). "Caracterización del Riego en el distrito R.U.T". Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural.
- Castillo, Rafael Pd. (2010). *¿Cómo asumir desde el Programa de Desarrollo y Paz el desafío que nos presenta la crisis agraria montemariana?*. Fundación Red Desarrollo y Paz de los Montes de María.
- CINEP/PPP Equipo Tierras y Víctimas de tierras (2012). "La otra cara de la palma en María la Baja". *Cien Días*, noviembre.
- Congreso de la República de Colombia (1994). Ley 160. Ley de Reforma Agraria.
- (2002). Ley 788. Ley de Reforma Agraria.
- (2014). Ley 1728. Ley de Reforma Agraria.
- (2005). Ley 975. Ley de Justicia y Paz.
- (1993). Ley 70. Ley de Comunidades Negras.
- CIZRC- Comité de Impulso de ZRC Montes de María. 2013. *Plan de Desarrollo Sostenible Zonas de Reserva Campesina Montes de María*. CIZRC, INCODER.
- Conpes - Consejo Nacional de Política Económica y Social (2008). "Lineamientos de política para promover la producción sostenible de biocombustibles en Colombia".
- Daniels, Amaranto et al. (2011). "El Laboratorio de Paz en los Montes de María. Una aproximación a su contexto". *Los Montes de María: Región, Conflicto Armado y Desarrollo Productivo, Cartagena*. 13-98. Editorial Universidad de Cartagena/ Insitituo Internacional de Estudios del Caribe.
- Daniels Puello, Amaranto (2007). "Los Montes de María: Entre la modernidad tardía y el colapso del Estado". *VIII Seminario internacional de Estudios del Caribe*. Cartagena.
- (2011). "La visión económica regional: una aproximación a su contexto". *Los Montes de María: Región, Conflicto Armado y Desarrollo Productivo, Cartagena*. 101-16. Editorial Universidad de Cartagena/ Insitituo Internacional de Estudios del Caribe.
- De la Torre Miranda, Antonio de la (1987). "Noticia de Antonio de la Torre Miranda para el virrey sobre fundaciones verificadas en la Provincia de Cartagena.". *Huellas*, número 21: 73-81.
- De los Ríos, Edwin, Carmen Andrea Becerra y Oyagam Fabián Enrique (2012). *Montes de María. Entre la Consolidación del territorio y el acaparamiento de tierras*. Protección, restablecimiento y reparación en los Montes de María, Convenio 10-C01-054. AECID, ILSA; CDS, MPDL, Colectivo de Comunicaciones Montes de María Línea 21.
- De los Ríos, Edwin et al. (2014). *Montes de María: Un escenario de riesgo para la exigibilidad de los Derechos de la población víctima del conflicto armado. Informe sobre la situación de Derechos Humanos [2012 - 2013]*. Protección, restablecimiento y protección en los Montes de María, Convenio 10-C01-054. Bogotá: AECID, ILSA; CDS, MPDL, Colectivo de Comunicaciones Montes de María Línea 21.
- DNP-Departamento Nacional de Planeación (2011). Plan Nacional de Desarrollo 2010-2014 "Prosperidad para todos" -Resumen Ejecutivo-. <https://colaboracion.dnp.gov.co/CDT/PND/Resumen%20Ejecutivo%20Ultima%20Version.pdf>
- DNP-Departamento Nacional de Planeación (2009). "Formulación y ejecución de las Alianzas Productivas". *¿En qué invierte el Estado Colombiano? Los grandes proyectos de inversión del Estado Comunitario en 2008*. Bogotá: DNP (Departamento Nacional de Planeación).
- (2010). De la región Montes de María, Informe No 4. Compendio del proceso y resultados.
- Don Juan López Pensionista (1787). "Mapa Geográfico de la Provincia de Cartagena". Car-

- tografía colonial, s XVIII, 1 mapa : grab., col. ; 67 x 43,2 cm. Madrid.
- DPS - Departamento de la Prosperidad Social (2015). "Paz, Desarrollo y Estabilización". <http://www.dps.gov.co/contenido/contenido.aspx?catID=424&conID=1217&pagID=11697>
- DPS - Departamento De La Prosperidad Social (2013). Informe Del Sistema Nacional De Atención Y Reparación Integral A Las Víctimas A Las Comisiones Primeras De Senado Y Cámara.
- Ekers, Michael y Alex Loftus (2013). "Gramsci: Space, Nature, Politics". *Gramsci: Space, Nature, Politics*. 13-43. Chichester: John Wiley & Sons.
- Fals-Borda, Orlando (2002). *Retorno a La tierra*. Historia doble de La Costa Vol. 4. Bogotá: El Áncora Editores, Universidad Nacional de Colombia, Banco de La República.
- Fedepalma (2015). "SISPA - Sistema de Información Estadística del Sector Palmero". <http://sispaweb.fedepalma.org/SitePages/Home.aspx>
- (2015). "RSPO". <http://web.fedepalma.org/rspo>
- Foley, Douglas y Angela Valenzuela (2005). "Critical ethnography: The politics of collaboration". *The Sage handbook of qualitative research*. 3: 217-34. Londres: Sage.
- Fonseca-Truque, Guillermo (1995). *Los nombres originales de los territorios, sitios y accidentes geográficos de Colombia* [Mapa]. Bogotá: Instituto Geográfico Agustín Codazzi.
- Fontana, Benedetto (2013). "The concept of nature in Gramsci". *Gramsci: Space, Nature, Politics*. 121-41. Chichester; Malden, Mass.: John Wiley & Sons.
- Foucault, Michel (2006). *Seguridad, territorio, población: curso en el Collège de France (1977-1978)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Franco, Angélica María y Ignacio De los Ríos (2011). "Reforma agraria en Colombia: evolución histórica del concepto. Hacia un enfoque integral actual". *Cuadernos de Desarrollo Rural* 8 (67).
- Friedemann, Nina S. de y Richard Cross (1979). *Ma Ngombe: Guerreros y Ganaderos en Palenque*. C. Valencia Editores.
- García Reyes, Paola (2014). *Un desarrollo pasado por agua. Dramas y conflicto en la región del canal del Dique*. Universidad de los Andes, Centro Interdisciplinario de Estudios sobre Desarrollo (Cider), Ediciones Unian-des: Departamento para la Prosperidad Social: Unión Europea.
- Geller, Pamela L. (2009). "Bodyscapes, Biology, and Heteronormativity". *American Anthropologist* 111 (4): 504-16.
- Graaf, David (2012). La reserva campesina de Montes de María ¿una lección para los diálogos de paz?. *lasillavacia.com*. <http://lasillavacia.com/historia/la-reserva-campesina-de-montes-de-maria-una-leccion-para-los-dialogos-de-paz-36405>
- Grupo de Memoria Histórica. (2009). *Informe de La Masacre del Salado: Esa guerra no era nuestra*. Bogotá: Centro de Memoria Histórica, Taurus.
- Grupo de Memoria Histórica (2013). *¡Basta Ya! Colombia: Memorias de guerra y Dignidad*. Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Grupo de Memoria Histórica, CNRR (2010). *La tierra en disputa. Memorias del despojo y resistencias campesinas en la Costa Caribe 1960-2010*. 1a ed. Bogotá: Taurus.
- Gudynas, Eduardo (2010). "Imágenes, ideas y conceptos sobre la naturaleza en América Latina". *Cultura y Naturaleza*, 267-92. Bogotá: Jardín Botánico José Celestino Mutis.
- Guerrero, Clara Inés et al. (2002). Palenque de San Basilio. Obra Maestra del Patrimonio Intangible de la Humanidad.. Dossier de Candidatura para Patrimonio Intangible de la Humanidad. Bogotá: Ministerio de Cultura/ ICANH.
- Hall, Stuart (2005). "La importancia de Gramsci para el estudio de la raza y la etnicidad". *Revista Colombiana de Antropología* 41: 219-57.
- Haraway, Donna (2010). "Testigo\_modesto@ segundo\_milenio". *Lectora: revista de dones i textualitat* número 10: 13-36.
- Haraway, Donna (1995). *Ciencia, Cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. 1a ed. Madrid: Cátedra.
- Hegel, G.W... (1985). Fenomenología del espíritu. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- IGAC - Instituto Geográfico Agustín Codazzi (2012). *Atlas de la Distribución de la Propiedad Rural en Colombia*. Universidad de los Andes; IGAC; Universidad de Antioquia; Gobernación de Antioquia.
- INCORA – Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (1996). Resolución 014 de 1996.
- Indepaz (2012). "Documento línea base para proyecto de responsabilidad social empresarial en empresas petrolera y de aceite de palma. María la Baja". Indepaz.
- Kalmanovitz, Salomón (1994). "Evolucion de la estructura agraria colombiana.". *La agricultura en Colombia en el siglo XX*. Bogotá: Colcultura
- Kirby, Kathleen M. (2005). "Re: Mapping Subjectivity. Cartographic vision and the limits of politics". *BodySpace Destabilizing geogra-*

- phies of gender and sexuality*. Nueva York: Routledge.
- Latour, Bruno (2001). *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. 1a ed. Barcelona: Gedisa.
- Leal, Claudia (2002). "La naturaleza en los estudios sociales". *Repensando la Naturaleza. Encuentros y desencuentros disciplinarios en torno a lo ambiental*. Palacio y Ulloa (eds.). 123-37.
- Lefebvre, Henri (1974). "La producción del espacio". *Papers: revista de sociología*, número 3: 219-29.
- Mayorga, Fernando (2002). "La propiedad de la tierra en la colonia. Mercedes, composición de títulos y resguardos indígenas". *Credencial Historia*, número 149.
- MIC - Mesa de Interlocución y Concertación de Los Montes de María y CDS - Corporación Desarrollo Solidario. 2014. "Propuestas de desarrollo rural y agrario". CDS, ILSA; AECID; MPDL; CCMM LXX; Ayuda en Acción;
- Múnera, Alfonso (1998). *El fracaso de la nación Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810)*. Bogotá: El Áncora Editores, Universidad Nacional de Colombia, Banco de La República.
- O'Connor, James R. (2001). *Causas naturales: ensayos de marxismo ecológico*. Siglo XXI.
- Ojeda, Diana (2012). "Producing Paradise: The Violent Geographies of Tourism in Colombia". Discertación Doctoral, Clark University.
- . "Paisajes del despojo cotidiano: Aparamiento de tierra y agua en Montes de María". Artículo inédito. Bogotá.
- Oleoflores (2014). Alianzas: Ayudando a la comunidad a tener mejor vida. <http://www.oleoflores.com/alianzas.html#content11>
- OPDS (Convenio de Protección, restablecimiento y reparación en los Montes de María, 10-C01-054) (2013). "Economía Campesina". AECID, ILSA; CDS, MPDL, Colectivo de Comunicaciones Montes de María Línea 21.
- PDM - Ovejas (2012). "Plan De Desarrollo Municipal San Juan De Nepomuceno". Alcaldía Municipal de San Juan de Nepomuceno, Bolívar.
- PDM - San Jacinto (2012). "Plan De Desarrollo Municipal San Jacinto". Alcaldía Municipal de San Juan de Nepomuceno, Bolívar.
- PDM - San Juan (2012). "Plan De Desarrollo Municipal Ovejas". Alcaldía Municipal de San Juan de Nepomuceno, Bolívar.
- Pizano, Camila y Hernando García (eds.) (2014). *El bosque seco tropical en Colombia*. Bogotá: Instituto de investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt.
- Polo, José (2007). "La conquista del Caribe colombiano o la pedagogía exploratoria para el establecimiento de la dominación española". Bell, G.(comp.). *La región y sus orígenes: momentos de la historia económica y política del Caribe colombiano*, 15-38.
- Polo, José y Ruth Gutiérrez (2011). "Territorios, gentes y culturas libres en el Caribe continental neo-granadino 1700-1850: una síntesis". *Historia social del Caribe colombiano: territorios, indígenas, trabajadores, cultura, memoria e historia*. 9-41. Medellín: La Carreta Editores; Universidad de Cartagena.
- POT - María la Baja (2001). "Plan de Ordenamiento Territorial María la Baja (Bolívar)".
- Presidencia de la República de Colombia y Ministerio de Defensa Nacional (2003). "Política de Defensa y Seguridad Democrática".
- Redprodepaz (22/10/2014). "Programas de Desarrollo y Paz". Red Nacional de Programas de desarrollo y Paz. Consultado octubre 22.
- Restrepo, Eduardo (2010). "Cuerpos racializados". *Revista Javeriana* 146 (770): 16-23.
- . (2013). *Etnización de la negritud: la invención de las "comunidades negras" como grupo étnico en Colombia*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Restrepo, Eduardo y Axel Alejandro Rojas Rojas (2010). *Inflexión decolonial: fuentes, conceptos y cuestionamientos*. Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar.
- Rojas, Juan Guillermo (2013). Diario de Campo Mayo de 2013 - Junio de 2014. Documento inédito.
- Rugeles, Gustavo (2014). Los subsidios de Agro Ingreso Seguro: ¿cruce de favores?. *Las2orillas*. <http://www.las2orillas.co/los-subsidios-de-agro-ingreso-seguro-cruce-de-favores/>
- Said, Edward W. (2002). *Orientalismo*. Barcelona: Debolsillo.
- Sánchez, Eusebio (2011). "Finca montemariana: una alternativa de producción sostenible en la región". *Los Montes de María: Región, Conflicto Armado y Desarrollo Productivo, Cartagena*. 185-208. Editorial Universidad de Cartagena/ Instituto Internacional de Estudios del Caribe.
- Sánchez Mejía, Hugues Rafael (2012). "Composición, mercedes de tierras realengas y expansión ganadera en una zona de frontera de la gobernación de Santa Marta: Valledupar (1700-1810)". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 39 (1): 81-117.
- Schmidt, Alfred (1977). *El concepto de naturaleza en Marx*. México: Siglo XXI.
- Secretaría de planeación de Ovejas (Sucre) (2004). "EOT - Esquema de Ordenamiento Territorial Ovejas (Bolívar)".

- Semana (2009). "Nuevos detalles sobre subsidios de Agro Ingreso Seguro". *Revista Semana*. <http://www.semana.com/nacion/articulo/nuevos-detalles-sobre-subsidios-agro-ingreso-seguro/108451-3>.
- Serje, Margarita (2013). "El mito de la ausencia del Estado: La incorporación económica de las "zonas de frontera" en Colombia". *Cahiers des Amériques Latines* 71 (3).
- Smith, Neil (2008). *Uneven Development Nature, Capital, and the Production of Space*. Athens: University of Georgia Press.
- Tenthoff, Moritz (2011). "Argos en los Montes de María. La Lucha contra el cambio climático como herramienta para La legalización del despojo, el control territorial y la imposición de megaproyectos agroindustriales". *Carbontradewatch*.
- Tolosa, William (2007). "Comportamiento agronómico del cultivar híbrido RC1 de Palma de aceite (*Elaeis oleifera* x *Elaeis guineensis*) x *Elaeis guineensis*". *Revista Corpoica – Ciencia y Tecnología Agropecuaria* 8 (1): 5-11.
- Trouillot, Michel-Rolph (2011). "La antropología del Estado en la era de la globalización. Transformaciones globales: La antropología y el mundo moderno. Bogotá: Universidad del Cauca - Universidad de los Andes.
- Tsing, Anna Lowenhaupt (2005). *Friction: An Ethnography of Global Connection*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- VerdadAbierta.com (2014). "La desmovilización: el proceso de paz (2003-2006)". <http://www.verdadabierta.com/justicia-y-paz/244-la-historia/auc/54-periodo4>
- Viloria del Hoz, Joaquín (2007). "Producción hacendal y parcelaria: los casos de la ganadería, la hacienda de trapiche y el tabaco en la economía regional del Caribe colombiano". *La región y sus orígenes. Momentos de la historia económica y política del Caribe colombiano*. 59-80. Barranquilla: Maremágnum; Parque Cultural del Caribe; Promigas.
- Yapa, Lakshman (1993). "What are Improved Seeds? An Epistemology of the Green Revolution". *Economic Geography* 69 (3): 254.
- Yepes, Fabio (2001). "Ganadería y transformación de ecosistemas: un análisis ambiental de la política de apropiación territorial". *Naturaleza en disputa. Ensayos de historia ambiental en Colombia 1850 - 1995*. 117-72. Historia y ambiente. Universidad Nacional de Colombia; ICANH; Colciencias.
- Zambrano, Fabio (2000). "Historia del poblamiento del territorio de la región Caribe de Colombia". *Poblamiento y ciudades del Caribe colombiano*. Cartagena: Observatorio del Caribe.
- Zizek, Slavoj (2005). "Contra los derechos humanos". *New Left Review* (español), número 34: 85-100.

## Entrevistas

- Entrevista al Profesor Arnulfo Paz, 8 de junio de 2013. San Juan Nepomuceno.
- Entrevista al Profesor Arnulfo Paz, 16 de junio de 2013. San Juan Nepomuceno.
- Entrevista a Valerio Mosquera, 4 julio de 2013. María la Baja.
- Entrevista a Valerio Mosquera, 5 julio de 2013. María la Baja.
- Entrevista a Aris Mosquera, 4 julio de 2013. María la Baja.
- Entrevista a Gonzalo Vargas, 3 de julio de 2013. María la Baja.
- Entrevista a Rodolfo Arias, 16 de Julio de 2013. María la Baja .
- Entrevista a Uriel Peña, febrero de 2014. Cartagena.
- Charla con José María Rivas, Junio 22 de 2013. San Andrés de Sotavento.
- Charla con Dueñas, 10 de junio de 2013. Mahates.
- Charlas con Roa, Casas y Dueñas, junio - julio de 2013. Mahates.
- Charla con Valerio Mosquera, 20 julio de 2013. María la Baja.
- Charla con Andres Pérez, 2 de julio de 2013. Ovejas.
- Charla con Enrique Pérez. Día del campesino, 17 de junio de 2013. Mahates.
- Charla con Gonzalo Vargas, agosto de 2013. Bogotá
- Charla con Mario Vélez. Día del campesino, 17 de junio de 2013. Mahates.

## ANEXO 2

### CARTA DE AUTORIZACIÓN DE LOS AUTORES (Licencia de uso)

Bogotá, D.C., 7 de abril de 2015

Señores  
Biblioteca Alfonso Borrero Cabal S.J.  
Pontificia Universidad Javeriana  
Ciudad

Los suscritos:

Juan Guillermo Rojas Parra, con C.C. No 1032383502

En mi (nuestra) calidad de autor (es) exclusivo (s) de la obra titulada:  
**Hacer el monte: Paisajes corporales campesinos en Montes de María**

(por favor señale con una "x" las opciones que apliquen)

Tesis maestría  Trabajo de grado  Premio o distinción: Sí  No

cual:

presentado y aprobado en el año 2015, por medio del presente escrito autorizo (autorizamos) a la Pontificia Universidad Javeriana para que, en desarrollo de la presente licencia de uso parcial, pueda ejercer sobre mi (nuestra) obra las atribuciones que se indican a continuación, teniendo en cuenta que en cualquier caso, la finalidad perseguida será facilitar, difundir y promover el aprendizaje, la enseñanza y la investigación.

En consecuencia, las atribuciones de usos temporales y parciales que por virtud de la presente licencia se autorizan a la Pontificia Universidad Javeriana, a los usuarios de la Biblioteca Alfonso Borrero Cabal S.J., así como a los usuarios de las redes, bases de datos y demás sitios web con los que la Universidad tenga perfeccionado un convenio, son:

AUTORIZO (AUTORIZAMOS)	SI	NO
1. La conservación de los ejemplares necesarios en la sala de tesis y trabajos de grado de la Biblioteca.	x	
2. La consulta física (sólo en las instalaciones de la Biblioteca)	x	
3. La consulta electrónica - on line (a través del catálogo Biblos y el Repositorio Institucional)	x	
4. La reproducción por cualquier formato conocido o por conocer	x	
5. La comunicación pública por cualquier procedimiento o medio físico o electrónico, así como su puesta a disposición en Internet	x	
6. La inclusión en bases de datos y en sitios web sean éstos onerosos o gratuitos, existiendo con ellos previo convenio perfeccionado con la Pontificia Universidad Javeriana para efectos de satisfacer los fines previstos. En este evento, tales sitios y sus usuarios tendrán las mismas facultades que las aquí concedidas con las mismas limitaciones y condiciones	x	

De acuerdo con la naturaleza del uso concedido, la presente licencia parcial se otorga a título gratuito por el máximo tiempo legal colombiano, con el propósito de que en dicho lapso mi (nuestra) obra sea explotada en las condiciones aquí estipuladas y para los fines indicados, respetando siempre la titularidad de los derechos patrimoniales y morales correspondientes, de acuerdo con los usos honrados, de manera proporcional y justificada a la finalidad perseguida, sin ánimo de lucro ni de comercialización.



**ANEXO 3**  
**BIBLIOTECA ALFONSO BORRERO CABAL, S.J.**  
**DESCRIPCIÓN DE LA TESIS O DEL TRABAJO DE GRADO**  
**FORMULARIO**

<b>TÍTULO COMPLETO DE LA TESIS DOCTORAL O TRABAJO DE GRADO</b>						
Hacer el monte						
<b>SUBTÍTULO, SI LO TIENE</b>						
Paisajes corporales campesinos						
<b>AUTOR O AUTORES</b>						
<b>Apellidos Completos</b>			<b>Nombres Completos</b>			
Rojas Parra			Juan Guillermo			
<b>DIRECTOR (ES) TESIS O DEL TRABAJO DE GRADO</b>						
<b>Apellidos Completos</b>			<b>Nombres Completos</b>			
Ojeda Ojeda			Diana Carolina			
<b>FACULTAD</b>						
Ciencias Sociales						
<b>PROGRAMA ACADÉMICO</b>						
<b>Tipo de programa ( seleccione con "x" )</b>						
Pregrado	Especialización	Maestría	Doctorado			
		x				
<b>Nombre del programa académico</b>						
Maestría en Estudios Culturales						
<b>Nombres y apellidos del director del programa académico</b>						
Eduardo Restrepo						
<b>TRABAJO PARA OPTAR AL TÍTULO DE:</b>						
Magíster en Estudios Culturales						
<b>PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser LAUREADAS o tener una mención especial):</b>						
<b>CIUDAD</b>		<b>AÑO DE PRESENTACIÓN DE LA TESIS O DEL TRABAJO DE GRADO</b>			<b>NÚMERO DE PÁGINAS</b>	
Bogotá		2015			136	
<b>TIPO DE ILUSTRACIONES ( seleccione con "x" )</b>						
Dibujos	Pinturas	Tablas, gráficos y diagramas	Planos	Mapas	Fotografías	Partituras
x		x		x	x	
<b>SOFTWARE REQUERIDO O ESPECIALIZADO PARA LA LECTURA DEL DOCUMENTO</b>						
<p><b>Nota:</b> En caso de que el software (programa especializado requerido) no se encuentre licenciado por la Universidad a través de la Biblioteca (previa consulta al estudiante), el texto de la Tesis o Trabajo de Grado quedará solamente en formato PDF.</p>						
<b>MATERIAL ACOMPAÑANTE</b>						
<b>TIPO</b>	<b>DURACIÓN (minutos)</b>	<b>CANTIDAD</b>	<b>FORMATO</b>			
			C D	DVD	Otro ¿Cuál?	
Vídeo						
Audio						
Multimedia						
Producción electrónica						
Otro Cuál?						

### DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVE EN ESPAÑOL E INGLÉS

Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. (En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar con la Sección de Desarrollo de Colecciones de la Biblioteca Alfonso Borrero Cabal S.J en el correo [biblioteca@javeriana.edu.co](mailto:biblioteca@javeriana.edu.co), donde se les orientará).

ESPAÑOL	INGLÉS
Montes de María	Montes de María
Ecología política	Political ecology
Representaciones de la naturaleza	Nature representations
corporalidades campesinas	Peasant corporalities
Historia agraria	Agrarian history

### RESUMEN DEL CONTENIDO EN ESPAÑOL E INGLÉS

(Máximo 250 palabras - 1530 caracteres)

Este trabajo profundiza en la historia crítica agraria de Montes de María. Se proponen tres ejes analíticos para entender la coyuntura campesina frente a la agroindustria de la palma. Primero, la imaginación histórica sedimentada en las geografías de la violencia y el mito de la ausencia del Estado. Tales imaginaciones convergen en los sentidos productivos de la naturaleza de las geografías de gestión, pues la idea de ausencia del estado es útil en las intervenciones económicas y políticas del gobierno, las ongs y la agroindustria, quienes encarnan efectos de estado (control de la naturaleza y el ordenamiento del espacio). Segundo, el manejo ecológico de estas formas de estado proponen prácticas económicas desiguales para vincular a los campesinos a formas de explotación como la agroindustria, que es económica y ecológicamente perjudicial para los propios campesinos. Tercero, el potencial de subsistencia y permanencia de los campesinos radica en la combinación de las formas tradicionales de explotación de la tierra y organización de la comunidad con las estrategias de intervención de las ONGs. En la actualidad, el movimiento campesino está transitando alrededor de ideas de territorio y la cultura campesina, que enredan perspectivas campesinas de la naturaleza y el bienestar social, nociones multiculturalistas de territorio (de las ONG) y las intenciones interculturales de organización entre las organizaciones indígenas, afrodescendientes y agrarias. Esta situación supone un reto, pues en el multiculturalismo se encuentra la semilla de atomización entre los diferentes sectores del diálogo intercultural, significando una amenaza para la permanencia y subsistencia campesina.

This work goes deep in agrarian history of Montes de María, from a critical insight. It proposes three analytical axis to understand the peasant conjuncture in front of the agroindustry on palm and teca. First, the historical imaginations sedimented in the violence geographies and the myth of the absence of the state. Such imaginations combine with the productive senses of the nature in the management geographies, since the idea of the state absence is useful for the economical and political interventions of government and agroindustry, who finally embodying state effects such as control of nature and ordering of space. Second, the ecological management of these embodiments of state (elites, government and agroindustry) have proposed unequal economical practices to link the peasant population to exploitation forms of nature such as the agroindustry which is economically and ecologically harmful for the peasantry themselves. Third, the potential of subsistence and permanency of the montemarianos peasants, lies in the combination of the traditional forms of land exploitation and community organization with the ngos's strategies of intervention. The current moment, the peasant movement is transiting fairly about ideas of territory and peasant culture, that entangled peasant perspectives of nature and social welfare, multiculturalist notions of territory (from ngos), and intercultural intentions of organization between indigenous, afrodescendant and peasant organizations. This situation supposes a challenge, inasmuch as in the multiculturalism lies seed of atomization between the different sectors of the intercultural dialog, it means a threat for the permanency and subsistence of these actors.

De manera complementaria, garantizo (garantizamos) en mi (nuestra) calidad de estudiante (s) y por ende autor (es) exclusivo (s), que la Tesis o Trabajo de Grado en cuestión, es producto de mi (nuestra) plena autoría, de mi (nuestro) esfuerzo personal intelectual, como consecuencia de mi (nuestra) creación original particular y, por tanto, soy (somos) el (los) único (s) titular (es) de la misma. Además, aseguro (aseguramos) que no contiene citas, ni transcripciones de otras obras protegidas, por fuera de los límites autorizados por la ley, según los usos honrados, y en proporción a los fines previstos; ni tampoco contempla declaraciones difamatorias contra terceros; respetando el derecho a la imagen, intimidad, buen nombre y demás derechos constitucionales. Adicionalmente, manifiesto (manifestamos) que no se incluyeron expresiones contrarias al orden público ni a las buenas costumbres. En consecuencia, la responsabilidad directa en la elaboración, presentación, investigación y, en general, contenidos de la Tesis o Trabajo de Grado es de mí (nuestro) competencia exclusiva, eximiendo de toda responsabilidad a la Pontificia Universidad Javeriana por tales aspectos.

Sin perjuicio de los usos y atribuciones otorgadas en virtud de este documento, continuaré (continuaremos) conservando los correspondientes derechos patrimoniales sin modificación o restricción alguna, puesto que de acuerdo con la legislación colombiana aplicable, el presente es un acuerdo jurídico que en ningún caso conlleva la enajenación de los derechos patrimoniales derivados del régimen del Derecho de Autor.

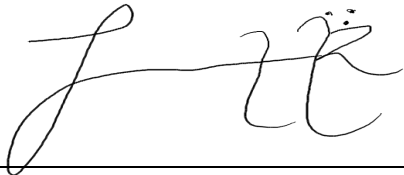
De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, “*Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores*”, los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. En consecuencia, la Pontificia Universidad Javeriana está en la obligación de RESPETARLOS Y HACERLOS RESPETAR, para lo cual tomará las medidas correspondientes para garantizar su observancia.

**NOTA: Información Confidencial:**

Esta Tesis o Trabajo de Grado contiene información privilegiada, estratégica, secreta, confidencial y demás similar, o hace parte de una investigación que se adelanta y cuyos resultados finales no se han publicado.

Si  No

En caso afirmativo expresamente indicaré (indicaremos), en carta adjunta, tal situación con el fin de que se mantenga la restricción de acceso.

NOMBRE COMPLETO	No. del documento de identidad	FIRMA
Juan Guillermo Rojas Parra	1032383502	

FACULTAD: Ciencias Sociales

PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en Estudios Culturales